

Marià Corbí

Más allá de los límites

Meditaciones sobre la unidad

Barcelona, Mayo 2009

CENTRE D'ESTUDI DE LES TRADICIONS DE SAVIESA (CETR)

c/ Rocafort 234, baixos. 08029-Barcelona

www.cetr.net

copyright 2009: Marià Corbí

mcorbi@cetr.net

Depósito legal: PM 1420-2009

ISBN: 978-84-9916-163-1

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso del titular del Copyright está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Índice

Introducción	7
La raíz de la dualidad y la manifestación del Absoluto	13
La mente y lo mental.....	16
La persona	28
El individuo, la identidad	35
El método	36
La distancia de sí mismo: el testigo.....	44
La indagación interior.....	48
La indagación del propio existir: la indagación de "yo soy"	57
Diversidad y coincidencia de métodos	63
Atención a la atención.....	68
El ego y la egocentración.....	76
El desapego y la renuncia.....	80
El abandono	86
La aceptación.....	87
La confianza en sí mismo	92
El no-hacer	93
El amor	98
El silencio	99
Servir a otros	100
Reformar el mundo	101

La madurez espiritual	104
Obstáculos	106
El Maestro	108
La experiencia del Absoluto	130
Sólo sabes lo que no eres	131
Libres de toda forma	133
Lo Real	136
Ser-Conciencia	143
La realización	151
La religión.....	175
Dios	179
La Verdad.....	185
La Verdad es pura desnudez	193
BIBLIOGRAFÍA	197

Introducción

Para las sociedades de innovación - las sociedades post industriales -, las antiguas tradiciones religiosas ya no hablan de religión, ni de creencias, ni de proyectos de vida, ni de verdades reveladas por los dioses.

Si algo transmiten, es acerca de una cualidad de nuestro conocer y sentir que hace que todo objeto y todo sujeto muestren la inmensidad de su trasfondo: su única realidad. Hablan de una dimensión del conocer y del sentir, propia y exclusiva de la especie humana; una dimensión no supeditada a la supervivencia, gratuita y absoluta.

Conocimiento gratuito y absoluto que es una profunda resonancia sin límites, conocimiento que libera de toda desconfianza y abre a la entrega sin reservas a “Eso único” que se dice con claridad en esa noticia gratuita y absoluta; que hace que el que conoce no se sienta amenazado por nada, sino, por el contrario, se sienta anclado en la realidad.

Esa cualidad peculiar del conocer y del sentir, - que no es ningún nuevo conocimiento ni ningún nuevo sentir, sino una clara resonancia de absoluto - destruye el egoísmo y abre a un amor incondicional a todo, conduce a la paz y a la ecuanimidad, porque al romper la clausura del ego sobre sí mismo, elimina la fuente de todo deseo y de todo temor. Logra que todo conocimiento y todo sentir de delimitaciones objetivas y subjetivas, de formas y de dualidades, devenga conocimiento y sentir del “sin límites”, del “sin forma”, de lo “no-dual”.

Así dualidad y no dualidad se hacen uno; forma y no forma se hacen uno. Tal unidad es la raíz de la paz, la firmeza en medio del movimiento de todo y de sí mismo, la felicidad en medio del nacer y el morir.

En eso consiste la herencia de las grandes tradiciones religiosas del pasado. Contrariamente a lo que pueda parecer, no ofrecen ni proponen nada que creer a las nuevas sociedades; sólo

sugieren, invitan a la verificación, como los poemas. Lo que dicen lo ofrecen como instigación a la indagación, como instrumentos de indagación. No imponen nada que practicar, nada que hacer. Sólo afirman: “mira donde pisas”.

Cuando los hombres y mujeres de las nuevas sociedades se aproximan a las antiguas tradiciones, se ven empujados a tomarlas en su radical desnudez, permaneciendo libres de las formas mitológicas, de los ritos y de las creencias en las que se expresaron y vivieron las ortodoxias y costumbres del pasado.

La oferta de las tradiciones religiosas a las nuevas sociedades industriales resulta ser una oferta llena de profundidad, de sutileza, sencillez, humildad y pobreza. Pero, ¿con qué objetivo? Con el de posibilitar la inmediatez directa del conocer y del sentir, y la inmediatez en el sentir es el amor. Posibilitar la ida completa y total de todo el ser hacia las cosas mismas; el nacimiento de la escucha total, del interés incondicional por todo. Hacer posible la completa acogida de toda la realidad, tal cual viene, aceptándola sin condiciones.

Todo lo que hay que hacer es interesarse con toda la mente, todo el corazón y todo el cuerpo por la realidad, ésta, la que hay, tal cual viene. Interesarse por la realidad hasta tal punto que la vida se convierta en una indagación, una búsqueda directa, sin doblez, sin otro interés que la realidad misma.

La sencillez, la humildad o el completo vacío, son el alejamiento de la centralización del pensar y del sentir en torno de sí mismo, para poder enfocar toda la potencia de nuestros sentidos, toda la luz de nuestra mente y nuestro cuerpo, toda la capacidad de conmoción de nuestra carne hacia la inacabable maravilla y el misterio de la presencia misma de la realidad que hay en torno a nosotros y en nosotros mismos.

Sin embargo, la desnudez y el vacío que predicán las tradiciones religiosas es sólo el vestíbulo de la escucha, el vestíbulo de la comprensión, de la pasión y de la visión. Pasar del vestíbulo es “atinar”. Para atinar, que es completo don, sólo hay un procedimiento: probar una y otra vez, sin desfallecer, estudiar

antes y después de cada intento cómo lo hicieron los que lo consiguieron, los maestros. Ellos no nos darán la fórmula para nuestro intento, pero lo orientarán, lo corregirán.

Las páginas que siguen son fruto del estudio detenido de los maestros; de años de estudio y meditación de un buen número de textos vedantas¹, desde los Upanishads, el Bhagavad Gita, los Brahma Sutras o el Yoga Vâsishtha, a autores como Gaudapada, Sankara, Ramana Maharshi, Nisargadatta, Râmânds, Prajnanpad o Armes.

De todos ellos seleccioné textos sobre temáticas importantes para el camino interior y los ordené con el fin de formar un todo coherente para orientar la meditación. Los medité una y otra vez. Las reflexiones y aclaraciones fueron tomando cuerpo, entrelazándose con los textos de base. Son reflexiones que caminan poniendo los pies sobre los frágiles apoyos de las palabras y de los símbolos. Las palabras, y los razonamientos que operan con ellas, son como baldosas quebradizas puestas sobre la colosal complejidad e inmensidad de lo que hay, para permitirnos caminar hasta el borde del abismo que es el conocimiento y el sentir silencioso y sin palabras. Intentan decir algo, aunque sea poco, de lo que no cabe en el pequeño molde humano de las palabras.

Durante mucho tiempo dudé si separar claramente lo que eran los textos de esos grandes Maestros, de mis pequeñas aclaraciones. Hubiera sido más académico y el lector habría tenido a mano la cita sabiendo, en cada momento, de qué autor se trataba. Pero entonces el texto habría resultado farragoso para la meditación. De ahí que preferí tomar una opción más arriesgada: presentarlo como selección para la propia meditación, como una meditación que pueda resultar útil a otros. Manteniendo el estilo directo e interpelador de sus formas de decir, en la mayoría de las

¹ Vedanta o "fin del Veda", "más allá del Veda", en referencia a autores, textos y escuelas postvédicos. La vía o escuela Vedanta Advaita se caracteriza por la enseñanza de no dualidad entre Absoluto y mundo fenoménico, entre el Ser y los objetos y sujetos.

ocasiones no me separo de las palabras de los Maestros; sólo introduzco breves aclaraciones o comentarios para sopesar el texto.

Apenas hay nada mío sino es la meditación prolongada en el tiempo de estas palabras, que se muestra en la selección, en el amor y veneración con los que los textos son tratados y en la fidelidad con la que intento seguir el entramado de sus dichos para dejarme conducir a donde ellos apuntan. Los he reunido y meditado para comprender y mostrar la grandeza, la coherencia y la belleza de la propuesta de esta tradición. Ojalá que, haciéndolo, no haya desfigurado o empañado en demasía su brillo.

No he buscado originalidad ni atribuirme lo que no me corresponde, sino únicamente sumergirme en una corriente de meditación extraordinariamente profunda, milenaria, potente, fresca y siempre nueva y, quizá, facilitar la inmersión a otros. Creo sinceramente, además, que ésta es una forma de caminar por la Vía, enormemente apta para los hombres y mujeres de las nuevas sociedades post industriales de innovación.

La manera de proceder de los Maestros vedanta advaitas no precisa ni de religión, ni de creencias, ni de cultos, ni de pertinencias y, sin embargo, ofrece una profunda manera de cultivar la vida interior. No se trata de filosofía, si por tal se entiende un intento de explicar la realidad que nos rodea y la que somos. No pretenden explicar la realidad, sino escaparse definitivamente de toda explicación; más aún, escaparse definitivamente de la necesidad de las explicaciones, que son siempre búsquedas del sentido.

Las palabras del texto intentan ser traslúcidas para que por ellas llegue, con los menores obstáculos posibles, la luz del abismo en el que el Ser es luz de Conciencia desde el absoluto vacío de sujetos, objetos, individuaciones, ganancias o pérdidas, sentidos o no sentidos.

Como las vidrieras de las iglesias, que muestran la riqueza y belleza de la luz que llega de más allá de nuestras construcciones, las palabras permiten que la luz entre en los interiores que nosotros hemos construido, para que podamos conocer la luz. Son una

invitación a ir en búsqueda de la luz; como las vidrieras, incitan y llevan más allá de ellas mismas.

Como todas las palabras y los símbolos que pretendan hablar del Absoluto, tienen un riesgo intrínseco para unos vivientes hablantes como nosotros: retenernos en ellas. Con facilidad las palabras y los símbolos que hablan del Absoluto y que, por ello, están llenas de luz, nos apresan en las redes de su riqueza y atractivo. Ese es un grave riesgo del camino. Las palabras sagradas pueden retenernos, como las sirenas con la belleza de su canto, e impedirnos terminar el viaje emprendido. Si sucumbimos a su seducción, nos moveremos a perpetuidad en un mundo de bellas y conmovedoras representaciones, conceptos, narraciones, mitos, símbolos, palabras en definitiva, re-presentaciones, sustitutos de la realidad.

Para terminar el viaje al que invitan, hay que ser frío y desapegado como lo fue Ulises con la diosa que quería retenerle en el paraíso de su isla. El término del viaje, como el de Ulises, es Ítaca, un mundo de conocer y sentir inmediato, desnudo de representaciones, conceptos, narraciones, mitos, símbolos, creencias: una realidad ya completamente vacía de palabras.

Las meditaciones pretenden conducir hasta el borde del abismo del silencio e incitarnos a saltar en él. Son "yoga del conocimiento": utilizan los argumentos como lanzaderas para salir más allá del mundo conocido, el de nuestras construcciones. Se sirven de palabras para, primero, hacernos comprender y, luego, intuir con claridad que hay que dejar atrás todas las palabras y argumentos.

Utilizan conceptos y explicaciones para que entendamos y veamos la inmediatez directa y explícita de una realidad que no necesita ni de nuestras concepciones ni de nuestras explicaciones para hacerse clara y explícitamente presente y cognoscible.

Cada una de las meditaciones de estas páginas debe terminar sin palabras, dejándolas atrás, abandonándolas a todas. Las meditaciones deben acabar en la certeza inmediata. Las palabras, por venerables y sagradas que sean, no dan más que

certezas mediatas y quebradizas. Sólo en el silencio completo de todo símbolo, mito, narración, concepto -en fin, en el silencio de toda construcción-, reside la certeza inmediata e inmovible. Los argumentos de las meditaciones valen cuando muestran - y conducen a comprender - que ya no se precisan más argumentos. Cuando éstos se abandonan como algo inútil e inservible.

Una última consideración: es necesario escapar, lo antes posible, del mundo de argumentos, conceptos y representaciones en que vivimos y en el que también se expresan las meditaciones. Ése es el mundo de nuestras propias construcciones, hechas a la medida de un frágil viviente necesitado, construcciones que nos apresan como en una cueva, llena de incertidumbres y temores; para poder vivir en la inmediatez de la realidad, se impone dejarlas atrás.

Hay, pues, que usar cualquier palabra o argumento del texto para poderlo abandonar con radicalidad y poder volverse, con toda la mente y con todo el sentir, a lo que está intentando sugerir, indicar.

La raíz de la dualidad y la manifestación del Absoluto

Toda conciencia viviente, como es conciencia de seres necesitados, objetiva las realidades que satisfacen sus necesidades y se objetiva a sí misma como sujeto de necesidades. Esta doble objetivación es la condición de posibilidad de su supervivencia. Con esa doble objetivación, la del medio y la de sí misma, se autolimita. Representándose como sujeto de necesidades y deseos, se encierra en sí misma. Esa separación es la causa de la ilusión.

Nuestro mundo - y eso nos incluye a nosotros mismos - es el mundo de nuestras acotaciones, de nuestras representaciones. Para nosotros, lo objetivo es lo representado. El constructor de la objetivación y de la representación es la necesidad, el sujeto de necesidad. Y la construye desde el centro de su individualidad, que es la persona como núcleo de deseos. Donde hay un núcleo de deseos, hay un núcleo de temores. Temores de no poder satisfacer los deseos, temores de perder lo que se ha conseguido, temores de no poder satisfacer los deseos en el futuro. Así, el núcleo de deseos que constituye la individualidad de la persona es, en realidad, un núcleo de deseos / temores. Lo mismo que es objeto de deseo, es objeto de temor. El deseo y el temor son dos caras de una misma realidad que tiene su fundamento en la necesidad.

El núcleo de deseos / temores de cada individualidad, cuaja en los primeros contactos con la realidad que nos rodea y en los éxitos y fracasos de esa primera entrada. La memoria inconsciente mantiene ese núcleo de primeros éxitos y fracasos como patrón de lectura y representación del medio y de sí mismo y como patrón de orientación en la acción. Ese núcleo interpretador y actor es la persona, el constructor de las representaciones de la realidad.

La distancia que media entre la construcción desde el núcleo individual de deseos / temores que radica en la memoria inconsciente y lo que realmente hay, independientemente de mi construcción, es la "distancia objetiva". Comprendiendo lo que es la distancia objetiva se puede calibrar en su justo peso lo que significa

la afirmación que dice que los humanos no vivimos en y de la realidad que hay, sino que sólo vivimos en una realidad representada, y representada por nuestro núcleo de deseo / temores inconscientes.

El individuo humano mismo es una de esas acotaciones hechas por la representación. Eso es el ego, eso es la conciencia, una subjetividad acotada, objetivada, representada, vacía por tanto de realidad. Toda la manifestación, todo el ámbito de la dualidad de sujetos y objetos es un mundo de objetivaciones, de acotaciones, de representaciones: vacío de realidad, “irreal”; en cuanto a tales acotaciones y representaciones, existente sólo en nuestras mentes humanas. Es irreal no porque aquello a lo que se refiere en último término carezca de realidad, sino porque la realidad a la que se refiere está completamente vacía de todas esas construcciones, objetivaciones, individuaciones, sujetos y objetos. Lo que hay es “no-dos”, por tanto, no sujeto y no objeto; es ser sin individuaciones, Conciencia pura, Ser-Conciencia, *Sat-Chit*¹.

El origen del cosmos y su infinita variedad, las transformaciones de la vida, el mantenimiento del ser en todas sus formas, el funcionamiento de mi cuerpo y de mi cerebro está vacío de sujetos y objetos. El final de las cosas estará igualmente vacío de sujetos y objetos. Los vivientes nos leemos y vivimos desde esa relación dual, de sujetos y objetos, y la extendemos a todo. Pero todo está vacío de esas categorías, aunque los vivientes nos interpretemos así para poder sobrevivir. Que haya sujetos y objetos es sólo nuestra interpretación. En nuestro ser y en nuestro vivir en el medio, no hay realmente sujetos ni objetos. Los sujetos y los objetos están en nuestra mente, porque necesitamos esas categorías para vivir.

El hecho de que tengamos que vivirnos como si fuéramos sujetos en un mundo de objetos tiene consecuencias para nuestro modo de conducirnos. Unas consecuencias útiles y necesarias para vivir, pero que nos afianzan en el error. Como sujetos que por

¹ *Sat* (Ser), *Chit* (Conciencia), juntamente con *Ananda* (beatitud): características o aspectos del inefable *Brahman*, el Absoluto, idénticas al Absoluto mismo.

necesidad dualizan, nos movemos en un mundo de figuraciones, representaciones, conceptos, sustitutos; un mundo de identidades vacías. Y esas identidades vacías nos tapan, nos sustituyen, nos ocultan la realidad de lo que hay, que es la realidad que nosotros mismos somos.

Para ver lo que hay, se ha de comprender, con toda claridad, que no hay ni sujetos ni objetos, ni individuos. Lo que es, es una ausencia completa y absoluta de todo eso. Esa ausencia completa, ese vacío total, es ser sin individualidad, es subjetividad pura sin dualidad ninguna. Está libre de formas aunque le conozcamos en formas; trasciende el mundo de todas nuestras realidades aunque le tengamos que conocer en ellas. Hay que aprender a buscar sabiendo que lo que se busca no es ningún objeto, sujeto o entidad, y sabiendo, también, que nadie está buscando. Esa es la gran pista: nada que buscar desde ningún sitio. ¿Cómo va a ser el Absoluto un sujeto, si los sujetos no son reales? ¿Cómo va a ser algo objetivo que busca un sujeto, si la noción de objeto surge de una ilusión?

Tampoco hay un Principio Absoluto y su manifestación, porque en el Absoluto no hay dualidad alguna. La manifestación pertenece a la naturaleza misma del Absoluto.

Las apariencias son la presencia inmediata y directa del Absoluto. Lo que nuestros sentidos ven y oyen y nuestra carne toca, es la presencia inmediata y directa del Absoluto vacío de toda objetividad, de toda subjetividad y de toda entidad, pero directamente presente.

La mente y lo mental

Pertenece a la naturaleza de la mente el vagabundear sin reposo. La mente se mueve inquieta como esos insectos de largas antenas que tantean continuamente con ellas el medio en el que se mueven. Nuestra mente desplaza la atención, que es como una antena, hacia lo que percibe y lo que siente. Esa dispersión de la atención mantiene al sujeto alerta en el medio, mientras repasa, sin descanso, los recuerdos de las acciones pasadas y las propuestas de las acciones futuras.

El continuo movimiento de la mente es el incansable tanteo del medio en el que hay que sobrevivir entre grandes riesgos y es el interminable repaso de recuerdos y proyectos para saber, en cada momento, cómo actuar y cómo sobrevivir.

Ese continuo monólogo interno tiene una clara función de supervivencia. El monólogo interno no es ni un caos ni un sin sentido. Tiene un propósito y tiene una estructura: tantear continuamente el medio, repasando, a la vez, la memoria y los proyectos.

Lo mental es el diálogo interno, la cháchara continua. Cuando despertamos por la mañana, se inicia el parloteo y se acaba cuando nos dormimos por la noche. Incluso en el sueño puede continuar el monólogo.

Esa charla interna es tan constante y continua como la respiración. El ritmo de las divagaciones se aproxima al ritmo de las respiraciones. Si retenemos la respiración se para la charla.

El continuo fluir de la mente, su constante ir y venir de unos puntos de atención a otros y su recorrido incesante hacia atrás en la memoria y hacia delante en la prospección del futuro, es el modo de ser de la mente, adaptada a procurar y mantener la supervivencia en un medio lleno de posibilidades y de riesgos.

La mente es el modo de presentarse el Ser-Conciencia cuando actúa al servicio de la supervivencia de un viviente.

Es el Ser-Conciencia, el Absoluto, el que se manifiesta como viviente; y es el mismo Ser-Conciencia el que se pone al servicio de su propia manifestación. Por consiguiente, la mente, ese continuo ir y venir, que se identifica con el cuerpo y que es el núcleo de mi ego, es el Absoluto mismo.

Si es así, ¿cómo es que la mente resulta ser obstáculo para el reconocimiento del Absoluto? Porque doy por sentado que la mente es una entidad autónoma venida a este mundo. Ésta es la causa de la ofuscación.

El continuo monólogo, la atención dispersa y las constantes idas y venidas del pasado al futuro y del futuro al pasado es la adecuada manera de proceder de la mente para mantener vivo un cuerpo viviente que depende de un medio lleno de incertidumbres y riesgos.

La necesidad y el deseo agitan continuamente las aguas de la mente. Esa mente movida por la necesidad y el deseo tiene un núcleo, que es una estructura de necesidades, que se manifiesta como una estructura de deseos; eso es el “yo”. Todos los movimientos internos que acompañan a la necesidad y al deseo, al placer y al dolor, son movimientos de la mente.

Pero hay un nivel de nosotros mismos que está más allá de lo mental; un nivel que es conciencia pero que no está al servicio de la necesidad y que no está afectado por los vientos del deseo ni es un núcleo de deseos. Esa conciencia no es un actor al servicio de la necesidad del viviente, es un puro testigo desinteresado. A ese otro nivel le llamaremos Conciencia, con mayúscula.

Así pues, nuestra capacidad de conocer, sentir y percibir tiene dos niveles: el que llamamos “mente”, que está al servicio de la necesidad y la supervivencia, y el que llamamos “Conciencia” que es la condición de puro Testigo.

La paz de lo mental no existe, porque lo mental siempre está agitado por los vientos de la necesidad y del deseo. Sólo la Conciencia, a la que no llegan los aires del deseo, está en paz.

Mientras tu atención, que es tu interés y tu amor, resida y se apoye en tus necesidades y deseos y, como consecuencia, en tus

expectativas y temores, no existirá la paz para ti. Si resides y te apoyas en la condición de testigo y de puro ser, ni el deseo ni la inquietud te tocarán y estarás en paz.

La mente no es más que un conjunto de hábitos psíquicos en las maneras de pensar y sentir; un conjunto de hábitos sostenidos por la memoria y amarrados por el apego. La mente es algo propio de cada individuo. Es una trama de recuerdos y proyectos que une y mantiene unidos unos pocos deseos básicos y sus miedos.

Lo mental es un conglomerado de pensamientos y sentires que surgen del ego que, a su vez, es un núcleo de deseos y temores. Pero la mente y el ego son una misma cosa. El ego es la raíz, los pensamientos, sus frutos. Si buscas la raíz del ego, lo que es su entidad, el ego huye, desaparece. Lo único que encontrarás serán deseos y temores, recuerdos y proyectos, ninguna entidad real que no sean esos temores y deseos, y su soporte el cuerpo.

Los frutos de una raíz, el ego, que no puede ser hallada, son frutos de ignorancia. Los pensamientos y sentires suponen siempre al ego como real, sin embargo el ego no puede ser hallado. Por tanto, todos los pensamientos y los sentires son frutos de la ignorancia.

Lo mental es una masa de pensamientos, que para existir suponen un pensador que no puede ser hallado porque está vacío de entidad. Tanto el pensador como los pensamientos están ligados a la dualidad que genera la necesidad; y esa dualidad está vacía de realidad porque sólo existe en la mente del pensador que, a su vez, como entidad diferente de la mente, es sólo un supuesto del pensar. Es decir, la dualidad está en los deseos y temores, en los recuerdos y proyectos, no en el pensador que es sólo un supuesto del pensar y del sentir.

Lo mental es un agregado de pensamientos y sentires en función de un supuesto ego, que es en realidad un paquete de necesidades. No hay alguien que tenga necesidades, hay sólo un paquete de necesidades.

La mente, el ego, se asemeja a una gavilla de espigas de trigo atadas con una cuerda. Las espigas son las necesidades y la cuerda que las liga en una gavilla es el apego. Al igual que en la

gavilla no hay ninguna entidad fuera de las espigas y la cuerda, en la mente, en el ego, no hay ninguna entidad fuera de las necesidades y el apego. Los budistas llaman al ego agregado de deseos y por tanto de temores e ignorancias.

No se puede argumentar que el ego es el cuerpo, porque el cuerpo es también sólo un paquete de necesidades, un paquete de dependencias. Como la mente es un paquete de deseos / temores, sin que pueda encontrarse nadie que desee y tema, así el cuerpo es también un paquete de necesidades sin que haya detrás nadie que tenga necesidades. La mente y el ego son como la gavilla; el cuerpo es también como una gavilla.

Cada cuerpo viviente es un conjunto de dependencias. Las estructuras biológicas y sensitivas están en función de esas dependencias. Tampoco es posible encontrar quien tenga esas dependencias y no sea esas dependencias.

Lo mental parece un producto del ego, pero sólo lo parece, porque el ego es lo mental mismo. Tanto el ego como lo mental tienen su fuente en el Ser-Conciencia. El ego y lo mental son sólo formas pasajeras del Ser-Conciencia; no tienen otra entidad que la del Ser-Conciencia.

El Ser-Conciencia es “eso que todo es”, “el existir”, y un existir que es como la conciencia, aunque no sea propiamente una conciencia, porque una conciencia supone también dualidad.

El Ser-Conciencia es un “existir-luz de conciencia”, sin dualidad ninguna, ni entre el existir y la conciencia, ni en la conciencia misma, entre el que conoce y lo conocido.

Los pensamientos suponen la realidad del pensador, pero el pensador no es ninguna realidad autónoma, es sólo un concepto, una representación, una objetivación. Dar como real al pensador, eso es la ignorancia.

Lo mental es conocimiento de objetos, que son acotaciones, representaciones. Ese conocimiento es ignorancia porque da por real lo que no son más que acotaciones del sujeto, representaciones y conceptos.

Por consiguiente, tanto el pensador como los objetos pensados son sólo conceptos, representaciones, acotaciones, objetivaciones, no entidades reales. Vivimos, pues, no entre entidades reales sino entre representaciones. Esas representaciones no existen más que en la mente del pensador, que tampoco es una entidad real sino sólo una representación.

Puesto que vivimos de las representaciones y en las representaciones, vivimos en el vacío de entidades reales. Vivimos en el más completo vacío de todo lo que damos por real. Vivimos un mundo de figuraciones que son como ensoñaciones.

Así, el conocimiento desde la mente, que es un conocimiento al servicio del sujeto de necesidades, es, a la vez, conocimiento e ignorancia. Es conocimiento porque proporciona una noticia que es útil y necesaria para vivir. Es ignorancia porque parte de un falso supuesto, el de la realidad autónoma del ego, y llega a un falso resultado, la existencia autónoma de los objetos.

La vigilia, que es el mundo de la dualidad de los sujetos y los objetos, es un estado mental semejante al sueño con ensueños, porque cuando el que no sabe despierta al conocimiento, entiende, como el que despierta de un sueño, que lo que daba por real, no lo es.

El estado de vigilia es tan ilusorio como un sueño. Así como las entidades y los acontecimientos de los sueños nocturnos sólo están en la cabeza del que duerme, los objetos, sujetos y hechos de la vigilia sólo están en la cabeza del viviente.

Lo mental aparece cuando hay objetivaciones; las que construye la necesidad. Sin objetivaciones, no existe lo mental. Las objetivaciones, como acotaciones, tienen un fundamento real, el trasfondo, pero no son reales como tales porque sólo están en la mente de los que las hacen. Las acotaciones son siempre relativas a quien acota. Cada viviente acota de forma diferente. Acotar es añadir un límite, eso es objetivar.

Lo mental se presenta siempre como haciendo referencia a algo que no es mental. Lo mental no aparece nunca solo, siempre supone algo ahí que no es mental, que existe como objeto. Pero eso

ahí objetivo es tan poco real y autónomo como el sujeto que objetiva.

Cuando nace la conciencia mental, nace el mundo de los objetos. El pensamiento “yo” aparece primero (aunque no en un sentido temporal), y en cuanto aparece se alzan todos los demás pensamientos. El conjunto de yo y pensamientos, representaciones, es lo mental.

Todos los objetos son concepciones, acotaciones, objetivaciones en la mente del sujeto y el sujeto, como contrapuesto a los objetos, es también una objetivación, una acotación.

Estas consideraciones ponen de manifiesto que la fuente de toda la construcción de sujetos y objetos está en la mente; y la mente está vacía de entidad.

Cuando me identifico con la mente, como contrapuesto al mundo exterior -el de las objetivaciones-, entonces el Absoluto, (si tengo alguna experiencia de él) está fuera de mí y del mundo. Así, cuando aparece la mente y me identifico con ella, aparece el mundo y aparece Dios. No obstante, lo mental no tiene ninguna existencia en tanto que entidad separada; por tanto, tampoco la tienen, como entidades separadas, sus objetivaciones: el ego, el mundo y Dios.

Lo mental crea, con sus objetivaciones, todo lo que existe; a esas creaciones de la mente le seguirán las percepciones, los sentires y las acciones. Lo que es real para la mente, lo es para la percepción y la acción. Lo que no es real para la mente tampoco es real para la percepción, el sentir y la acción. La percepción, el sentir y la acción siguen a lo que la mente da por real. Esta es la razón por la que el trabajo del camino interior exige una tarea profunda de comprensión.

Si las objetivaciones sólo están en la mente, las percepciones y sentires también sólo están en la mente. Las acciones son también como el actuar en un sueño, cosas de la mente.

La mente y su contenido de acotaciones, objetivaciones y representaciones es, de hecho, la totalidad de lo que existe para un sujeto.

Cuando la mente percibe lo que ha objetivado, piensa: “ahí hay alguna cosa”, y pensado eso se objetiva a ella misma porque piensa: “yo soy alguna cosa”.

Sólo cuando llega a comprender que lo que percibe es una objetivación construida por ella misma, y que, por tanto, “nada está ahí”, entiende que ese “yo, aquí”, también es nada.

Lo mental es una especie de doble de la realidad; ese doble es la representación, la objetivación que la necesidad y el deseo construyen, primero, para sobrevivir en el medio y, segundo, para protegerse de la inmensa desproporción de lo real con respecto a la completa fragilidad del sujeto.

Las construcciones que hace la mente son diferentes de “lo que es”, porque son objetivaciones y construcciones hechas a la medida del ego; son, pues, otra cosa que “lo que es”. Gracias a las construcciones mentales el sujeto puede desear, pero cuando lo hace, desea otra cosa de “lo que es”. Gracias a las construcciones de la mente, el sujeto desea no “lo que es” sino una acotación separada y representada, a su medida, diferente de “lo que es”.

Las construcciones de la mente orientan y aproximan a cosas, objetos y sujetos, donde no hay ni cosas, ni objetos ni sujetos.

La emoción y los sentimientos se despiertan cuando se ve otra cosa que “lo que es”: una cosa que la mente construye, proporcionada a la medida de la necesidad.

Las emociones, por tanto, están sostenidas por lo que parece ser. El mundo de las emociones y sentimientos del sujeto se mueve entre objetivaciones y representaciones. No hace pie sobre la realidad, sino sólo sobre lo que re-presenta a la realidad substituyéndola. Por ello, las emociones nunca son plenamente satisfactorias. Las emociones muestran, tanto o más que el conocimiento, que lo que damos por real, está vacío.

Todo está vacío de entidad propia.

Lo mental es el resultado de la identificación del puro Ser-Conciencia con el cuerpo. Esa identificación es el fundamento de la individuación y de la falsa entidad del ego.

La luz reflejada en la gota de agua crea la ilusión de la existencia de una luz autónoma ligada a la gota. Algo semejante ocurre con la pura Conciencia y el reflejo de esa conciencia en el cuerpo. El falso ego produce las objetivaciones, falsos fenómenos, entre las que cree moverse.

Quien comprende que la gota no tiene ninguna luz autónoma identificada con la pequeña porción de agua, sino que está vacía de luz propia, porque no tienen más luz que la luz, disuelve las identificaciones y los falsos supuestos.

El ego, comprendiéndose como entidad autónoma, se asocia a los objetos, porque hace de sí mismo un objeto. Cuando, en cambio, se comprende a sí mismo como vacío de existencia propia, porque se ve vacío de toda objetividad, su mundo de objetos se disuelve y queda únicamente una realidad carente de objetivaciones y, por tanto, vacía de sujetos y objetos.

La idea “yo soy el cuerpo-mente” crea la inquietud y el miedo porque abre a la amenaza de la muerte y oscurece la visión del universo.

Lo mental es un paquete casual de deseos y de miedos. ¡Un mal filtro para conocer el universo!

Sin saberlo, lo mental disimula y oculta lo real, porque induce a creer que las cosas son lo que la mente dice. Lo que la mente piensa que es, lo tenemos por real y lo sentimos como real, y como lo conocemos todo a través de las objetivaciones de la mente, la desfiguración es general.

Lo mental no partirá espontáneamente a su propia investigación porque cree saber donde pisa; da su irrealdad por real. Además, la investigación de lo que es real no puede tener el éxito esperado según los criterios del conocimiento cotidiano porque desde la mente sólo se puede saber lo que no es.

Lo mental no es la realidad. La realidad está más allá de las objetivaciones mentales; está precisamente en lo que no es esas objetivaciones: el Ser-Conciencia sin individuación. Ahí está la realidad de la mente y la posibilidad de su control, y no en lo que ella supone.

Lo mental no existe en tanto que cosa; suponerlo es una idea falsa que oculta la visión de sí mismo.

Las afirmaciones que lo mental hace, son generalmente falsas porque parten del supuesto de su propia existencia como cosa, como entidad, y parten de la existencia de las objetivaciones que de ese supuesto se derivan.

Las negaciones, en cambio, son justas, por los mismos supuestos.

La comprensión desde la mente es representación, conceptualización desde la necesidad; por tanto, como tal comprensión, es una construcción de la mente, útil para el viviente, pero no existente como verdadera comprensión, porque “lo que es” está vacío de conceptualizaciones y objetivaciones.

No es posible apoyarse en la mente para conseguir la liberación, porque la mente, al suponer un mundo de objetos y sujetos, en cualquiera de sus funcionamientos posibles, esclaviza y somete a ese supuesto.

La función legítima de lo mental con respecto al conocimiento verdadero es decir lo que no es. Pero si quieres un conocimiento de lo que eres y de lo que es, tendrás que ir más allá de la mente.

La mente puede entender que más allá de lo mental cambiante hay un plano de presencia inmutable. Cuando desde el testigo llega a saber que no es ni la objetivación del cuerpo ni la de la mente, que no es ni esto ni aquello, puede aproximarse a la comprensión de su propia realidad.

Si intentas alcanzar lo mental como una entidad, como “alguien” que tiene deseos y temores, se desvanecerá y sólo quedará el Ser-Conciencia. Si quieres eliminar la ignorancia que presupone una entidad autónoma detrás de la mente, húndete en lo

mental que brota del interior de ti mismo e investiga; verificarás que esa supuesta entidad se desvanece.

El ego y su mundo - y, por tanto, también el nacimiento y la muerte - se sitúan en lo mental. Si lo mental es destruido, todo desaparece con él.

Lo mental es la Conciencia que se identifica con el cuerpo para ponerse al servicio de su supervivencia. Destruir lo mental es destruir esa identificación. Esa identificación puede ser destruida y no sólo dejada en estado latente, como en el sueño.

Aunque se quiebre y se destruya la identificación de la Conciencia con el cuerpo y su objetivación como una existencia autónoma, -construcciones todas de la mente-, la mente puede continuar ejerciendo la función de cuidar de la supervivencia. Una cosa es la función de la mente para un viviente y otra cosa es el supuesto que ese funcionamiento induce desde la ignorancia: ser una entidad autónoma identificada al cuerpo. El supuesto debe ser destruido, la función no.

No se puede destruir lo mental con lo mental. No se puede destruir el conglomerado de pensamientos que forman lo mental, con un nuevo pensamiento, el de destruir lo mental, que se añade al conglomerado ya existente. Ese nuevo pensamiento no haría más que engrosar lo mental.

No se puede destruir lo mental, - que supondría eliminar el supuesto de la existencia de una entidad autónoma formada por el conglomerado de pensamientos y el cuerpo -, con lo mental, -que incluye el supuesto de la existencia autónoma de esa entidad "cuerpo-mente"- . Querer destruir lo mental con lo mental muestra la ignorancia de lo que se trata.

Para destruir lo mental hay que ir a su fuente, hay que llegar al Ser-Conciencia; hay que asirse a esa Conciencia que no es un ego ni una individualidad. Entonces, lo mental, que es hijo de la ignorancia, desaparecerá.

Conocer que lo mental no es real es un saber que lo destruye. Ese conocimiento no puede ser un concepto porque no se puede conceptualizar ni representar lo que no existe.

El conocimiento que destruye lo mental se apoya en una Conciencia que no es una conceptualización, porque está completamente vacía de objetividad. No es el conocimiento de una individualidad, el sujeto, objetivando y representando otra individualidad, el Ser-Conciencia, el Absoluto. Y no es así porque ni el Ser-Conciencia es una individualidad, ni la mente es una individualidad.

La Conciencia sabe la no existencia de lo mental como entidad autónoma; y ese conocimiento destruye el error. Al hacerlo, mata al ego para siempre. Pero el ego destruido es el ego que se cree alguien venido a este mundo. Mata la pseudo-entidad ego, no la “función ego”. La “función ego” no es una entidad autónoma, es la misma Conciencia, el Ser-Conciencia mismo que cuida de cada viviente como si fueran entidades autónomas.

El conocimiento que mata a la mente y al ego, es un conocimiento no-conocimiento, porque no es ni conceptualización, no objetivación, ni es tampoco el conocimiento de un sujeto.

Mi ego verdadero no es la supuesta entidad autónoma venida a este mundo, es el Absoluto mismo desplegando y dirigiendo los procesos que este cuerpo requiere para vivir. El cuerpo mismo no tiene otra entidad que ser una forma del Sin-forma.

No soy ni lo mental ligado al cuerpo, ni las ideas de lo mental, ni tampoco el cuerpo. Mi ser es el del Absoluto mismo desplegándose como un bucle de Ser-Conciencia, como si fuera una entidad individual. Pero en mí no hay ninguna entidad individual porque estoy completamente vacío de toda objetividad. Soy subjetividad pura sin objetividad ninguna, tanto en mi mente, en mi ego, como en mi cuerpo. Hablar de subjetividad pura es hablar de Ser-Conciencia.

Mi mente, mi ego y mi cuerpo no son otra cosa que el poder del Absoluto en movimiento. La *Shakti*¹ de *Shiva*, dirían los hindúes.

Lo mental realizado, es decir, reconocido como no entidad autónoma, es el Espíritu Supremo.

Lo mental no realizado, es decir, creyéndose entidad autónoma, es la ignorancia básica, la ignorancia madre de todas las ignorancias.

La ignorancia, el mal y la muerte, arrancan de la mente no realizada. Pero ni la ignorancia, ni el mal, ni la muerte son entidades reales porque derivan de una entidad no real, lo mental. Ese error, maldad y muerte, que es nada, pero que se cree algo, eso es "Satán", el mal espíritu en el vivir.

¹ La energía divina, el aspecto dinámico de la divinidad personificado como su esposa.

La persona

Los humanos, como los demás vivientes, nacemos con dos grandes grupos de necesidades, correspondientes a la supervivencia del individuo y a la supervivencia de la especie. Esa es nuestra dotación genética básica en lo referente al comportamiento. El deseo es el vocero de esas pulsiones fundamentales y de sus concreciones.

Nuestros primeros contactos con la realidad y con las personas que nos rodean nos proporcionan los primeros éxitos y fracasos de esas tendencias. Esos éxitos y fracasos primeros originan la concreción de unos deseos y temores primarios que se convierten en criterio para nuestra vida posterior.

La persona, lo peculiar y propio de cada individuo, es el agregado de esas primeras experiencias, que son siempre casuales porque dependen de unos primeros contactos fortuitos. Esos agregados forman unos paquetes de deseos y temores que determinan la orientación de toda nuestra comprensión y valoración posterior de la realidad y funcionan también como criterio básico de actuación.

Esas estructuras primarias de deseos y temores, que son patrón de toda nuestra vida y actuación posterior, están en la memoria inconsciente. Desde ahí generan unos hábitos que se mantienen durante toda nuestra vida.

La persona es, pues,

- un amasijo de recuerdos y hábitos,
- engendrados por los deseos y los miedos primigenios,
- grabados en la memoria inconsciente,
- que se convierten en patrón de comprensión, de sentir y de actuación para el individuo.

La persona es esa estructura fijada que modela todos los pensamientos y todas las acciones consecutivas.

Esa persona no existe en el sabio, porque la persona es una equivocación que el sabio disuelve con el conocimiento del Absoluto. La persona es un error que desaparece en quien ve.

La persona filtra el presente desde el pasado y desde el pasado proyecta el futuro. Así unifica el pasado, el presente y el futuro, pero el criterio de unificación es el pasado. La persona está, pues, tramada en el tiempo.

El conocimiento que trasciende el tiempo y el espacio, el conocimiento del Ser-Conciencia, disuelve a la persona.

La esencia de la persona son las autolimitaciones que la memoria inconsciente impone al conocimiento, al sentir y a la acción.

El conocimiento de “el que es”, que no es ni esto ni aquello, quiebra las fronteras que la persona impone al conocimiento, al sentir y a la acción.

La persona se forma en función de la supervivencia. Lo que debe sobrevivir es el animal viviente, que es un cuerpo. La personalidad surge de la auto-identificación de la mente con el cuerpo.

La idea “yo soy el cuerpo” es el fundamento del nacimiento de la persona.

El cuerpo le da localización en el espacio y la memoria le proporciona la duración en el tiempo.

Para el conocimiento que debe trascender las categorías de sujeto-objeto y de individualidad, la persona es un obstáculo. La identificación con el cuerpo es benéfica y necesaria para el niño, pero la madurez interior debe dejar esa identificación a un lado.

La sensación “soy una persona en el tiempo y en el espacio” es un veneno para la vida interior, porque ancla en la dualidad que genera la necesidad, la de sujetos y objetos, y porque desfigura la realidad con los temores y deseos que estructuran al individuo.

Mientras nos mantengamos como idénticos a la persona somos presas del miedo, primero, porque nos vivimos como un conjunto de deseos y los deseos engendran los temores y, segundo, porque nos identificamos con el cuerpo, frágil entidad que nace y muere.

Para librarse del miedo hay que escapar de la persona.

Pero la persona se sostiene sobre los deseos y es inútil luchar directamente contra los deseos. Sólo el conocimiento los diluye. Sólo el conocimiento es capaz de comprender que no hay felicidad en lo que se desea.

La persona modela la realidad y la vida desde los temores y los deseos, filtra la realidad y le impone presentarse como aparece. La persona dicta a la realidad y a la vida lo que debe decir. Ese dictado, que es un reclamo y una exigencia, ahoga el lenguaje propio de lo que hay.

La tarea del observador es comprender hasta eliminar a la persona y, con ella, todos los filtros que comporta.

La persona en cuanto entidad separada no existe, es sólo una objetivación, una imagen mental a la que acompaña el convencimiento de que es una realidad.

Ni siquiera vistas las cosas desde el mundo que no trasciende las fronteras de la dualidad, existe. Cada persona es lo que es porque los que le rodearon fueron como fueron. Cada cosa es lo que es porque el universo entero es lo que es. Cada cosa no es efecto de una sola causa sino efecto de la interacción del universo entero en su inmensidad.

Según esto, las personas y las cosas no serían tanto conjuntos de entidades autónomas, cuanto nudos de una inmensa red cuyos hilos se pierden en el tiempo y en el espacio. Eso sin salirnos de las fronteras de la dualidad.

Todo ese flujo en el tiempo y en el espacio de deseos y temores, todo ese flujo de causas y efectos, es inteligible desde el supuesto de la existencia de entidades reales en el tiempo y en el espacio. Si se elimina el supuesto de que existen entidades

autónomas, desaparece el tiempo, el espacio y la cadena de causas y efectos y también la persona como entidad real.

Todas esas ideas, que se dan como realidades, sólo están en la mente de las personas.

El conocimiento me ha de llevar a rechazar ser una persona. Mi realidad está vacía de toda individualidad y, por tanto, de toda personalidad. Mientras crea ser alguien, estaré en el error. No he sido nunca una persona ni lo seré jamás.

Es falso que yo actúe, porque no hay ningún actor. Si no hay ningún actor todo llega por sí mismo, porque todo son formas del sin-forma.

En una realidad vacía de sujetos y objetos, vacía de individualidades, ¿dónde encontrar actores? Ni siquiera el Absoluto es un actor porque no es ninguna individualidad.

Hay movimiento, pero no hay actores. Hay diversidad, pero no hay individuos. El Ser-Conciencia está vacío de formas, pero todas las formas son únicamente suyas.

Mientras nos imaginamos ser personas, separadas unas de otras, no podemos captar la realidad, que es la realidad de todo y trasciende la categoría de persona.

Mientras me creo persona, concibo y siento al Absoluto fuera de mí y me lo represento como persona. Pero el Absoluto ni es un individuo ni es propiamente una persona.

El sentido de moralidad arranca de la idea de la existencia de una entidad individual, con categoría de persona, enfrentada al bien y al mal. Ese supuesto es un obstáculo al conocimiento. La moralidad, si no se convierte en acción puramente desinteresada, puede resultar un serio obstáculo al conocimiento.

La actuación interesada supone la existencia del que tiene esos intereses; la moralidad desinteresada niega esa suposición.

La acción interesada es la acción de alguien; la acción desinteresada es pura acción en la que se silencia, se olvida al actor.

Rechaza pensarte en términos de ser esto o de ser aquello; y sin ser esto o aquello, no hay persona.

La persona no es más que el resultado de un malentendido. Es el resultado de identificar con el cuerpo las construcciones de la mente, sus deseos y temores, los desfiles continuos de pensamientos, sentimientos, recuerdos y proyectos, reunidos todos en el recuerdo de la memoria.

En realidad no hay persona alguna, sólo el testigo; y es el testigo el que sabe que no es ni esto ni aquello sino el puro “soy”.

Lo personal es el sueño, lo impersonal el despertar. Lo personal es la manifestación, lo impersonal es la fuente, el inmanifestado. Lo personal se fundamenta en lo impersonal.

Sin embargo, la realidad misma trasciende las categorías de personal e impersonal.

La realidad no es personal porque no es nada, no es ninguna realidad individual; pero trasciende también la noción de impersonal porque la realidad es el Ser-Conciencia. Y el Ser-Conciencia aunque no sea la conciencia de un sujeto que versa sobre un objeto, no obstante eso, es conciencia, es luz.

Quiebra los lazos de la memoria, silencio y calla también la identificación con el cuerpo, y la persona se disolverá por sí misma. La disolución de la personalidad es siempre un gran alivio, es como si nos descargáramos de un pesado fardo, porque con ello nos liberamos de los temores y deseos que delimitan la realidad.

La persona no estaba ahí antes de tu nacimiento ni lo estará después de tu muerte. ¿Por qué luchar para realizarla, para crecerla y perfeccionarla? No es esa la tarea a realizar; la tarea es escapar completamente de la vida personal.

Se necesita determinación para suprimir la persona. Debe desaparecer porque es sólo la limitación y deformación que nuestros deseos y temores primarios y fundamentales imprimen a nuestro conocer, sentir, percibir y actuar.

No somos una persona venida a este mundo y situada en el tiempo y en el espacio. Verificar eso es nuestra gran posibilidad.

Si miro a través de lo mental, de la persona, veo innumerables personas, un sin fin de sujetos y objetos que nacen y mueren.

Cuando miro más allá de la persona, veo al testigo imparcial y desapegado que ni nace ni muere.

Más allá del testigo está la presencia intensa e infinita de la vacuidad del silencio.

Abandona la opinión de ser una persona. Ponla en cuestión con la pregunta ¿quién soy?

La indagación conducirá tu atención de la persona frágil y cambiante, al testigo inmutable.

El testigo te mostrará tu ser verdadero completamente vacío de sujetos, objetos y personas. El testigo desaparecerá en la luz única.

La atención y la indagación deben desplegarse en el silencio. Sólo el silencio y la indagación llevan más allá de los deseos y temores de la mente y, por tanto, más allá de la persona y por esa vía conducen a la paz. El camino al conocimiento transcurre por el silencio y la paz.

La ambición y el temor son personales. El desapego y la paz es liberación de lo personal. No trabajes para liberar a la persona, libérate de la persona.

Lo que está más allá de la persona, es verdad. Sólo lo personal es falso. Lo que está más allá de los filtros deformadores de los deseos y temores nucleares de los individuos, es verdad. Lo que está sometido a la desfiguración de esos filtros, es falso, no es lo que hay.

Éstas no son verdades para la vida cotidiana, son verdades del caminante por la Vía. Son verdades de la Vía al conocimiento.

Sin embargo, para el que ya conoce, tanto lo personal como lo impersonal son verdad.

Los deseos y las limitaciones de la persona son sólo formas del Sin Forma.

Entre lo personal y lo impersonal no hay dualidad ninguna;
entre los deseos y el silencio no hay dualidad ninguna;
entre lo que es y lo que parece ser no hay dualidad ninguna;
entre la dualidad que construye la necesidad y el Absoluto no hay dualidad ninguna;
entre lo que construye la mente y lo que es no hay dualidad ninguna.

Esta es la conclusión:

- no hay ser esto o aquello, aunque hay diversidad;
- no hay personas, aunque nada es homogéneo;
- no hay actores, porque no hay individualidades;
- todo sucede por sí mismo, porque todo es formas del Sin-forma;
- no hay ni siquiera testigo, porque no hay ni rastro de dualidad.

El individuo, la identidad

Hay sentimiento de individualidad, de identidad, pero es la individualidad y la identidad de una representación en la memoria.

La identidad es sólo un agregado de recuerdos, ligados en un hatillo por el apego y representado como una entidad autónoma.

Sal y míralo desde el exterior. Si lo logras podrás percibir, por primera vez, algo directamente, algo que no es la memoria ni la representación. Si lo logras cesarás de ser un individuo ocupado en tus asuntos y estarás en paz.

El individuo desaparece con la realización. La realización es la consecución del conocimiento que trasciende la dualidad que construye la necesidad. Trascendiendo la dualidad se trasciende la individualidad.

Toda identidad, a lo largo del tiempo, demuestra ser ilusoria. Esto vale tanto de las diversas identidades que cada persona adopta a lo largo de su vida, como del individuo como tal.

Sin embargo, la identidad es inherente a la realidad no-dual. Pero esa identidad, que no se borra jamás, no es ni la de la personalidad impermanente, limitadora y deformadora, ni la de la individualidad ligada a la acción y a los frutos de la acción. Es la identidad que queda cuando toda identificación personal es abandonada, porque se la ha percibido como falsa. La identidad permanente es la de la Pura Conciencia, la del Ser-Conciencia no-dual.

La persona es un individuo y una identidad, aunque sea no real. El Ser-Conciencia es una identidad porque es no-dos pero por ello mismo no es una individualidad.

Hay individualidad cuando hay dualidad, cuando hay pluralidad.

En el “no-dos” ni hay pluralidad ni dualidad, por tanto, tampoco puede hablarse de individualidad.

El método

Las circunstancias y los condicionamientos dominan la vida del que está sometido a la necesidad y, por tanto, al deseo y al temor. El que conoce la naturaleza verdadera de la realidad, está libre de circunstancias y de condicionamientos.

Donde impera el deseo y el temor, la egocentración es la ley.

Donde se silencia la necesidad, no hay deseo ni temor, porque no hay ni sujeto ni objeto sino sólo unidad; ahí, únicamente se obedece al amor, que es unidad. Cuando hay amor y unidad, la egocentración está ausente.

La necesidad genera la espontaneidad de la ignorancia. Esa espontaneidad es tan antigua como la especie. Para salir de esa trampa original se precisa disciplina, método.

El método es arduo pero es más fácil cambiar esa situación que sufrirla.

El sujeto se cree alguien venido a este mundo de deseos, riesgos e incertidumbres. Entonces, su pensar y su sentir se ponen por completo al servicio de la supervivencia en ese difícil mundo.

Ese funcionamiento del pensar y del sentir al servicio de la supervivencia es lo que llamamos “la mente”, “lo mental”.

El cambio que hay que hacer para entrar en la Vía es escapar de la dualidad, escapar de la relación de sujeto-objeto que es una relación de objetivación y representación, para acceder a un conocimiento inmediato y no dual de lo real.

La mutación que hay que hacer para la realización no afecta más que a lo mental, no a la naturaleza profunda.

Para ser lo que eres debes que ir más allá de lo mental hasta apoyarte en tu ser real. Lo que importa es que dejes atrás eso mental y que lo dejes atrás por completo. Pero eso no será posible sin la comprensión de tu ser.

El camino a recorrer es una tentativa obstinada por sobrepasar las representaciones y las palabras y acceder a lo que no es ni representación ni palabra. El mundo de las relaciones de sujeto y objeto es un mundo de objetivaciones verbales. Si se sobrepasan las formas verbales se sobrepasan las objetivaciones y se sale de la dualidad de la necesidad.

Para ir más allá de lo mental, es necesario estar en silencio y en paz.

Paz y silencio.

Ese es el camino y ese es el final del camino.

Esa es la disciplina y la finalidad de la disciplina.

Los métodos están hechos para los indagadores que no han perdido todavía su individualidad, porque todavía se sienten sujetos en un mundo.

Se propone el método al que busca, para permitirle perder su individualidad. Perder la individualidad es salirse de lo mental.

Quien se escabulle de la dualidad que genera la necesidad, no es ni sujeto ni objeto, porque se convierte en testigo, pura subjetividad sin individualidad.

En definitiva, todas las disciplinas, todos los métodos, sean los que sean sus orígenes, sus características y la forma que adopten, no tienen más que una finalidad: salvar de la calamidad que es creerse una existencia separada; salvar de ser una individualidad desprovista de sentido en un inmenso y bello mundo.

La finalidad de la práctica espiritual es la supresión de la individualidad, que es la supresión de la ignorancia, no la adquisición de realidad alguna.

La realización existe desde siempre y es lo que siempre ha sido aquí y ahora.

Suponer que al andar se adquiere la realidad sería objetivarla como una adquisición y sería objetivarnos a nosotros mismos como receptores. Ese sería un camino que se bloquearía a sí mismo, porque la búsqueda supone la individualidad, el que busca, y la necesidad; y la necesidad crea la dualidad y la objetivación.

Los métodos son procedimientos, disciplinas espirituales, en una palabra, técnicas de silenciamiento. Son yogas porque eliminan la separación y conducen a la unión.

El ser humano, en su condición ordinaria, vive bajo la ilusión de estar separado de su Fuente. Esa ilusión, base de todo nuestro funcionamiento mental, debe ser destruida. Se puede llamar yoga a todo método que apunta a esa destrucción.

Todo yoga consiste en rechazar; se progresa en la unión, rechazando la separación.

¿Cuál es el mejor método? Depende del temperamento del individuo y de su historia. La personalidad y la historia de los individuos hace que lo que para unos es fácil para otros sea difícil y viceversa. Hay que ser rigurosamente pragmático al escoger el procedimiento adecuado para trabajar. Ningún método tiene valor absoluto y definitivo. Ningún método es exclusivo y excluyente.

Los contactos con el mundo, es decir, con los objetos otros que sí mismo, despiertan deseos y temores que agitan lo mental.

Conseguir el desapego a todo lo que no sea el Ser, es la primera etapa del camino. Viene a continuación el hábito de introspección y concentración.

Se llega al desapego mediante el examen de la naturaleza efímera y vacía de los fenómenos exteriores. El espíritu de indagación ayuda al desapego porque conduce a la indiferencia frente a la fortuna, la fama, los placeres, y los bienes de este mundo.

Por la indagación, el ego y el flujo continuo de pensamientos y sentimientos se hace más y más claro al examen.

Por esa misma indagación se llega a lo que es la Fuente del yo.

La indagación pretende conducir, primero a la mente y luego al sentir, a la realidad que hay más allá de las objetivaciones y las representaciones de sujetos y objetos; pretende conducir al no-dos que yace oculto bajo nuestras construcciones duales, hijas de la necesidad.

Si el aspirante, por causa de su temperamento o de sus hábitos mentales, tiene dificultades con el método de introspección (*vichâra marga*), puede y debe volverse a la entrega, con la mente y el sentir, a un ideal (*bhakti*, devoción), ya sea Dios, el maestro, la humanidad en general, el saber, la moral o incluso la belleza. El amor, la pasión por ese ideal le liberará de sí mismo.

En su sentido original los términos “devoción” y “entrega” significan lo mismo. En su sentido corriente, tienen diferente matiz; toda devoción es entrega, pero no toda entrega es devoción. Se puede hablar de devoción a una figura divina, pero es poco frecuente hablar de devoción a la humanidad, al saber o a la belleza. En estos últimos casos, se hablará mejor de entrega.

Lo propio del método *bhakti* es el enrolamiento total de la mente y el sentir en el amor y en el servicio del ideal, y eso puede practicarse tanto con la devoción como con la entrega. La entrega es interés y amor, como la devoción.

Cuando uno de esos amores toma posesión del individuo, todos los restantes apegos se debilitan y el desapego crece al mismo tiempo que crece el ideal hasta que llega a invadir a la persona entera. La concentración se desarrolla paralelamente e imperceptiblemente, acompañada o no de apoyos directos.

En este sentido, sólo el sabio es plenamente devoto porque sólo él se entrega con una pasión completa.

Cuando ni la indagación ni la entrega devota funcionan, se puede recorrer a otro método, el de tranquilizar la mente y el sentir desde el control de la respiración. El control de la respiración actúa como un sedante y un freno para la mente.

La respiración tiene un papel tan nuclear en nuestra existencia, que cualquier alteración de la misma crea la sensación de poner la vida en peligro. Cuando la vida se siente en peligro, todo el interés se concentra sobre un único punto: salvarla. Cuando se interviene en la respiración, lo mental no puede permitirse el lujo de saltar de uno a otro de los objetos de sus construcciones. Cuando se controla el aliento, lo mental se calma. Mientras la atención se vuelve hacia la respiración y su control, los otros intereses se

desvanecen y la mente se concentra sobre un único objeto con exclusión de los demás.

Es mejor no usar las sofisticaciones de este método si no se cuenta con la ayuda de un entendido.

Los maestros *vedanta* presentan una unión sencilla y eficaz de la indagación y del control de la respiración. Proponen que al expirar se piense "no soy esto", al inspirar "¿quién soy yo?" y al retener por unos instantes la respiración se piense "soy eso". Dicho de una manera menos concisa: al expirar fijo mi mente en que no soy ninguna objetivación, al inspirar fijo la mente en la pregunta "entonces, ¿quién soy?", y al retener fijo la mente en mi realidad profunda: "soy Eso", el Absoluto mismo.

Si un aspirante no se maneja bien con los métodos anteriores, puede tomar el recurso de la acción desinteresada (*Karma-yoga*), es decir, una actuación que no busca los frutos de la acción. Actuando exclusivamente a favor de otros o a favor de la sociedad, el pequeño yo separado se afirmará con menos fuerza y, con ello, se tendrá la posibilidad de desligarse de la egocentración.

Esa actuación desinteresada le hará capaz de enrolarse en una de las vías anteriores o puede que sólo gracias al yoga de la acción, su intuición se desarrolle.

Las posturas (*âsanas*) para la indagación y la concentración son importantes, pero lo realmente imprescindible es la postura puramente interior: tomar asiento firmemente en el Ser.

Puede conseguirse el silenciamiento interior y la unidad mediante la concentración en las posturas del cuerpo (*Hatha-yoga*). Algunos maestros *vedanta* llegan a afirmar que el *Hatha-yoga* es útil especialmente para aquellos que no pueden tranquilizar fácilmente su mente con otros métodos. Esto es algo que debemos tener muy presente los occidentales, pero sin confundir jamás el *Hatha-yoga* con una gimnasia sofisticada.

Las facultades de que disponemos vuelcan al individuo hacia lo exterior porque son las facultades propias de un viviente que

necesita depredar el medio para sobrevivir. Interiorizarlas es cambiar la dirección del flujo de esas facultades, hasta que llega un momento en que se pacifican y se tranquilizan por completo.

Cuando lo mental se calma por completo, se silencian las actitudes propias de un sujeto de necesidad en el medio y se abre la posibilidad de captar y vivir la pura existencia no dual, entonces prevalece el sentimiento absoluto de ser, el “yo soy”.

No hay relación de causa-efecto entre la práctica de la disciplina, de los métodos, y la sabiduría, aunque la práctica debilite profundamente los obstáculos que se levantan en la Vía. Por tanto, en rigor no hay ningún camino, ningún método, ninguna disciplina, ningún medio que, aplicado, conduzca indefectiblemente a la meta.

Paradójicamente no hay esfuerzo en la verdadera disciplina. No te imagines poderte transformar por el esfuerzo. El esfuerzo ha de conducir sólo hasta comprender que no se requiere esfuerzo.

La violencia vuelta contra sí mismo, como la penitencia, resulta infructuosa. Hacer frente a todas las vicisitudes de la vida, ya es una penitencia suficiente. Si acoges la vida tal como viene, tendrás toda la penitencia que necesitas. Compartir lo que se tiene, de corazón, con los necesitados, es también una excelente penitencia.

La vía del conocimiento es una vía no violenta. Mira simplemente lo que eres, compréndete tal como eres y acéptate. Profundiza en eso. Mira lo que eres, no lo preguntes a otros. Mira dentro de ti y por ti mismo.

La vía es esa relación consigo mismo que no es ni violenta ni no violenta, es consciente o es inconsciente de sí mismo. Cuando se conoce, todo lo que se haga será sabio y justo. Cuando se es ignorante todo lo que se haga ni será sabio ni será justo.

La destrucción de lo falso no es violenta, sólo es eficaz si es mansa y pacífica.

Si el camino a recorrer fuera exterior, sería posible dar directivas, señalar direcciones, marcar etapas; pero el camino es del interior de sí mismo al interior de sí mismo. No vienes de ninguna

parte ni vas a ninguna parte. Eres pura conciencia más allá del espacio y el tiempo.

El camino es una aventura interior que tiene que convertirse en modo de vida. Cuando ocurra eso, el descubrimiento vendrá a ti.

Hay que ir de sí mismo al centro de sí mismo.

La realización no depende de cambiar nada en mí ni fuera de mí. La realización es comprender que no soy ni el cuerpo, ni lo mental; es comprender que debo permanecer en mi naturaleza verdadera más allá de toda dualidad.

A ese término no me puede conducir ningún esfuerzo por cambiar algo, sólo puede hacerlo la claridad de la comprensión.

No hay nada que buscar ni que encontrar, porque nada se ocultó o se perdió jamás.

No es cuestión de reformarse, sino de comprender. Y lo que hay que comprender es la vanidad de todo cambio.

No se puede esperar que el cambio conduzca a lo inmutable. Eso no es posible. La tarea es comprender que la misma idea de que la Vía es cambio, es falsa. Cuando se comprende su vaciedad aparece lo inmutable, y se comprende que lo que es, tal como es, con cambio o sin cambio, y lo inmutable no son dos.

Lo que se requiere es la aceptación y la comprensión.

En la indagación, lo inesperado es inevitable porque el descubrimiento sobrepasa siempre toda imaginación. Así como el niño antes de nacer no podría imaginarse el mundo que le rodeará después de su nacimiento, así lo mental es radicalmente incapaz de pensar, imaginar o concebir lo real, utilizando expresiones que describan lo que es. Lo único que puede hacer es negar: “no es esto, no es aquello”.

El obstáculo capital es tomar lo que no es real por real. En cambio, cuando se ve lo falso como falso, emerge lo real. Para esa tarea, las palabras son una trampa. Nuestra situación es semejante a la de un ciego de nacimiento que pudiera ser curado por una operación. No podría imaginar el mundo que aparecerá ante sus ojos.

Las palabras que hablan del despertar son como las descripciones de la luz de un ciego de nacimiento. Las palabras son como cestos de mimbre recogiendo agua de un pozo.

Pero los tanteos del ciego, cuando está lleno de celo, están llenos de promesas. Los tanteos son la búsqueda y la búsqueda es ya el descubrimiento.

La coherencia de pensamiento y acción, aunque consiguiera una integración perfecta, no serviría para nada. Esa completa coordinación de pensamientos y acción, esa completa coherencia, no sería capaz de impedir que nos tomemos, equivocadamente, por un cuerpo, una mente, una individualidad.

Por el contrario, aunque la coherencia personal sea sumamente imperfecta, no importa, bastará con ver, con toda claridad, que ni el cuerpo ni la mente soy yo y que en mí no hay ninguna individualidad.

Sea el que sea el método que se siga, los maestros animan a que se practique hasta el final porque cualquier procedimiento es capaz de conducir a la realización como cualquier otro procedimiento.

Resulta difícil convencer a la mente extrovertida para que comprenda que la propia felicidad no está en el exterior sino en el interior.

El lugar de la realización está en el interior, no en el exterior.

Y ese lugar de mi interior que es el lugar de la realización es el núcleo central de todos los seres.

La realización de ese interior es la finalidad de nuestra existencia.

No tenemos otra cosa que hacer.

Y eso que tenemos que hacer es un no-hacer.

La distancia de sí mismo: el testigo

Mantener la atención distante del flujo de los pensamientos y los sentimientos del ego, es un ejercicio saludable y necesario. Cuando el observador, cuando la atención, se disocia del flujo mental, aparece el testigo. Cuando el testigo aparece, la atención se distancia del ego y se identifica con el testigo.

La actitud de “testigo” supone desplazar el interés y la atención de la implicación en el flujo de la mente de pensamientos, sentimientos, proyectos y recuerdos, a la observación de ese mismo flujo interno.

No puede haber testigo sin distanciamiento y desapego. Si están presentes esas dos cualidades, el bloque de la atención puede situarse en la orilla del río mental y observarlo. Si falta la distancia y el desapego, se está sumergido en las aguas del río.

Observa tu mente con desapego y distancia. Eso bastará para calmar tu monólogo interno. Cuando al río mental le falta la energía de la atención y la implicación, porque esa atención se ha desplazado a las orillas, las aguas se remansan.

La atención es la energía y el motor del flujo continuo de la mente. Si la atención se fija en el continuo ir y venir de pensamientos y sentimientos, de recuerdos y proyectos, y se implica en ellos, el flujo cobra vida. Si la atención se desvía de ese flujo continuo y distancia su interés de él, la corriente languidece y las aguas se calman.

Tranquiliza tu mente. No la ocupes constantemente. Para, dale tranquilidad.

Si se calma, se purifica y adquiere vigor. Con el torrente del flujo mental serenado, la comprensión es más clara y más vigorosa. Cuando la fuerza de las aguas está encalmada, el testigo puede salirse a la orilla y conocer desde fuera el correr de las aguas. Si las aguas están muy embravecidas, es difícil alcanzar la orilla.

Tener la mente siempre ocupada, sin descanso, debilita al testigo.

Lo mental, las operaciones mentales del ego, son tan poco sutiles como las necesidades de un animal. Lo mental está lleno hasta los bordes de pensamientos y sentimientos nada sutiles, groseros. Lo mental es un barullo animal; cierto, es el barullo de un animal cultural, pero por cultural, no menos animal. La calma permite que se posen esos lodos y se pueda ver el fondo de las aguas.

Si te encolerizas o te apenas, sitúate fuera de la cólera y de la pena, obsérvalas. Si deseas o temes, ponte fuera del deseo y del temor y obsérvalos. Aléjate desimplicándote, observa desde el desapego. Ponte fuera de tu pensar y tu sentir; ese será el primer paso a la libertad.

Precisas de un mental apacible y no hay paz sin distancia y desapego. De ahí se seguirán todos los bienes.

Para que pueda surgir el testigo, necesitas un mínimo de paz en la mente y en los sentimientos; una vez surgido el testigo, su mirada terminará por calmar las aguas.

Mira y sé, simplemente. Esa es la fórmula.

Entonces te conocerás como el testigo inmutable de lo mental cambiante. Si tu espíritu no vagabundea entre los pensamientos y los sentimientos, entre los proyectos y los recuerdos, podrá volver a su lugar propio, a su pura naturaleza de ser consciente, una forma de ser sutil para la apreciación de un animal viviente.

Advierte tu condición de testigo lúcido, distante y desapegado. Advierte su modo de ser.

Podrás observar como testigo pero no podrás observar al testigo porque no podrás objetivarlo, y no podrás objetivarlo porque es vacío; no es ni un sujeto ni un objeto, está vacío de todo eso. Es puro observador y no se puede observar al observador, como no se puede ver la visión.

El testigo observa, pero no puede ser observado.

El testigo no es un sujeto de necesidades, porque está distante y desapegado; tampoco es una persona, porque carece de deseos, temores y memoria; tampoco es una individualidad, porque no es objetivable.

Lo que ve el testigo no son objetos para él, porque carece de necesidades.

Pero el testigo puede ser advertido. Entonces podemos advertir su naturaleza peculiar. Es un estado de conciencia que conoce sin ser un sujeto de necesidades, que conoce y lo que conoce no son objetos para él.

Esa insospechada forma de conocer y sentir es nuestra, aunque no sea la propia de un ego en un mundo, ni sea la propia de una persona.

El testigo, esa inesperada forma de conocer y sentir, esa increíble forma de ser para las perspectivas de un viviente, es nuestra, es nuestro propio ser. Para empezar, tan nuestra como la condición de ego en un mundo y como la condición de persona con la que nos identificamos. Más tarde veremos que esa es nuestra propia naturaleza, y no la condición de “venidos a este mundo”.

La mente sirve a la vida, es un instrumento de supervivencia del animal humano.

El testigo observa a la vida, no la sirve.

Antes de la indagación no podíamos sospechar que la mente y el ego eran sólo un hatillo de deseos y temores, recuerdos y proyectos, sin que haya nadie detrás que desee y tema, recuerde y proyecte. Tampoco podíamos suponer que el cuerpo mismo sea también sólo un hatillo de dependencias, sin que haya nadie detrás que dependa.

Pero, en contrapartida, tampoco sabíamos que el testigo, como lucidez pura de la mente y del sentir, libre de necesidades y temores, libre de dependencias, sea nuestra naturaleza propia.

Con la mente en calma y el testigo lúcido y despierto, está la puerta abierta para salir de la prisión del ego y de la individualidad.

El testigo,
que ha salido de los márgenes marcados por la dualidad,
que está vacío de toda objetividad e individualidad,
que conoce y no es un sujeto acotable,
que conoce y no conoce objetos,
es, a la vez, la puerta de salida de la dualidad
y la puerta de entrada a lo no dual.

La indagación interior

Reflexiona poniéndote cuestiones, busca la vía de salida de la ignorancia con toda tu capacidad razonadora y con toda tu capacidad mental de intuir. Indaga primero con la mente y después desde más allá de la mente.

Empieza siendo consciente de ti mismo; consagra toda tu atención a tu mental.

No pretendas resultados rápidos, sé paciente. La falta de atención ha construido lo que eres; la atención dará sus frutos en el futuro. El cultivo de la atención dará más lucidez a tus reflexiones, más aceptación y compasión a tus sentimientos, más rectitud a tu conducta.

El saber que proporcionan los libros no te servirá para recorrer el camino, a lo más te señalará el camino a recorrer. El camino debe andar lo la indagación interior. Una indagación que nadie puede hacer por ti. Una indagación de sí mismo desde sí mismo.

Observa los pensamientos y los sentimientos, los proyectos y los recuerdos, los deseos y los temores e intenta comprender.

Creas que eres ese flujo de tu mente, que eres tu ser mental, tu ego, pero si indagas verás que una tal entidad no existe.

Si conoces su irrealidad, tendrás despejada la vía a lo real.

El conocimiento de lo que es real rescata de la creencia de ser una entidad separada. Sólo es “el que es”.

Considera de donde proceden tus pensamientos y para quién trabajan. Sirven al ego. Busca la fuente de ese ego y lo verás desaparecer.

Observa las idas y venidas de tus pensamientos, tus sentimientos, tus proyectos y recuerdos, tus deseos y temores. Observándolos con detención y descubrirás las tramas de tu persona, lo que es tu peculiaridad, lo que constituye tu criterio de realidad y de valoración, lo que es la norma de toda tu actuación.

Conocerás lo que son tus supuestos centrales: la creencia en la realidad autónoma de tu mente y de tu ego, tu identificación con tu cuerpo. Llegarás a saber del paquete de deseos y temores que determinan la orientación de toda tu comprensión y valoración de la realidad; paquete que funciona también como criterio básico de actuación. Conocerás las líneas maestras de tu persona.

Observando con detenimiento el fluir de tu mente, poco a poco sale a luz lo que es la estructura de la persona: el paquete primordial de deseos y temores surgidos de los primeros éxitos y fracasos de tus primeros contactos con la realidad, guardados en la memoria inconsciente.

Esa estructura básica y casual de la persona genera unos hábitos en la comprensión, valoración y actuación que constituyen la identidad como individuo, la individualidad.

Conociendo ese hatillo casual, amarrado por el apego, nos liberamos de su tiranía porque conocemos su irrealdad. Esa noticia abre el camino al conocimiento de la Conciencia que ni es sujeto, ni persona, ni individuo.

Pero se trata de una búsqueda que no es propiamente una búsqueda, porque aunque se inicia desde alguien que busca algo, se adentra progresivamente en una indagación que, siéndolo, en ella nadie busca ni indaga, ni nada es buscado e indagado. Es una búsqueda que se empieza en dualidad y se concluye en unidad completa.

Indaga en ti mismo, si quieres conocer al Absoluto. Busca en tu mente y luego en la fuente de tu mente, busca en tu ego, y luego en la fuente del tu ego.

Primero investiga los movimientos de tu mente, de tu persona.

El conocimiento de la estructura de la persona, de sus limitaciones, de las deformaciones que ocasionan sus deseos y temores, de sus hábitos y tendencias, purifica y libera a la mente y al corazón de las inclinaciones y desviaciones que vendrían a empañar la luz del Ser-Conciencia.

Luego indaga más allá de tu mente y de tu persona.

La inmersión en la búsqueda del origen del ego es el método directo para obtener la liberación. La búsqueda es la indagación en sí mismo, en pos de la raíz del ser consciente y de la luz que reside más allá de lo mental. En esa búsqueda, el buscador desaparece, pero no la búsqueda, que no tiene fin.

Quien observa los continuos procesos de la mente llega a saber que el núcleo de su identidad, su persona, su peculiaridad irrepetible, es sólo un agregado de primigenios deseos y temores juntados al azar y amarrados, en un paquete inseparable, por los recios lazos del apego. Ese paquete, conservado en la memoria inconsciente, orienta y dirige las interpretaciones, valoraciones y acciones de la vida entera.

Quien ve la vaciedad de la mente, de la persona y del ego, tiene abiertos los accesos a la Fuente.

Lo que se busca es la Realidad, Dios, el Maestro, el Ser-Conciencia. Nombres diversos de lo mismo. Cuando se encuentra a uno de ellos se encuentra a todos los demás.

La historia personal ha empleado una enorme energía para construir una prisión que es la propia identidad, el ego. Hay que servirse de una energía mayor para demolerla. La demolición, a pesar de la aparente dificultad, es fácil, porque lo falso se desvanece en cuanto es descubierto.

Para conseguirlo hay que empezar por poner en cuestión las cosas que parecen más evidentes:

¿He nacido realmente?

¿Existo verdaderamente como entidad separada?

¿Quién soy?

Todo el engaño reposa sobre la idea “yo soy”. Hay que examinarla cuidadosamente. Ella ha creado la ilusión de una separación donde no existe ninguna. La ilusión hace del ego un extranjero en el mundo que él mismo crea. Entonces, el mundo, su mundo, que es su criatura, se le vuelve hostil.

Cuando el sentimiento de ego desaparece, sobreviene la calma; cuando el ego vuelve, se reinician las perturbaciones.

Cuando se comprende que Eso-real “no es otro” que mi propia realidad, se termina la separación.

Cuando se descubre, gracias a la indagación, la fuente verdadera, el ego no puede manifestarse más y desaparece. Desaparece como entidad autónoma, no como función.

Escuchar únicamente, no ayuda mucho. Hay que investigar personalmente. Hay que guardar en la mente lo que los maestros dicen y estudiarlo hasta romperse la cabeza en ello, hasta comprender el estado de espíritu con el que dicen lo que dicen.

La enseñanza que estamos comentando es la vía antigua y simple de la liberación por la comprensión.

Cuando comprendas tu mental, la presa que lo mental tiene en tu mente y en tu corazón se soltará. Pero para comprender lo mental hay que situarse más allá de lo mental. Lo mental sólo tiene que ver con la egocentración y lo que hay que comprender está más allá de las posibilidades de nuestro conocer y sentir egocentrado.

Ésta es la enseñanza:

- la comprensión es el único remedio justo;
 - hay otros procedimientos, pero todos deben terminar en conocimiento;
 - y esto es lo que debes comprender: no eres lo que crees ser;
 - la imagen que tienes de ti mismo son sólo representaciones, recuerdos;
 - encuentra lo que eres, no lo que te representas ser.
- Encuentra lo que en ningún momento has perdido.

El término “indagación” induce al equívoco, porque supone que el indagador se considera a sí mismo separado de lo que es el objetivo de su indagación. No es posible otro punto de partida porque siempre se parte de la ignorancia, de la dualidad de la estructura básica de sujeto / objeto; hay que arrancar desde ahí, pero la indagación debe proseguir hasta que la individualidad haya desaparecido y no quede más que el Ser-Conciencia como englobando al indagador y a lo indagado.

La indagación debe persistir hasta descubrir “lo que es”, la pura Conciencia, debe proseguir hasta la completa desaparición de la separación.

Quien busca en su interior al Ser-Conciencia, aleja la duda y el miedo y calla todos los pensamientos y sentimientos centrados en torno al yo.

Quien busca el Ser-Conciencia que está más allá de la mente, que es el no-dos, con esa búsqueda se aleja del deseo, calla el ansia de existir y todos los pensamientos y sentimientos que forman la trama del ego.

No necesitas esperar encontrar lo que ya está en ti. Rechaza el sentimiento y la opinión de que “el que es” todavía debe ser hallado y que está más allá de ti mismo.

Aparta las corrientes de pensamientos y sentimientos que invaden tu mente y te abrirás a la percepción directa en ti mismo.

Investiga el Ser-Conciencia hasta que provoques la desaparición de la idea central “yo soy mi cuerpo”.

La conciencia de la corriente de la mente, como la conciencia del cuerpo, son intermitentes, van y vienen con el estado de vigilia y el sueño; busca lo que es permanente en lo transitorio, lo real en lo no real. Esa es la tarea.

La pregunta sobre la propia realidad, “¿qué es lo que hay aquí?, “¿quién soy?” es la cuestión última a la que cada uno debe encontrar una respuesta. Esa es la indagación a realizar.

La respuesta siempre será la misma, porque es vacía y sin palabras, pero se la expresará diversamente, según la cultura, la propia historia, el temperamento y las esperanzas que se tuvieron al arrancar la indagación.

Para esta búsqueda, cada indagador adopta, y adoptando inventa, el método que le conviene.

Gracias al método y al esfuerzo progresará hasta un punto en el que tendrá que reconocer la inutilidad de todo procedimiento y esfuerzo y tendrá que renunciar a todo deseo y toda idea de progreso, y eso para hacer posible el progreso.

La razón de la ineficacia de los métodos y procedimientos es clara: ¿Puede el pensamiento, el sentimiento y la acción egocentrada del yo conducir a la desegocentración? Los esfuerzos y los procedimientos de un depredador son incapaces de apartar de la depredación porque no puede dejar de ser depredadores. Si hay progreso, ¿quién progresa? y ¿hacia qué progresa, cuando no hay dualidad y lo que está más allá de la dualidad es informulable?

Ese es el momento en el que se han de abandonar todas las escuelas, los métodos y los esfuerzos, para dar el paso definitivo en la más absoluta soledad, oscuridad, sensación de riesgo y temor, pero en paz y confianza.

Para conocer tu auténtico ser no tienes que practicar nada. Lo que ya eres, no se alcanza con ninguna práctica.

Para conocerte bastará con que seas lo que eres; ¿cómo? cesando de imaginar que eres esto o aquello. Sé únicamente.

Observa ese puro existir sin calificaciones. Mira tu propio existir y deja así que tu naturaleza emerja.

Rechaza toda imaginación, toda representación.

No esperes, porque el tiempo está en tu mente y es la muerte. No hay nada que esperar porque tu realidad ya está aquí, donde siempre ha estado.

Obsérvate y comprenderás que no hay observador ni nada que observar, porque lo que aflora, que es lo que eres, está completamente vacío de sujetos y objetos, vacío de toda forma.

El Ser-Conciencia no es dual, es sólo, absoluto, puro.

En el conocimiento del “no-dos” no hay dos conocedores, de los cuales uno conoce al otro.

Los pensamientos que observo surgir en mi mente, están inmersos en la dualidad. La dualidad es su naturaleza. Proviene del ego y le sirven.

El conocimiento al que conduce la indagación de las fuentes del ego, es un conocimiento en el silencio completo de la dualidad; es un conocimiento que brota de la no dualidad sin crear dualidad alguna.

Presta atención a la atención; estate presente a la propia presencia.

Encuentra lo que jamás duerme ni jamás se despierta.

No busques lo que crees no tener, porque es sólo una representación, una idea tuya; encuentra lo que no has perdido jamás.

Lo que tienes que encontrar estaba ahí antes del comienzo y estará ahí después del fin de todo. Eso inmutable, al que no afecta ni el nacimiento ni la muerte del cuerpo y de la mente, es lo que debes percibir.

Ahí está la verdadera paz, la que no has perdido jamás, aunque los temores del ego la cubran con un manto oscuro de inquietud.

Por naturaleza, lo mental no conoce el reposo, porque su función, como la de los tentáculos de un insecto, es explorar las posibilidades de sobrevivencia. Para indagar la naturaleza del “yo soy”, tendrás que comenzar por dar paz a tu mente, apartándola de las distracciones y las preocupaciones para que aprenda a volverse hacia el interior.

La mente, que está al servicio de la sobrevivencia, está vuelta a lo exterior, al mundo de los objetos y los sujetos de los que dependerá su vida. Habrá que enseñarle a adquirir el hábito de la interiorización.

Para conseguirlo no hay más remedio que apartarse del mundo exterior para suprimir lo que obstaculiza la paz. Los objetos son estímulo para un viviente necesitado; los estímulos agitan la mente.

Pero somos vivientes, no podemos apartarnos del todo del mundo exterior donde sustentamos nuestra vida. Por ello, más que un completo alejamiento del mundo exterior, lo que hemos de conseguir es el desapego.

El desapego es el primer paso a la paz y al conocimiento.

¿Cómo conseguir el desapego en medio de los estímulos de las cosas que nos rodean?

Lo conseguiremos con el análisis detenido de la naturaleza efímera de las cosas y las personas. Éste es el primer paso para conseguir el desapego y con él la paz que se requiere para el conocimiento.

El segundo paso, y definitivo, se dará con la indagación misma de lo que es la realidad propia. La aproximación a “lo que es”, el “no-dos” pone en evidencia “lo que no es”, lo que son sólo cáscaras vacías concebidas, construidas y sustentadas en nuestras necesidades.

Con el desapego están abiertas las puertas a la indagación del puro existir del “yo soy”.

Quien se aproxima al conocimiento del Ser real, se desapega de lo que sólo parecía ser.

El trabajo que hay que realizar no supone actividad alguna, porque no hay nada que conseguir. Todo lo que hay que hacer es comprender que nuestro destino es prestar atención a los obstáculos que crea nuestra mente y despertar.

Cuando sepamos que nuestra vida tiene la realidad de un sueño, despertaremos.

No es necesario arreglar, mejorar el sueño, hacerlo noble, feliz y bello, para verificar que se sueña. Basta con abandonar la obsesión por el cuerpo como la propia identidad. Basta con dejar de imaginar y creer que se es esto o aquello.

En el sueño de tu vida, amas a unas cosas y a otras no porque tu necesidad es el criterio del amor. Al despertar descubrirás que tu amor lo abarca todo.

Quien sabe que no se identifica con sus deseos y necesidades, es libre.

El amor que arranca de la persona, por intenso y sincero que sea, se ama a sí mismo primero y, por ello, crea la dependencia y el apego.

El amor que arranca del despertar, no hace diferencias, lo abarca todo y, por ello, carece de apego y es libre. Sólo el libre puede amarlo todo.

La indagación del propio existir: la indagación de "yo soy"

Sumérgete profundamente en la "sensación de existir" que se muestra como "yo soy". Verás que esa sensación es la primera que aparece. Contéplala con calma.

Esa sensación de existir está siempre presente, pero está recubierta de todo tipo de cosas tales como soy este cuerpo, estos sentimientos, estos pensamientos, opiniones, posesiones. Esos revestimientos te inducen a creerte lo que no eres.

Lo que existe es "el existir", no cosas que existen. Y tú eres ese "existir".

Observa ese "yo soy", esa sensación de existir con todos sus revestimientos. La realidad de tu ser, que es el existir, está detrás de todos ellos y es todos ellos. Si permaneces tranquilo y en silencio, emergerá, lo invadirá todo y te acogerá.

Rechaza todo pensamiento, excepto uno: "soy". Al principio la mente se mostrará incapaz de permanecer fijada sobre ese único pensamiento, pero con el tiempo se calmará y se concentrará.

Esa actitud te llevará al fondo de ti mismo, a la fuente de donde brota toda realidad y todo sentido.

La concentración sobre el "yo soy" es la concentración sobre "el sentimiento de puro ser", sin revestimiento alguno, es la concentración sobre "el sentimiento de existir", sin más, sin calificación alguna. Al ser una sensación de ser, de existir, vacío de revestimiento y de calificación, es un sentimiento de ser absoluto, vacío de delimitación y de toda relación.

Cuando la mente se calma y se centra sobre el puro "soy", entonces aquí, en mí, tiene lugar una experiencia directa e inmediata, en la que se capta la pura existencia, la existencia sin más.

Aunque es una concentración interiorizada, no versa sobre el sujeto sino sobre la sensación del propio existir. La sensación del puro existir al carecer de delimitaciones se hace indelimitada y abarca todo existir.

La mente, puesto que es un instrumento de supervivencia, está vuelta hacia el exterior; la tarea es dirigirla hacia el interior, invertir la dirección de su flujo. Sólo desde la interiorización de la mente prevalecerá el sentimiento de ser, sin cualificación ni relación ninguna, el sentimiento de ser simplemente y absolutamente.

Sólo en la propia interioridad es accesible, directa e inmediatamente, la sensación pura de existir. En el exterior de sí mismo, el existir está mediado por las objetivaciones; se tiene acceso a la sensación de existir a través de la objetivación, pero no directamente. La pura sensación de existir sólo puede observarse en sí mismo.

Para realizar la indagación del “yo soy” hay que introvertir la mente, pero el mismo intento de llevar a cabo esa indagación del “yo soy” va introvertiéndola; y al volverla hacia dentro, sobre la sensación de ser, la tranquiliza y la pacifica.

No hay que prestar ninguna atención a los pensamientos y sentimientos que vengan al espíritu, ligados al “yo soy”, que no sean la pura sensación de existir.

Si prestas atención a los pensamientos y sentimientos que vengan al espíritu, que sea para hacerte consciente de tu propia existencia.

Observa primero tus pensamientos y sentimientos, tus actuaciones, los motivos por los que actúas, los resultados de esas actuaciones, tus éxitos y fracasos. Si te observas así, con distancia y desapego, descubrirás la prisión que has construido en torno a ti por pura inadvertencia.

Cuando conozcas el núcleo de tus deseos y temores, llegarás a conocerte, porque sabrás lo que no eres.

Si luego haces pie en la pura sensación de existir, podrás comprender que ese existir es tu ser y no las formas con las que se reviste en el flujo de pensamientos y sentires de la mente; podrás comprender que tu ser es existir sin delimitación ninguna.

La observación del sentimiento de existir te mostrará con claridad lo que eres.

La tarea de esta indagación exige la dedicación de todo nuestro interés y de todo el tiempo disponible; exige una actitud en nuestra vida que suponga una total dedicación.

Los tanteos en un ámbito tan desnudo serán frecuentemente tanteos ciegos. Pero los tanteos que se adentran más allá de toda cualificación y objetivación, están llenos de promesas porque en ellos la búsqueda misma es ya el descubrimiento.

El tanteo sincero en pos de la fuente desnuda es ya el descubrimiento, aunque oscuro, de la fuente desnuda.

Para indagar en ese vacío de formas en el interior de uno mismo, que es la sensación de existir, hay que dejar atrás las palabras. Cuando las palabras quedan atrás sólo resta la visión directa, sin intermediación ninguna, dentro de uno mismo.

Te bastará con saber lo que no eres, porque lo que eres, esa Fuente desnuda que trasciende todas las formas y todas las palabras, no puede ser descrita más que como la negación de todo.

Todo lo que puedes decir es: “no soy esto, no soy aquello”. No soy nada imaginable, nada concreto.

La sensación pura de ser está aquí, en el mundo, pero es la puerta que lleva más allá del mundo, más allá de todo lo que supone y construye la relación necesitada de sujeto y objeto. Es como la luna que se refleja en el pequeño recipiente de las aguas de mi espíritu, pero que lleva a la luna que brilla allá en lo alto de los cielos.

La imagen quiere sugerir que la Fuente oscura del ser, que es mí ser, trasciende la relación yo-mundo, pero no significa que esa Fuente, que es la sensación pura de ser, esté fuera del mundo.

Permanece más allá de todo pensamiento, en el silencio de la conciencia de ser.

La conciencia de ser no es ninguna dirección para el espíritu, porque al no tener forma es la negación de toda dirección. Ahí está la dificultad del intento.

Tampoco apunta hacia un progreso, porque eso a lo que se llega, siempre ha estado ahí, en uno mismo, como la Fuente misma de la realidad de uno mismo.

Pon toda tu atención en el “yo soy”, sin pelearte con tus pensamientos, tus sentimientos, tus recuerdos, tus proyectos. Nada permanecerá si no le prestas atención; es el apego emocional el que mantiene vivos y vibrantes a todos esos procesos de la mente.

Para ir más allá de las construcciones que promueve la mente movida por la necesidad, el camino es la paz y el silencio.

La indagación es como un camino. Ese camino exige momentos de razonamiento, pero desde el silencio y para abocar en el silencio, porque la paz y el silencio son la vía.

Todos los procesos de la mente que hay que silenciar los originan y los modelan los deseos y los temores que constituyen el núcleo de la persona. Por tanto, no son tanto los procesos de la mente los que hay que combatir, ni los deseos y temores que acompañan a esos procesos, sino la persona, el paquete nuclear de deseos y temores que la constituyen. ¿Cómo combatir a la persona? Conociéndola. Conocerla será descubrir su falsedad, y descubrir su falsedad será apagarla y extinguir su poder.

Quien conoce los deseos y temores que forman el núcleo de la persona, conoce la raíz de la lectura y valoración que hace de la realidad; conoce al constructor de sus acotaciones y objetivaciones. Quien conoce al constructor de los objetos de deseo y de los objetos de temor, apaga su poder de atracción y los vacía de su supuesta realidad.

Observa distante lo que llega a la mente y llévalo a su fuente, al sentimiento de existir.

No eres nada de lo que pueda ser designado. Por tanto, todo lo que puedas decir en palabras tiene que ser sobrepasado. Tienes que abandonar la tendencia a definirte en palabras. Todas las definiciones no se pueden referir más que al cuerpo y a lo que tiene forma.

Apégate a la sensación de existir, con exclusión de toda otra cosa.

A la concentración le seguirá el silencio y una luz nueva que es un nuevo conocimiento, un conocimiento de nada que puedas definir o de lo que puedas hablar.

El camino que hay que recorrer ha de arrancar desde el aquí y el ahora, desde la situación en que estás, no hay otra posibilidad. Sólo hay que introducir un nuevo factor: la posición de puro testigo, la de aquel que mira el fluir de los acontecimientos sin tomar parte en ellos.

Estás inmerso en el río de tus pensamientos y sentimientos, por eso eres consciente de tu pensar, tu sentir y tu actuar, pero no lo eres de tu ser. La condición de testigo te permitirá ser consciente de tu ser, aquí mismo y ahora mismo.

Todo lo que conoces es de segunda mano porque tiene que pasar por la objetivación y la representación; sólo la experiencia de la sensación de ser, el “yo soy” no es de segunda mano, porque no precisa ni de la objetivación ni de la representación.

Nada puede ofrecer la seguridad inmediata que ofrece la sensación de ser.

Permanece en la seguridad inmediata del “yo soy” y rechaza todo lo que está mediado por la objetivación y la representación.

Lo que me llega desde las delimitaciones y los filtros de la representación, no proporciona una certeza indudable. Sólo lo que me llega desnudo y vacío de filtros comporta certeza indudable.

Todo lo que está mediado por la objetivación y la representación no puede ofrecer una certeza segura sin sombra de duda, porque siempre cabe preguntarse si la representación de lo

real es correcta o no lo es, si la representación se corresponde con una realidad de hecho o sólo representa lo que no existe.

Lo que representa a la realidad, no es la realidad misma. La certeza que proporciona es la propia de la representación. Sólo la realidad misma, sin la mediación de la representación, proporciona una certeza inmediata e indudable.

Mantén el foco de tu conciencia sobre la única pista sólida: la certeza de ser. La certeza de ser, el sentimiento de existir es el único conocimiento al que podemos tener acceso inmediata y directamente sin objetivación ni representación alguna. Permanece en esa certeza de ser, examínala, sumérgete en ella hasta que lo que parece ser desaparezca como la espuma de las olas del mar en la playa, hasta que lo que es se muestre en su realidad inmediata.

Todo lo que puedes decir es “soy”, el resto es representación.

Vivir en un mundo de representaciones es para nosotros un hábito, porque ahí se desarrolla nuestra vida cotidiana, y una necesidad porque sin las objetivaciones y las representaciones no podríamos sobrevivir en el medio. Ese hábito y esa necesidad nos inducen a que tomemos las representaciones por realidades.

Hay que quebrar ese hábito exclusivo de pensar, de sentir y de ver y silenciar la necesidad de objetivar. Hay que hacer pie sólidamente en la sensación de existir, hasta discernir con toda claridad el ser de la representación.

La sensación de existir aparece en este mundo - el de las relaciones del viviente en su medio - pero no es del mundo. Ningún razonamiento ni esfuerzo imaginativo de representación puede quebrantar ni apresar su firmeza y su sutilidad.

Mientras estés absorto en el mundo, estás imposibilitado para conocer la certeza de la sensación de existir, que es conocerse a sí mismo. Para conseguirlo, hay que volverse hacia el interior apartándose del mundo, pero sin dejar de vivir en el mundo.

Diversidad y coincidencia de métodos

Lo que se busca, el fin del camino espiritual, es la realización del Absoluto. Para conseguirlo hay que eliminar al ego, permaneciendo en un agudo estado de atención y alerta, sea por el medio que sea; hay que hacer desaparecer el sentido de individualidad en el más completo estado de lucidez mental y sensitiva.

Para trabajar en esta dirección hay que acabar con la indolencia. Utiliza toda la energía posible para abrirte a la claridad, a la lucidez.

No aplaces las cosas para más tarde.

No tengas miedo, no te resistas a perder tu sentido de identidad. No te asustes al enfrentarte al conocimiento del vacío de tu propia naturaleza. Ten confianza y deja que tu naturaleza propia modele tu vida; inténtalo seriamente.

Lo que importa es la radicalidad, la dedicación completa. Para despertar a lo Supremo no valen las medias tintas, hay que ser extremista.

Los medios importan menos que la aplicación. Lo que cuenta es el fervor, no las condiciones previas a la realización. Las virtudes vienen con la realización, no antes.

Haz lo que hay que hacer. Apóyate en la claridad de tu pensamiento y en la integridad de tus actos.

Pero cuando actúes, recuerda que la realización ya está cumplida; que no es ningún lugar exterior al que llegar, ni es nada nuevo que adquirir.

No hay nada que conseguir en el futuro, concéntrate, pues, en el ahora, en la vida tal como se presenta.

Para la realización, que es un despertar, todos los métodos son ineptos. No hay ningún sistema, ningún modo de actuación que conduzca, con relación de causa a efecto, a ese fin.

Con todo, el trabajo, que es siempre un intento, tiene que ser intenso y tiene que apoyarse en el desapego y en el esfuerzo para conseguir el hábito de concentración e introspección.

La constancia en el examen de la naturaleza efímera y perecedera de todos los fenómenos, conduce al desapego.

La práctica continuada de la meditación y la concentración genera el hábito.

Cada método o procedimiento de trabajo de las grandes tradiciones ofrece algo valioso que ayuda y complementa a los otros métodos.

Cada persona tiene su forma de trabajar preferida, que si se practica con asiduidad y con sinceridad, conduce al conocimiento de sí mismo.

Saltar de unos procedimientos a otros puede convertirse en un medio de resistirse a morir a la propia individualidad; puede ser una forma de evitar verse forzado a tener que abandonar la ilusión de ser algo, alguien.

Los maestros afirman que para encontrar agua no es necesario cavar muchos pequeños pozos; basta con profundizar en uno solo de ellos hasta encontrar agua.

Los diversos métodos de trabajo - la indagación, la devoción, la concentración, la acción desinteresada - están implicados unos en otros.

Una primera pareja de procedimientos son la indagación interior y la meditación.

La indagación pretende comprender qué es lo mental y cuál es su fuente.

La meditación fija la atención sobre un objeto, con exclusión de todos los demás.

La búsqueda del Ser-Conciencia se llama *vichâra*, la meditación sobre formas u objetos se llama *dhyâna*.

Uno y otro procedimiento conducen al silenciamiento de los procesos de la mente.

Sin embargo, la meditación y la indagación difieren:

La meditación supone el mantenimiento del ego. La meditación supone el ego y el objeto sobre el que se medita, aunque al final elimine la dualidad del que medita y aquello meditado. Se dice, por ello, que es una vía indirecta.

En la indagación, por el contrario, se busca la fuente del ego; cuando se encuentra, el ego desaparece y lo que queda es el Ser-Conciencia. Por ello se le llama el método directo.

La meditación opera con imágenes mentales, la indagación pretende trascenderlas.

La meditación es objetiva, la indagación es subjetiva.

La meditación exige un objeto sobre el que meditar; en la indagación se parte del sujeto, no del objeto.

La meditación, al apoyarse sobre formas, es más fácil y, por ello mismo, más agradable. Pero su práctica asidua conduce a la indagación porque lleva a discernir lo real de lo irreal.

La indagación conduce directamente a la realización porque suprime los obstáculos que incitan a creer que se es alguien o que el Ser-Conciencia todavía no está realizado. Pero para llevarla a término se requiere la capacidad de concentración y de meditación.

La otra gran pareja de procedimientos es la indagación (*vichâra*) y la devoción (*bhakti*).

La devoción es la sumisión y la entrega completa, pero no logra su plenitud más que gracias al conocimiento. Y ese conocimiento, de una forma u otra, es el resultado de una indagación.

Todas las vías, y la devoción más que otras, conducen a la indagación de sí mismo, al conocimiento.

Por otra parte, la indagación es una entrega completa, una devoción incondicional a la tarea. En ella, el conocimiento se convierte en amor y donación total de sí.

La indagación llevada a término con toda la mente y con todo el corazón, no es otra cosa que la devoción suprema.

Así la indagación y la devoción se implican una a la otra, una conduce a la otra. El Ser-Conciencia de la indagación es el Dios de

los *bhaktas* (devotos), y el Dios de los devotos es el Ser-Conciencia de la indagación.

La indagación interior lleva a la pérdida del ego. Buscando la verdadera identidad se destruye al ego, porque no aparece como una entidad; el ego desaparece con la investigación para dejar paso a que la Realidad resplandezca por sí misma. Ese es el método directo, porque en él, lo primero que desaparece es el ego.

Eso no ocurre ni en la meditación, ni en la devoción, ni en la acción desinteresada.

En la indagación, el problema final, la desaparición del ego y del sentimiento de individualidad, se plantea desde el principio. Y no se requiere, para ello, del complemento de ningún otro procedimiento.

La ambigüedad del procedimiento reside en sugerir que se busca la realidad, mientras que nosotros mismos somos esa realidad buscada. Podemos pensar que algo nos oculta la realidad, y que hay que destruir ese algo para encontrarla. Eso sería un error.

No hay ningún velo que oculte nada. ¿Qué puede recubrir al Único? Lo que es, está patente y manifiesto. Por consiguiente, no hay nada que destruir ni nada que descubrir, porque nada oculta ni cubre nada.

En el trabajo emprendido ha de llegar el día en el que se comprenda la vanidad de todos los esfuerzos empleados para encontrar lo que nunca se perdió. Y ese día es mejor que sea hoy mismo.

Lo mental no es más que un paquete de pensamientos y sentimientos. Unos y otros tienen sus raíces en el yo. Para quien se enrola en la indagación de ese yo, el yo huirá delante de él hasta desaparecer en su Fuente.

El yo desaparece como supuesta entidad, y con él desaparece la mente; pero tanto el yo como la mente perduran no como entidades sino como meras funciones al servicio de la supervivencia.

La verdadera identidad de mi naturaleza no se muestra, porque el yo se exhibe continuamente ante mi conciencia, ocultándola. La niebla de los pensamientos y los sentimientos que despliega continuamente el yo, bloquea el verdadero conocimiento.

Indagando la fuente de ese continuo discurso, que es el yo, e indagando de dónde proviene ese yo, se le ve desaparecer. Entonces se llega a conocer que no somos otra cosa que el Ser-Conciencia, el Absoluto.

El yo es la fuente inmediata de los pensamientos y sentimientos, deseos y temores. En él se apoya el mundo en el que el yo vive con sus riesgos y sufrimientos. Si desaparece el yo, gracias a la indagación o cualquier otro método, todo el universo que existe en función suya, desaparece con él. Pero eso no ocurre hasta que la Fuente del yo sea descubierta.

Concéntrate en la indagación del yo y de su Fuente. No precisas de otra tarea.

Ese mismo resultado puede conseguirse con cualquier otro método.

Si se trabaja en la indagación, la manera de llevarla a cabo supone normalmente tres pasos:

Primero: escuchar la enseñanza de la verdad. En contadas ocasiones basta con escucharla para que se produzca inmediatamente la realización. Habitualmente el discípulo experimenta el sentimiento de incapacidad frente a la verdad escuchada, incluso después de oírla muchas veces. Lo que impide la comprensión completa son los obstáculos, las falsas identificaciones, las dudas.

Segundo: el discípulo tiene que disipar todas las dudas mediante la continua reflexión de lo escuchado hasta que consiga desterrar toda incertidumbre y toda falsa identificación.

Tercero: para apartar los obstáculos -las falsas identificaciones- y conducir la comprensión hasta la intuición directa de la verdad, se requerirá la capacidad de concentración completa para llevar a cabo la indagación.

Atención a la atención

La atención significa interés y el interés es amor.

Para advertir, descubrir, indagar, crear y actuar con eficacia, se precisa poner en ello el corazón y la mente; eso es la atención.

Presta toda la atención a ti mismo, porque eres el centro de tu universo, tú eres el creador de tu mundo. Si no conoces su centro, no conocerás tu universo, si no conoces al creador no conocerás tu mundo.

Mientras estés absorto en el mundo, que es tu mundo, tu atención está en la periferia de tu construcción. Así será imposible conocerte y conocer tu mundo; conocer el constructor y conocer la construcción.

Aparta tu atención del mundo, que es un derivado de ti mismo, y vuélvete hacia ti.

Obsérvate en tu vida cotidiana con un interés vigilante; pero hazlo con la intención de comprender, no de juzgar. Si te juzgas, obstaculizarás tu comprensión.

Estate contigo mismo, obsérvate en entera aceptación de lo que pueda emerger, porque la aceptación animará al fondo y a los recodos de ti mismo a salir a la superficie y presentarse abiertamente. Si esos fondos salen a la superficie, los conoces, y si los conoces liberarás muchas energías cautivas.

Una atención alerta es la madre de la comprensión. Comprendiendo tu mente y sus creaciones te verás libre de lo que la mente da por real y así suprimirás los obstáculos a la libertad.

Observa tu mente diligentemente porque de ella surgen los errores y las sumisiones. Esa es la llave de la liberación.

Vigila a tu yo en sus actividades y en sus reposos, en sus entradas y en sus salidas, en sus deseos y en sus temores, en lo que quiere y en cómo lo obtiene, en lo que detesta y cómo lo evita.

Sólo la comprensión te salvará de la calamidad de sentirte una existencia separada. Si no te salvas de ese sentimiento, serás como un punto insignificante desprovisto de sentido, en medio de la inmensidad.

Examina con diligencia todo lo que entra en el campo de tu atención. Así el campo se ampliará y la investigación se profundizará; el campo llegará a ser ilimitado y la investigación honda y espontánea.

Observa con asiduidad tu vida, continuamente cambiante. Sondea hasta la raíz las motivaciones de tus actos y saldrás pronto del círculo en el que estás encerrado.

Considérate como si estuvieras en un escenario, representando un papel. Pregúntate entonces quién eras antes de comenzar la representación y quién serás cuando termine. Lo que eras antes de que la pieza comenzara es lo que serás cuando haya terminado.

La observación atenta transforma al observador y a lo observado.

La estrechez de nuestro mental, su incapacidad para lo sutil y la tendencia a dejarse seducir por lo grosero e inmediato, es lo que impide la comprensión de nuestra naturaleza verdadera.

Lo que tiene que ver directamente con nuestros dos instintos centrales, la supervivencia y el sexo, polariza toda nuestra atención. Lo que se aleja de esos puntos de atracción, nos resulta sutil, casi sin entidad.

Pero lo que tiene que ver con nuestros instintos centrales reafirma el sentimiento de ser una existencia separada. Sólo lo sutil nos puede alejar de ese sentimiento y abrirnos las puertas a la comprensión.

Tu fondo, el Ser-Conciencia, no tiene necesidad de ser pacificado porque sólo lo mental está agitado.

Empieza por ser un centro de observación, de indagación deliberada. Si lo logras serás también un centro de amor activo. ¿Por qué? Porque la observación supone interés y el interés es amor.

La atención que comienza como un grano pequeño, se convertirá en un árbol poderoso. Crecerá sin esfuerzo.

Mira lo que llega a tu mente; hazlo con aplicación. Si observas las idas y venidas de tu mente, los pensamientos y sentimientos se pararán y descubrirás la paz del espíritu, tu naturaleza verdadera.

Mira tus pensamientos y sentimientos como lo haces con el tráfico de la calle. Las gentes y los vehículos van y vienen y tú lo adviertes, pero sin reaccionar a su trajín.

Deja fluir los pensamientos mientras los observas. La simple observación los ralentizará hasta que se paren por completo.

Observar, simplemente observar, es una actitud de desapego. Sólo el apego mueve la rueda de la mente; sin apego, el fluir de pensamientos y sentimientos se detiene.

Quien permanezca pacientemente frente a esas aguas en calma, verá su fondo.

La observación silenciosa es la base de todos los métodos de trabajo espiritual.

No polemices con la corriente de pensamientos. No los combatas, déjalos existir, sean los que sean. Tu interés es su flujo sanguíneo. Combatirlos, les da vida. Míralos, pero de forma que no les prestes interés.

No es preciso que las aguas estén completamente calmas; basta con que no prestes interés a sus movimientos. Que esos pensamientos y sentimientos no te fijen y obsesionen. El desinterés por ellos te liberará.

El desapego es la clave. El desapego es el desinterés. No hay nada de lo que apartarse, si no es del apego. Si quieres que el apego no te afecte, renuncia a adquirir y al hábito de actuar para adquirir.

Deja ir y venir a los deseos y los miedos. Si les dejas transitar sin centrarte en ellos ni apegarte a ellos, adelgazarán y se volverán tan tenues que verás a través de ellos.

Tu vida es como un río que lleva al mar. Las aguas de ese río se mueven entre los deseos y los temores, entre los goces y los sufrimientos, hasta que se remansan en la muerte.

Eso no es un problema para el camino interior; el problema surge cuando uno rechaza el fluir en esas aguas mezcladas de dicha y de dolor y pretende salirse a una de sus orillas.

Hay que fluir con las aguas porque fluir con las aguas es aceptación y la aceptación es desapego.

Hay que dejar llegar lo que viene y dejar marchar lo que se va, observado su llegar y su alejarse, sin deseos y sin miedos. Esa actitud, sin deseos y sin miedos, sin recuerdos y sin proyectos, es la llave de la sabiduría.

Mantente firme en el ahora, porque no hay otro lugar donde ir. El pasado ya no está y el futuro todavía no ha llegado. El pasado y el futuro son sólo representaciones, únicamente el presente es presencia.

El apego amarra al pasado porque amarra al propio existir y a la propia historia; desde esa servidumbre se construye el futuro. Ningún recuerdo pervivirá si, por el desapego, no le prestas interés.

Observa el presente, con una actitud indiferente al sufrimiento o al placer, sin pedir nada ni rechazar nada.

Sólo observar, para así saber y sentir lo que es verdaderamente. Quien sólo observa, no se implica. Quien no se implica no altera ni deforma lo que observa.

Vuelve luego tu atención no a lo que viene y se va, tampoco a tus deseos y temores, ni a tus recuerdos y proyectos, sino únicamente a la presencia de tu existir.

La presencia a tu existir te descubrirá la vacuidad de la naturaleza de tu mente.

Permanece tranquilo en una actitud profundamente indagadora.

Examina sin apegos lo que aparece en la superficie de la mente. Deja atrás lo conocido y acoge lo que, hasta ese momento, era desconocido.

Cuando sea conocido, déjalo atrás, y así sucesivamente hasta que tu conocimiento se apoye únicamente en el ser.

Entonces el conocimiento será un no-conocimiento porque el ser y el conocer serán uno y porque el que conoce y lo conocido serán uno.

Guarda estos pensamientos en tu interior como en un puchero, hasta que se cuezan. Tendrás que removerlos en tu interior hasta que se termine su tiempo de cocción.

Para poder estar atento desde el silencio, tendrás que abandonar toda conceptualización, acotación, objetivación.

Los conceptos, las acotaciones y las objetivaciones son deformaciones de la realidad, porque son conformaciones de lo real a la medida de la necesidad.

Comprende que tu vida cotidiana se mueve en un mundo de representaciones, que son el mundo de las construcciones de un viviente necesitado.

Tú eres la causa de tu mundo. Tu mundo es, porque tú eres.

Estudia este asunto hasta que su verdad aplaste con su certeza al mundo de tus construcciones y a su constructor.

La meditación es un ejercicio de la atención.

En la meditación se considera la enseñanza recibida de los Maestros, desde todos sus aspectos hasta que nace la comprensión, la lucidez, la confianza y la acción. Cuando hablo de acción me estoy refiriendo no tanto a la acción social o con relación al prójimo, sino principalmente con relación al camino interior. En ese terreno la convicción y la acción son inseparables.

Si la acción no sigue a la comprensión, no te acuses de débil o de inconsecuente; analiza tu comprensión y tu certeza, verás como les falta la hondura y la claridad necesarias.

La unión de comprensión y actuación no puede ser el logro de la fuerza de voluntad. La plena coherencia interior entre comprensión y actuación no es fruto del esfuerzo.

¿De qué sirve la coherencia entre formulaciones de conocimientos y acciones si no le acompaña la claridad de la comprensión y el asentimiento emocional?

La voluntad y el esfuerzo no pueden suplir a la lucidez y al acuerdo emocional.

Para llegar al conocimiento se requiere la paz mental.

La paz mental es la ausencia de las perturbaciones provocadas por las corrientes de pensamientos y sentimientos.

Ya hemos dicho que cuando la corriente de los pensamientos y sentimientos se serena, éstos se pacifican, se vuelven traslúcidos y permiten ver la realidad a su través.

La meditación sobre una sola realidad, conduce al apaciguamiento de la turba de los pensamientos.

Cuando te concentras y pones toda tu atención sobre un solo punto, todo tipo de pensamientos y sentimientos intenta invadir la mente y ahogar la idea sobre la que te has concentrado. Sólo el esfuerzo de la práctica regular termina por ganar la batalla.

La meditación exige una actitud enérgica que polarice toda nuestra atención y todo nuestro interés.

No se puede conseguir con un interés parcial y poco esforzado. La meditación debe ser intensa, ardua si es preciso.

La meditación es control de la mente para silenciar la actividad mental.

Manteniendo la mente fija sobre un objeto o un concepto, se la vacía del tropel de pensamientos y sentimientos, deseos y temores, recuerdos y proyectos.

La concentración sobre un objeto, silencia la mente y conduce a su Fuente. La práctica habitual convierte el silencio en algo natural.

El silencio es más elocuente que la palabra porque conduce al conocimiento de lo que está más allá de las palabras.

La meditación regular introduce en el silencio, y al hacerlo, aleja de la monotonía de la rutina diaria y lleva a comprender que no somos lo que creemos que somos.

La meditación es una tentativa deliberada de sutilizar la capacidad de nuestro conocer y sentir. Conduce al foco de nuestra atención, paso a paso, a planos más sutiles de la realidad, sin permitirle perder pie en los planos inferiores.

La progresiva sutilización de nuestras facultades nos adentra por los caminos del ser, hasta conducirnos al “no ser”, el ámbito que está más allá de toda dualidad de sujeto y objeto.

El ser de nuestra condición de vivientes egocentrados, se disuelve en el “no ser”, que es el vacío de todas nuestras construcciones y proyecciones.

La meditación es un estado de atención alerta que conduce al conocimiento directo de lo que es.

En ese conocimiento no se requiere ninguna prueba porque cada entidad es una prueba. Cada realidad tiene el sabor de lo que es, como cada gota del océano tiene el sabor del océano. Cuando lo hayas verificado, encontrarás su gusto por todas partes. Cuando lo conozcas, ya no lo perderás jamás.

La liberación es el descubrimiento de la presencia inmediata de lo que es

- desde el desapego,
- desde el silenciamiento del deseo y del miedo,
- desde la ausencia de todo egocentrismo y de toda búsqueda de sí,
- desde el silencio de la memoria y de la esperanza.

Cumple con tu trabajo y permanece en calma y en ti mismo.

Pero para realizar lo que eres, no cuentes con tu trabajo; entrega tu trabajo al bien de otros, porque si lo empleas para ti, no te servirá. Será para ti un obstáculo.

Toda tu esperanza está en el silenciamiento de tu mente y en la quietud de tu corazón.

Toda tu tarea es rechazar todos los pensamientos que muevan las aguas de tu mente.

Vigila tus pensamientos y obsérvalos.

Observándolos vendrá a ti el desapego.

Cuando llegue el desapego, lo reconocerás por la calma de tu espíritu.

Cuando estudies un problema, por ejemplo, el problema de la vida y de la muerte, hazte plenamente consciente de él, obsérvalo desde todas sus caras y estudia cómo afecta a tu vida. Luego déjalo en paz. No puedes hacer más. Quédate tranquilo.

Es como cuando el médico te pone una inyección y te dice: “Ahora quédese tranquilo”. No hay nada más que hacer.

Cuenta Nisargadatta que cuando su maestro le enseñaba alguna cosa, a continuación le decía: “Ahora quédate tranquilo. No vayas a estar rumiando todo el tiempo. Para. Estate en silencio”.

Estate en calma y vendrá a ti la comprensión y el poder para actuar.

Quédate tranquilo y todo se pondrá en su sitio.

Lo que llegue será inesperado, mientras que lo esperado puede que no llegue jamás.

Estate abierto y tranquilo. Lo que has de encontrar está tan cerca, que no deja espacio para un camino.

El ego y la egocentración

La falsa idea y el falso sentimiento de “ego”, pensado y vivido como entidad separada y diferente de las demás realidades y diferente de “lo que es”, crea el desorden e incluso el caos en lo que nos rodea.

El desorden y el caos no están en el mundo, los creamos nosotros con nuestra ignorancia y egocentración. Nuestra ignorancia y nuestro egoísmo individual y colectivo alteran, en nuestro provecho, el frágil orden y equilibrio de los seres y crean el desorden, el caos a nuestro alrededor. Nunca ha sido esto más evidente que en nuestra época, a causa de nuestra necesidad y del poder de nuestras ciencias y tecnologías.

El egoísmo se enraíza en una falsa idea: soy una entidad venida a este mundo, por tanto, distinta y separada de él. De esa falsa idea nace un falso sentimiento de individualidad diferenciada.

En realidad, ni soy una cosa, algo ahí acotado y objetivo, ni algo separado. En cuanto no separado, soy la inagotable posibilidad de todo.

No soy “otro” del poder que se manifiesta en el despliegue del universo.

Esa pseudo entidad separada, el ego, se exhibe delante de la conciencia y ocupa todo el campo de la atención, porque exige de toda la atención para poder sobrevivir como tal entidad.

El mundo entero no existe más que en función de ese pensamiento: yo.

Así, la verdadera realidad de lo que soy queda encubierta, sin poderse manifestar. El falso “yo” bloquea lo que sería el verdadero conocimiento de mí mismo. Con su egocentración bloquea el conocimiento de “lo que es”.

La tarea es indagar, primero, ese falso yo para comprender su naturaleza, para averiguar, después, de dónde proviene, cuál es su Fuente. Cuando se le investiga, desaparece en su Fuente.

Busca la Fuente de ese “yo”, porque ese falso sentimiento de individualidad separada no cesará hasta que esta Fuente no sea descubierta.

Si encuentras la Fuente, comprenderás que no eres otra cosa que el “no-dos”, el Absoluto. Ese conocimiento es el único que hace desaparecer al ego; y con él desaparece todo el sufrimiento que la idea llevaba consigo.

Cuando el pensamiento “yo” aparece, se produce su identificación con el cuerpo, los sentidos, la mente. Esa identificación sustenta la idea de individualidad separada. El método para eliminar esa falsa identificación con el cuerpo, soporte de la falsa idea de ego, es transformar la identidad. ¿Cómo? No tanto por el intento de aniquilación del ego sino por el conocimiento del “Ser-Conciencia”, falta de la condición de individuo. Sólo el conocimiento del “Ser-Conciencia” es capaz de disolver el ego como entidad, aunque el ego como función continúe hasta la muerte del cuerpo.

La idea de un ego separado, identificado con el cuerpo, es una representación.

Para reconocer la pura condición de oro, hay que fundir la joya. A la muerte de mi condición individual le puede acompañar el reconocimiento de la naturaleza que trasciende el individuo.

El ego es una objetivación, una representación, una acotación, una individuación. Todo eso son construcciones de la necesidad. Para conocer su verdadera naturaleza hay que disolver todas esas construcciones. Eso es lo que hace la muerte. No estoy hablando de la muerte física, sino de la muerte iniciática.

Para el conocimiento, la muerte es esencial. La muerte es renunciar a la identidad separada, es soltar presa, es hundirse en la inmensidad de lo que es el Ser, que es mi ser, más allá de mi ego y de mi individualidad. Esa es la muerte antes de morir, la muerte a sí mismo.

Para morir a sí mismo como entidad separada hay que pasar por el no-deseo, porque el ego es una estructura de deseos. Para pasar por el no-deseo no es preciso matar al deseo, basta con apartar la atención mental del deseo. El deseo es la fijación de la mente y el sentir sobre un objeto, una representación. Basta con negarle la atención.

Cada vez que se presente a la mente un pensamiento o un sentir provocado por el deseo o su pareja el miedo, aparta la atención de él. No te empeñes en suprimir o reprimir el deseo o el miedo, sólo rehúsales la atención.

Si luchas contra el deseo o el miedo, los fortaleces. Si los resistes, resistirán. Cuanto más los combatas, más poderosos enemigos serán. Escapar de la tiranía del deseo y del miedo no es cosa de esfuerzo. Sólo desvía tu atención de ellos. Adviértelos sin mirarlos directamente. Pasa entre ellos como quien camina entre desconocidos, sin parar tu mente y tu corazón en ellos.

El silencio se presenta cuando el ego ha muerto; y el ego muere cuando no es alimentado por los deseos y los miedos.

El silencio, que es el estado de la conciencia sin deseos ni miedos y, por ello, sin ego, conduce al conocimiento: a un conocimiento sin la dualidad sujeto / objeto.

El conocimiento que se consigue desde el silencio completo, destruye la ignorancia, porque revela la falsa realidad del ego y su mundo.

El conocimiento silencioso, que es conocimiento aunque no sea el conocimiento de ningún sujeto ni sobre ningún objeto, es el conocimiento del Ser-Conciencia; ese conocimiento lo impregna todo y lo unifica todo.

Desembarázate del ego, como del deseo, sin luchar contra él, apartando únicamente tu atención y tu corazón de él. Si lo logras, conseguirás el desapego del sueño profundo, pero en estado de vela.

La tarea es conseguir vivir la vida completamente vacía de egoísmo.

Mientras dure la dualidad que genera la necesidad y el deseo, se precisan métodos de trabajo que den apoyo al intento de salir de esa dualidad.

Mientras dure el sentimiento de ego y la dualidad, tendrán sentido las plegarias, las meditaciones, la entrega, la práctica de los yogas.

Mientras dure la dualidad, el Absoluto se experimentará como fuera del ego, por tanto, como Dios.

Mientras dure la indagación, habrá todavía dualidad. Sólo cuando la indagación se funda en la unidad, se terminará el sentimiento de separación, se terminará la idea de mundo y de Dios.

Mientras haya pensamiento, quedará dualidad. Cuando se llega a la unidad, no sobrevivirá el pensamiento.

Mientras haya sentimiento de ego, se precisarán procedimientos y métodos, aunque sean, en el fondo, inútiles; aunque en ellos, lo único que cuente sea el intento.

Los medios y procedimientos son imprescindibles, pero sirven de poco. Lo que importa es la entrega del corazón y de la mente; la intensidad y dedicación a la tarea; la fuerza del interés y del amor; el intento confiado y perseverante.

El desapego y la renuncia

El desapego es uno de los puntos centrales del camino espiritual.

Todo apego es dependencia y la dependencia implica el deseo.

Como que toda cosa es transitoria, el apego es inseparable del temor. Así el deseo y el temor son inseparables del apego.

Además el deseo, el temor y el miedo comportan sumisión, sometimiento, esclavitud a aquello que se desea, se teme perder o se tiene miedo de perder o de no conseguir.

Otra grave consecuencia del apego: bloquea el amor.

El amor que va unido al apego, no es amor.

El apego es dependencia y quien depende, en su sentir y en su vida, de lo amado, se ama a sí mismo primero.

El amor verdadero y el apego no van jamás juntos.

El eje del apego es el ego; el eje del amor es el otro, lo otro.

Para liberarse del apego, hay que liberarse primero de sí mismo.

Liberarse de sí mismo es liberarse del sentimiento de ego.

Pero no hay libertad del sentimiento de ego si no se da el conocimiento del propio ser real que ya no es un ego.

Sólo el conocimiento tiene poder para disolver la cola del apego.

Sin coraje y sin valor es imposible andar por la Vía.

El apego destruye el coraje porque quien tiene apego teme por sí mismo.

El apego es siempre timorato.

Para liberarse del apego y poder tener coraje hay que soltar presa; hay que dejar ir las cosas, especialmente aquellas a las que se está apegado.

La liberación supone soltarlo todo.

Pero soltarlo todo, para un sujeto de necesidad y, por tanto, de dependencia y apego, es morir.

Por tanto, sólo quien asume la muerte tiene coraje y es valeroso.

El precio del Absoluto es todo.

El precio de la infinitud es la totalidad de lo finito.

El precio del conocimiento y de la vida, es la renuncia y la muerte.

La madurez espiritual supone la facilidad para desprenderse.

Pero la renuncia no es cosa de esfuerzo y voluntarismo.

La verdadera renuncia y el verdadero desapego es comprender que no hay nada a lo que renunciar, porque se ha verificado que nada es nuestro y nada cumple lo que parece prometer, porque nada es.

Esa es la madurez del espíritu. Lo que parecen ser sujetos y objetos, son perecederos, no son nuestros, ni pueden cumplir lo que prometen porque, en realidad, no son.

Todo es perecedero y nada vale verdaderamente, porque sólo Él es, lo demás sólo parece ser.

Quien pretenda conseguir el desapego y la renuncia con el esfuerzo de la voluntad, sólo se endurece y pierde el tiempo.

Lo que sustenta el desapego y la renuncia es el discernimiento entre lo que es y lo que no es.

Cuando se es capaz de discernir, la renuncia no es renuncia sino sólo olvido y el apego no encuentra a qué apegarse.

La ambición siempre es hija del apego.

Ninguna ambición es compatible con el camino interior.

Quien quiera recorrer la Vía, tiene que renunciar a toda idea de éxito personal.

No hay ambiciones que sean espirituales, porque todas las ambiciones son del ego.

Dicen los maestros que la mente es tramposa porque es capaz de colar los intereses del yo hasta en los ámbitos de lo espiritual.

Y dicen que el deseo del hombre por la mujer es la inocencia misma, comparada con la ambición de una beatitud personal y eterna.

La ambición religiosa, que es la más sutil de las ambiciones, es una ambición en la que también el yo se crece. Esa ambición es un grave obstáculo para el camino, porque olvida la radicalidad brutal de la muerte que se exige para recorrer el camino.

Nada puede hacer dichoso al ser humano; paradójicamente, lo único que le puede proporcionar la dicha completa es escapar de la persecución de la dicha.

Sólo quien se libra del sentimiento de ego, de sus búsquedas y apegos, puede acceder al conocimiento que brota en el silencio completo de sí mismo.

Esta es la única felicidad que excluye el miedo: la que da la conciencia del abismo del propio ser.

La beatitud es Ser-Consciente. La felicidad no está en el sujeto que llega a poseer lo que desea, sino en la luz de la pura conciencia de ser.

Con desapego consideras las cosas como un espectáculo que pasa; sin desapego te adhieres a ellas y te mueves con ellas.

Si te desentiendes de lo irreal, lo real tomará su lugar.

Deja de pensar que existes y que eres un actor y verificarás que eres la fuente de la realidad, el “no-dos”.

Entonces amarás las cosas no por apego, ni porque sean amables, sino que amándolas las harás amables.

No importa si las cosas y las personas son amables o no; ámalas y las harás amables.

Desapego es comprender que no hay nada que ganar, porque nada te falta.

Todo lo que existe eres tú y es tuyo.

La conciencia de existencia separada es el origen del sentimiento de insuficiencia, la causa de todos los deseos y, en consecuencia, del apego.

Ignora la existencia del mundo exterior, porque del mundo exterior proviene el apego; adquiere el hábito de volverte hacia el interior y suprimirás las distracciones que obstaculizan la paz.

Lo mental no conoce el reposo; libéralo de los estímulos incesantes; libera a tu mente de su actividad, dale quietud.

El desapego calla el egoísmo y la egocentración; así permite una auténtica aproximación a las personas y a las cosas.

El desapego crea lucidez y afección, crea buena voluntad sin esperar recompensa, crea constante don de sí, sin esperar nada a cambio.

El apego egocentra, te vuelve interesado, aleja del amor y deforma la comprensión de las cosas, porque altera el entorno en beneficio propio.

Si el egoísmo altera el entorno y crea el caos, el desapego respeta las cosas, las ayuda, las ordena y las hace felices.

El desinterés es práctico y creativo.

Desde más allá de la conciencia separada del ego, se comprende pronto que lo más racional es la renuncia completa; se comprende pronto que en el camino del silencio se progresa abandonando, rechazando.

El desapego y la renuncia libran de cuidados.

La posesión, sea de lo que sea, provoca preocupaciones y temores.

No apropiarse de nada es la libertad y la paz.

Desembarazarse de todo es estar libre de cuidados y es la forma más elevada de la felicidad.

Abandónalo todo, incluidas todas tus calificaciones -soy esto, soy aquello- y vuelve a la desnudez del puro ser, donde “soy” es lo único que queda.

Descarga el fardo de tus identificaciones.

Para conocerte como eres, tienes que renunciar a todas las ideas que tienes sobre ti. Las ideas que tienes sobre lo que tú eres, te bloquean el conocimiento.

Concentra tu mente sobre el puro Ser y pronto la paz, el gozo y el amor a todo, serán tu estado natural.

Cuando te asientes en el Ser, que es lucidez, sólo quedará el silencio insondable.

La luz no se producirá mientras te aferres a lo que te es familiar.

El gusto de tu ser no tiene ningún sabor, ninguna calificación.

Desconfía de las definiciones y descripciones; te desviarán seriamente.

Conténtate con saber “que eres”, aunque no sepas “lo que eres”.

Comprende la necesidad de la completa desnudez.

Si te agarras a la persona que piensas ser, todo estará lleno de personas. Dios será una persona omnipotente y el maestro será una persona, aunque peculiar y poderosa.

Comprende que debes entrar en un conocimiento que es la desnudez completa, el silencio total.

Renuncia a todo y lo ganarás todo.

Desde el completo vacío, la vida se convertirá en una fuente inagotable.

Pero renunciar a una cosa para conseguir otra mejor, no es la verdadera renunciación.

En la renuncia se abandona lo que se conoce sin valor.

Se renuncia a todo porque se sabe que no hay necesidad de nada.

Se comprende que las posesiones no protegen sino que hacen vulnerable.

Se renuncia porque se sabe que no es necesario ni siquiera el propio cuerpo.

La renuncia lleva al conocimiento.

Permaneciendo en la renuncia descubrirás que creces en comprensión, en poder, en amor y en gozo.

No tomes y no tendrás que renunciar. No tomar es más fácil que renunciar.

La renuncia y el desapego deben ser hijos del conocimiento, de lo contrario comportan violencia y pueden inclinar al orgullo espiritual.

La obediencia al maestro es un poderoso disolvente de los deseos y de los apegos. Pero la obediencia libera de la prisión sólo cuando conduce al conocimiento.

La renuncia total es el privilegio exclusivo de los sabios.

El abandono

Retirarse no significa abandonar un modo de vida y un cuadro social para tomar otro.

Tampoco es abandonar la vida cotidiana y común para refugiarse en otra menos cotidiana y menos común.

Retirarse es permanecer en el Ser-Conciencia, es situarse en la no-dualidad. Eso es abandonar al mundo y a sí mismo.

El abandono es la renuncia a la egocentración de la propia vida.

El abandono no es cuestión de palabras, aunque a las palabras le puedan acompañar los sentimientos. Un abandono así es sólo una aspiración y, como toda aspiración, frágil.

El abandono que conduce al conocimiento pasa por el alejamiento de los recuerdos y de las expectativas. Los recuerdos modelan las expectativas desde los éxitos y fracasos, desde los deseos y temores. Las expectativas predeterminan el conocimiento.

Con el abandono de todos los recuerdos y de todas las expectativas, se prepara la mente y el sentir, desde la completa nada y desnudez, para el conocimiento.

Si el abandono es completo, calla toda inquietud que viniendo del pasado, delimita en el presente lo que son las expectativas de futuro; calla toda inquietud por la seguridad física o espiritual, por la posición social, etc.

Sin inquietud, sin expectativas ni temores, sin egocentración, la vida es bella y llena de amor.

Abandonarse es retirarse a la Fuente de la existencia, que no es ningún Dios fuera de mí. La Fuente está en uno mismo; ahí es donde hay que buscarla. Hay que abandonarse a esa Fuente interior.

El error consiste en pensarse y sentirse como existente fuera de esa Fuente y preguntarse después: ¿Dónde está la Fuente de mi ser?

La aceptación

Debes aceptar lo que ha ocurrido y lo que ocurre.

No hay escapatoria; no hay lugar para una esperanza alternativa: lo que es, es.

¿Puedes decir que no ha ocurrido?

No es posible.

Entonces no hay otra salida que aceptar.

Sea el que sea el acontecimiento que se presente, debes acogerlo calmadamente y aceptarlo de buen corazón.

¿Existe otra cosa?

No.

Entonces acepta y reconoce lo que es.

Cuando un acontecimiento ha ocurrido, ningún otro es posible.

Donde hay “es” no puede haber “debería ser”.

Por tanto, di sólo “sí”, ningún “no”.

Sea lo que sea que ocurra: “sí, está bien”.

Ningún rechazo.

Lo que ha ocurrido, ha ocurrido.

Hay que dar un sí al mundo y a la vida,
a sí mismo y a los otros, al gozo y a la desgracia.

Es el único camino.

Aceptación es el único camino y es la base de la Vía.

Aceptación de lo interior y de lo exterior.

La aceptación sin ningún rechazo.

Sin negar, denegar, renegar, rehusar, desaprobar lo que es.

Lo que ha ocurrido, ha ocurrido; lo que ocurre, ocurre.

Sólo queda adoptar la actitud que convenga según la situación en la que te encuentres.

Sólo cabe decir “sí” sin desear otra cosa.

Sólo cabe reconocer lo que ha ocurrido y ocurre.

Si amo el criterio de lo que “debe ser”, ocupo mi amor en lo que no existe.

Debo amar “lo que es” y no mi criterio de lo que debería ser.

Cuando hay aceptación, hay calma y paz, y la atención puede volver a lo que es.

Lo que “debería ser” es sólo una representación en mi mente.

Para acceder “a lo que es”, que es aceptar “al que es”, hay que silenciar todos los “debería ser” y acoger con toda la mente y el corazón lo que de hecho es. Ningún “no”.

Acepta,
y si después de haber aceptado hay alguna cosa a hacer, hazlo lo mejor que puedas, en la medida de tu comprensión y de tus fuerzas; entonces, acepta de nuevo.
Habrás hecho todo lo que se podía hacer.
Ocurre, entonces, lo que tenía que ocurrir.
No hay más posibilidad.

La verdad es lo que es, no lo que desearía que fuera.
Esa verdad no admite un “no”.
Lo que querría que hubiera ocurrido, no existe.
Para conocer tengo que silenciar todas las añoranzas, todas las representaciones mentales, que ocultan lo que verdaderamente existe.

Para conocer algo hay que aceptarlo en su totalidad.

Puede que los primeros pasos de la aceptación no sean agradables,
ya que lo que se ve no es lo que uno quisiera ver.
En esos primeros pasos se necesita coraje.
El mejor aliado de ese coraje inicial es el silencio.

Mira lo que ocurre y mírate a ti mismo, en silencio,
y recuerda que no eres lo que crees ser,
ni lo que ocurre es lo que dices que es.
Ese trabajo por la aceptación es la vía a la liberación.
Lo demás retiene y retrasa.

Tu actitud fundamental debe ser la acogida de lo que ocurre.

Las cosas llegan en función de innumerables causas,
sobre las cuales no tienes ningún poder.

Si no te gusta que las cosas sean así, abandónalas;
desembarázate de ellas.

Si no puedes hacerlo ¿cuál es el remedio?
Tómalas, hazlas tuyas. No hay otra alternativa.
Aplica este procedimiento a todas las situaciones
y tendrás el corazón y la mente en paz.

Todo lo que ha venido o viene a ti,
sea una persona, un incidente o una situación,
ha venido a ti porque ha sido atraída hacia ti.
Tú lo has atraído, consciente o inconscientemente.

Vive la vida como viene, con lucidez y vigilancia,
dejando a las cosas llegar como lleguen,
cumpliendo con las acciones de una manera natural,
sufriendo o regocijándote con lo que la vida te aporte,
como te lo aporte.

Busca lo agradable y apártate de lo desagradable; no hay nada malo en ello.

La vida discurre como un río, entre las orillas del sufrimiento y del placer.

No hay problema a menos que lo mental rechace fluir con la vida o pretenda quedarse anclado en una de las riberas.

Fluir con la vida es la aceptación:
dejar llegar lo que viene y dejar ir lo que se va.
No desees ni tengas miedo,
y observa el presente tal cual es, cuando y como llegue.
Si te mantienes sólo como observador,
comprenderás que no eres ni siquiera el observador.

Eres el Ser-Conciencia
cuya manifestación y cuya expresión es la conciencia todo
abarcante.

No rechaces nada porque juzgues que es extraño.
El sentimiento de que sea extraño o no extraño
viene de tus gustos y de tus disgustos.
Ellos te empujan al “no” y te apartan del “sí”.

Desear que las cosas sean de otra manera es ignorancia.
Lo que es, es. Aquí y ahora, esto y ninguna otra cosa.
Tu espíritu debe permanecer concentrado, sin esperar otra
cosa que lo que es.

Lo que cuenta es como te tomes lo que ocurre, no lo que
querías que ocurriera.

No ver, porque no se acepta “lo que es”, “lo que ocurre” y
querer otra cosa,
es una de las principales fuentes de desgracia
y es capaz, por sí solo, de bloquear el camino.

Cultiva tu capacidad de ver, para ello cultiva el silencio del
pensamiento.

Sólo puedes ver lo que es, ninguna otra cosa puede estar
presente.

Sólo tu pensamiento busca otra cosa y, así, te aleja de “lo
que es” y del ver.

Mira y no pienses, porque el pensamiento desatiende el
presente de lo que es y busca otra cosa que no existe.

El pensamiento te aleja de los hechos y te extravía en las representaciones.

Los pensamientos y los deseos de lo que debiera ser, ocultan y ensombrecen lo que es y lo que podrías ver.

No hay más paz que la de la aceptación,
ya que sólo en la aceptación está la paz del Uno.
Aceptar abre las puertas del “Uno sin segundo”.
Sólo cuando todo lo que ocurre está bien,
cuando todo está aceptado,
puedo ver y comprender que todo es Uno.
Aceptar y amar es uno y lo mismo.

Todo lo que ocurre es mío.
Decir que unas cosas que ocurren son mías y otras no,
eso es estar situado en el ego.

Que lo que llega, llegue, porque sólo lo que llega es la Verdad.

En ese sentido, lo que llega, tenía que llegar,
lo que debía ocurrir, ha ocurrido.

La esencia de la sabiduría es la aceptación total del instante presente;

la armonía con las cosas, tal como llegan.
El sabio no toma las cosas de otra manera que cómo son.
Sabe que, de alguna forma, son inevitables.
Está en armonía con eso que ocurre y no sufre.
Sabe del dolor, pero eso no quebranta su paz ni su firmeza.
Si puede, hará lo posible para restaurar el equilibrio.
Luego dejará a las cosas seguir su curso.

La confianza en sí mismo

La necesidad, que es el sentimiento de insuficiencia, es la causa de todos los deseos, todos los temores, todas las expectativas, todas las interpretaciones, todas las valoraciones.

Cuando se comprende que no hay nada que ganar, surge el desapego.

Cuando sabes que nada te falta porque todo lo que existe eres tú y es tuyo, el deseo se desvanece y cesan los proyectos.

Todo lo que necesitas está en ti, porque tú eres “ese no-dos” que hay.

Acércate a ti, a tus posibilidades, con veneración, amor y confianza.

Desconfiar de sí mismo y menospreciarse es una equivocación grave que nace del error de creerse una entidad separada.

Líbrate del miedo, ¿a quién o a qué deberías temer? Comprende que nada puede dañarte. Este convencimiento es el fundamento del valor.

El valor es imprescindible para el camino, porque la intrepidez es la puerta de lo Supremo.

Para salirse de lo que se da por real y adentrarse en lo que parece vacío de realidad, aunque esas apreciaciones sean hijas de la ignorancia, se precisa confianza en sí mismo, valor e intrepidez.

La vía está cerrada a los timoratos.

Hay que tener confianza en sí mismo porque es tener confianza en el Único, el que es, el no-dos.

Todo lo que te ocurre, no viene de fuera, llega a ti desde ti.

Tú eres el poder, el camino y el término del camino. Pero el “tú” de que hablo, no es el “tú” de tu ego, como entidad separada venida a este mundo.

El no-hacer

No-hacer no es abstenerse de actuar sino la comprensión de la inactividad en la actividad misma, es decir, la visión de que la acción no se atribuye a un sujeto.

La acción, cuando no tiene un sujeto al que atribuirse, se vuelve inocente, porque lo que determina la acción humana es la intención.

La intención de toda acción humana es “tener”.

La intención del no-hacer del que hablan los Maestros es la “desposesión”.

La intención de la acción es poseer porque su fundamento es la necesidad. Por eso, la acción, para los vivientes, es sin origen. En los seres humanos, su origen es la ignorancia que lleva a creerse alguien venido a este mundo. También ese error no tiene origen, nace con la humanidad misma.

No se actúa cuando se actúa sin intención de poseer, cuando no se buscan los frutos de la acción. Entonces hay acción como si no la hubiera porque hay agente como si no lo hubiera.

Esa acción no tiene efecto negativo, no tiene karma, porque no afianza al ego ni refuerza sus tendencias.

La acción sin buscar los frutos de la acción es un no-hacer sin efectos negativos con respecto a la afirmación del ego; por el contrario, debilita los intereses del ego y, con ello, diluye su consistencia.

La acción exige un sujeto; el no-hacer no prevalece hasta que el sujeto ha desaparecido.

Cuando el sujeto ha desaparecido, el mundo es destruido.

Cuando desaparece el mundo, desaparece tanto los objetos como los sujetos.

Cuando desaparecen los objetos y los sujetos, desaparece tanto la unidad como la dualidad, porque la dualidad y la unidad son correlativas.

El no-hacer, por tanto, es la anulación de todas las cosas y, con ellas, tanto de la unidad como de la multiplicidad.

El mundo se edifica con el hacer. El no-hacer destruye el mundo.

El mundo no es más que sobreimposición a lo Real. Las percepciones exteriores e interiores son también sobreimposiciones.

Toda forma está en función de lo mental; y lo mental está en función de la acción.

El no-hacer, al crear el silencio del hacer, calla la mente, disuelve la forma y conduce al Sin-forma.

Mientras hay yo, hay hacer y hay sumisión al “tener”.

El no-hacer es el Ser-Conciencia sin ego. Esa es la realización: el Ser-Conciencia sin yo.

El no-hacer transforma lo conocido en desconocido, porque transforma lo que es un yo familiar en un mundo conocido, en algo por completo vacío de sujetos y objetos y, por tanto, desconocido.

Mi mente es mi conocer y sentir interesado. Ver lo que hay, desde mi exclusivo interés, oculta “lo que hay”. El hacer construye ese muro resistente e ilusorio de “lo conocido”.

El no-hacer le arranca los soportes a la mente y así disuelve el muro de lo conocido.

El no-hacer destruye al mundo y al sujeto con la fuerza de la muerte, que es el fuego de la naturaleza del vacío que todo lo arrasa.

Pero la fuerza de la muerte, que es la fuerza del vacío, es la fuerza del retorno.

El agente y la acción son correlativos. El agente no puede preceder a la acción ni existe, como tal, antes de la acción.

Tampoco la acción es anterior al agente, ni puede existir sin el agente.

El agente existe, como tal agente, por la acción. Y la acción existe, por el agente.

Pensar sigue al hacer. El no-hacer calla el pensar y sumerge en el silencio.

El sabio, con el no-hacer, calla al ego y diluye la ignorancia.

En la construcción del mundo, que es nuestra imagen, consumimos una gran cantidad de energía. El no-hacer retira esa energía del servicio de la egocentración, madre del tiempo y de la muerte, para utilizarla en otra tarea, la de la liberación. Por ello, el no-hacer es la Vía del Poder.

El conocimiento abole la acción porque abole la ignorancia.

El no-hacer es el hacer de la naturaleza porque es un hacer sin sujeto. Al ser sin sujeto, es sin intención y, por ello, sin punto de arranque ni punto de llegada.

El no-hacer es el hacer verdadero porque es un hacer misterioso y sagrado.

El no-hacer conduce al conocimiento y a lo Real; el hacer conduce a la ignorancia y a lo irreal.

El no-hacer es *Brahman*, el hacer es *Mâyâ*¹.

El no-hacer es la llave de la realización espiritual.

El no-hacer nos libera de la estructura en la que nuestra necesidad y nuestra ignorancia nos han encerrado.

¹ *Brahman*: la eterna e inmutable Realidad absoluta; *Mâyâ*: el mundo de la manifestación.

La verdadera liberación es un no-hacer y no el fruto de una serie de actos.

La atención que prestamos a las cosas de este mundo es la base del hacer. Con la atención “hacemos” el mundo. Con nuestra atención y nuestro hacer construimos un mundo de elementos, en dependencia mutua, que sobre imponemos a la realidad.

Al hacer al mundo, nos hacemos a nosotros mismos, porque estamos en dependencia mutua.

El que piensa y hace está ausente de lo Real para hacerse presente a un mundo de representaciones y conceptos. La Presencia es el no-hacer que silencia el pensar.

El acto y el pensamiento encubren lo Real y crean el mundo de sujetos y objetos.

El hambre crea el mundo pensado poder comer. Esa es la ignorancia del hacer.

El no-hacer muestra que ni hay hambre, ni hay nada que comer. Esa es la sabiduría.

Ver el mundo como algo manipulable, es crear el mundo en función de la utilidad, para ejercer en él el hacer.

Ver el mundo como un misterio, es la base del no-hacer. En el no-hacer, la energía del silencio abre la concha protectora de la dualidad para despertar al “no-dos”, que es lo que somos cuando comprendemos que no somos nada.

El sabio ve al mundo como un misterio en el que las cosas, sin naturaleza propia, flotan en el “Océano de la Vacuidad”.

La diferencia entre un ser humano ordinario y uno de conocimiento es que:

- uno hace, y el otro no-hace,
- uno posee, el otro se desnuda de posesiones,
- uno afirma, el otro niega,
- uno busca el conocimiento como una acumulación cotidiana, el otro como una pérdida cotidiana.

El que no-hace, no tiene nombre porque ha renunciado a tomar, a apropiarse.

La naturaleza propia es libre, pero está apresada por la apropiación.

El que toma, está preso de su posesión.

El sabio, al rechazar toda apropiación, hace del no-hacer su ocupación.

El no-hacer del sabio es “soltar presa” y saltar al Vacío.

El no-hacer es sin frutos, sin efectos, pero no es estéril. Está desprovisto de término de partida y de término de llegada porque es el misterioso hacer de lo no-dual.

El mundo está tejido, como nosotros mismos, por nuestro pensar; y nuestro pensar está tejido por nuestra acción. Acción y mente son dos caras de la misma moneda.

El no-hacer es la ruptura de ese tejido porque no-haciendo se para el diálogo interior y, con él, el mundo.

El amor

No necesitas perseguir al “ego” para matarlo. No podrías.

Lo que necesitas es amor a lo Supremo; ese amor te dará determinación para liberarte de lo falso.

El ego es lo falso. Sólo el amor a lo Supremo libera del ego.

Sin amor, y la voluntad que inspira el amor, no se puede llevar a término nada.

La energía viene del amor. Tienes que amar para actuar, sea el que sea el objeto de tu amor.

No encierres ni limites el amor a sólo tu cuerpo, déjalo abierto.

El amor que viene de la persona y que se identifica con el cuerpo, por intenso y sincero que sea, apega inevitablemente, y es un amor egocentrado porque cierra; el amor que arranca de más allá de la persona, es desapegado, es libre y así lo ama todo porque es un amor abierto.

Cuando todas las falsas autoidentificaciones hayan sido rechazadas, lo que queda, es el amor que lo abraza todo.

Cuando tu amor se ve libre de identificaciones, amando a un solo ser los amas a todos; amándolos a todos, amas a cada uno.

El despertar y el amor son una misma cosa.

El despertar es comprensión y es amor en acción.

Pero la acción de ese amor es oculta, desconocida, porque no es la acción de un sujeto sobre unos objetos. No puedes conocer más que los frutos. La acción del amor es oculta y desconocida, actúa sin actuar porque actúa desde la no dualidad.

Sólo el sabio es amante. Sólo el que conoce está desapegado de todo y es perfectamente libre de sí mismo. Sólo el sabio es libre, y porque es libre es amante.

El silencio

Las palabras solas no pueden llevarte más allá de lo mental. Para trascender las palabras hace falta, además, una intensa sed de la Verdad - una sed de la Verdad que te arrastre más allá de las palabras - o una confianza absoluta en el Maestro. Él te cogerá de la mano para llevarte más allá de la frontera de las palabras.

No te aferres a las palabras. Comprende su significado y después tíralas.

El silencio no es algo arduo, ningún pensamiento puede ser el estado natural de la mente, sólo el silencio lo es.

Cuando la mente está en su estado natural, vuelve espontáneamente al silencio después de cada experiencia o, más exactamente, cada experiencia se produce en el trasfondo del silencio.

La acción surge entonces del trasfondo del silencio; espontánea, no calculada, siempre benévola.

Los sentires deben calmarse, los pensamientos deben silenciarse, los razonamientos deben desaparecer, si se desea que el “sentimiento de puro ser” pueda desarrollarse y ser plenamente vivido.

La pura sensación es el elemento determinante, no el razonamiento.

Desembarázate de tus pensamientos y sentimientos. No tienes necesidad de desembarazarte de otra cosa.

El enemigo está en los pensamientos y sentimientos. Ellos crean el mundo y sustentan al ego.

En su ausencia, no hay nada; ni creación, ni Dios creador; no hay más que la felicidad del Ser-Conciencia que es el Ser único.

El silencio es la forma más alta de iniciación. Es la verdadera y perfecta instrucción espiritual.

Servir a otros

Quienes no buscan más que la felicidad para sí mismos, pueden terminar en la más completa indiferencia con respecto a todo; mientras que el amor siempre actúa sin buscar nada para sí, y termina interesándose por todo.

La acción desinteresada, vacía de toda preocupación por el ego y sus intereses, transporta al corazón mismo de la realidad.

Si quieres ayudar al mundo, es necesario que sobrepases la necesidad de ayudar. Sólo entonces ayudarás con eficacia porque ayudarás libre de ti mismo.

Si quieres ayudar a alguien, no te impliques emocionalmente, no te sientas empujado afectivamente a ayudar; permanece fuera, con distancia interior, de lo contrario fracasará en tu ayuda. Si el ego, con sus intereses, se inmiscuye lo altera todo.

Empieza por situarte más allá de la necesidad de ayudar. Entonces podrás asegurarte de que tu actitud es de pura buena voluntad, vacía de toda espera de retribución.

Porque podrías estar muy ocupado con tus actividades y muy contento de tu naturaleza caritativa, sin que realices gran cosa.

La acción más valiosa es ayudar a comprender; en la espera, alimenta a los que tienen hambre y viste a los desnudos, si está en tu mano.

Para ayudar, la lucidez y la caridad van juntas. Una tiene necesidad de la otra y la fortalece.

Reformar el mundo

Siempre puedes ayudar a los otros. Pero no olvides que el sufrimiento es incesantemente recreado. Mientras las gentes vivan identificadas con el ego, recrearán incesantemente el sufrimiento.

Sólo uno mismo puede destruir en sí mismo las raíces de la pena desidentificándose del ego.

Los otros pueden aliviar la pena, pero contra lo que la causa, que es la inconmensurable ofuscación del género humano, no pueden hacer nada.

La ofuscación ¿tendrá un fin?

En cada ser en particular, ciertamente, puede tenerlo.

En la sociedad quizás pueda tenerlo dentro de muchos, muchos años.

En la creación de mundos, jamás, porque está enraizada en la dualidad y en la individuación que surgen de la necesidad, está enraizada en la ignorancia.

Hablas de reformas económicas, sociales y políticas.

Ocúpate del reformador. ¿Qué especie de mundo podrá crear alguien estúpido, ávido y sin corazón?

Si quieres que reinen en el mundo la paz y la armonía, es preciso que la paz y la armonía reinen en tu corazón y en tu espíritu.

Ese cambio no puede ser impuesto desde fuera, ha de venir desde el interior de cada hombre.

¿Cómo tener paz en el mundo si los pueblos no son pacíficos?

Mientras que las gentes sean lo que son, el mundo no puede ser más que lo que es.

El hombre de la Vía hace su parte intentando ayudar a la gente a conocerse como la causa de su propia miseria.

No puedes cambiar el mundo antes de que tú mismo te hayas transformado.

No es necesario ni posible cambiar a los otros desde fuera; pero puedes cambiarte a ti mismo y descubrir que, en el fondo, no hay necesidad de ningún otro cambio.

Cuando uno se cambia a sí mismo llega a la plena aceptación de todo. La plena aceptación de todo, de todo tal como es, es la única base desde donde intentar cambiar las cosas.

Cuando se ha comprendido eso, se puede ayudar a los otros a cambiar desde dentro y a cambiar todo lo que convenga desde ahí.

El mundo ha tenido todo el tiempo para hacerse mejor y, a pesar de ello, no ha mejorado. ¿Qué esperanza hay para el porvenir?

Ayuda al mundo; pero sabe que no serás una gran ayuda. Sin embargo, el esfuerzo contribuirá a tu desarrollo y a la plena aceptación. La aceptación y tu desarrollo interior será tu mejor servicio al cambio necesario.

Sólo aquellos que conocen el Ser-Conciencia, que han visto el más allá del mundo, pueden mejorar el mundo.

Quien está en el mundo no puede salvar al mundo.

Si realmente es importante para ti salvar al mundo, sal de él.

¿Se puede salir del mundo?

Mientras otorgues la primacía al mundo, estás ligado por él.

Cuando comprendas, sin sombra de duda, que el mundo está en ti y no tú en el mundo, saldrás del mundo.

Entonces tu cuerpo permanecerá en el mundo y continuará participando en él, pero no te inducirá a error.

Los grandes Maestros ¿son salvadores del mundo?

Hicieron mucho porque abrieron el espíritu humano a nuevas dimensiones.

Pero quizá es exagerado hablar de salvación del mundo.

¿Qué mundo quieres salvar? ¿El que es tu propia proyección?
Sálvalo tú mismo.

No conocerás ningún mundo que esté separado de ti, respecto del cual seas libre de salvarlo o no.

El mundo no está “ahí” para que tu lo salves. El mundo eres tú, es tu propia creación.

Más que hablar de “salvar el mundo” habría que hablar de salvar al mundo de ti.

Quítate de la escena y verás si queda alguna cosa que salvar.

No saber, y no saber que no se sabe, es la causa del mundo y de los sufrimientos que le acompañan.

El mundo, que es el tuyo, y que tiene tanta necesidad de que se ocupen de él, no vive y no se mueve más que en tu mente; no está ahí fuera.

Fuera de tu Conciencia ¿existe alguna cosa?

Lo que en realidad son y valen la “gente de la Vía” no puede expresarse ni medirse en términos de conciencia o utilidad social, aunque su acción tenga incidencia inmediata y evidente en una y otra.

La madurez espiritual

Todo lo que se requiere para el camino llega a cada instante, pero es necesario estar preparado.

Estar preparado es estar maduro.

No ves lo Real porque tu espíritu no está preparado para ello; no estás maduro.

No estar maduro es no estar pronto, y no estar pronto es tener miedo. ¿Miedo de que? Miedo de lo que eres. Miedo de perder lo que juzgas que es tu identidad. La raíz de ese miedo es el apego a tus deseos y temores, a tus opiniones e ideas, a tus recuerdos y proyectos.

La madurez es desapego.

Renuncia a todo y te mantendrás preparado para lo que lo Real afirme de sí mismo.

La autoafirmación de lo Real es la experiencia de la pura sensación de ser, que se expresa en las palabras “yo soy”.

La aplicación seria a la tarea es signo de madurez.

Para madurar, conserva lo mental limpio, es decir, libre de deseos e identificaciones y, luego, pon toda tu atención en lo que llega y examínalo.

Examina también tus deseos y tus miedos desde el instante mismo en que se manifiesten.

La madurez de la inteligencia y del corazón es esencial. Llega sin esfuerzo cuando se suprime el principal obstáculo, la inatención, la falta de vigilancia. Y es el apego el que dispersa la atención.

La madurez es atención.

La renuncia y la atención conducen a la madurez que se requiere para la Vía.

Pero el verdadero renunciamiento es verificar que no tenemos nada a lo que renunciar, porque nada vale lo que promete y porque todo resbala de nuestras manos. Nada es nuestro.

Gracias a que nada es nuestro, todo es nuestro.

Gracias a que nada vale lo que promete, todo vale, y no por su promesa.

Cuando nada exterior tiene valor, el corazón está preparado para renunciar a todo.

Cuando se está preparado para renunciar a todo, entonces puede despertar la atención.

Si despierta la atención, se abre una posibilidad para lo Real y lo Real tomará esa posibilidad.

Obstáculos

Tu idea de que la Vía es difícil constituye tu primer obstáculo.

Te bastará alguna práctica seria para considerar las cosas de otra manera.

También la impresión “yo trabajo” es un obstáculo. Busca “quién trabaja”. ¿Eres tú el actor? ¿Quién es el actor?

Entonces tu trabajo no te pesará porque con él no afianzas tu falso ego, y tu trabajo se desarrollará automáticamente.

No hagas ningún esfuerzo ni para trabajar ni para renunciar al trabajo. Abandónalo todo a los Poderes de lo alto.

La idea “yo soy el cuerpo” es un obstáculo que arrastra consigo otro: dar el mundo por real.

También es obstáculo afirmar: “no he realizado todavía el Ser-Conciencia”.

Ese es uno de los principales obstáculos de tu camino.

Deshazte de la idea de que eres un ignorante que debe todavía realizar el Ser-Conciencia.

¿Ha habido jamás un solo instante en el que hayas estado separado del Ser-Conciencia? ¿Ha habido jamás un solo instante en el que tú hayas sido verdadero actor?

El pensamiento de que no has realizado el Absoluto te impide realizarlo, porque te sostiene en la idea de que tú eres un ser y el Absoluto, otro.

Abandona ese pensamiento y conseguirás la realización, ya que ella te llevará a abandonar la idea de que eres alguien.

Estás apegado al convencimiento de que no eres consciente de tu propio ser; eso te afianza en la idea de que hay algo que adquirir.

Deja ir esa idea.

El deseo de placer y el miedo al sufrimiento obstaculizan la clara percepción de tu ser verdadero, porque orientan tu atención al ego.

Aceptar lo que no es real como real es un obstáculo central. Se solventa cuando se consigue ver lo falso como falso a fin de rechazarlo y abrir las puertas a lo Real.

Las palabras son un obstáculo porque nos inducen a tomar por real lo que no es más que una acotación, una objetivación, una representación; las palabras en ocasiones funcionan como una droga.

El Maestro

Maestro es el que sabe que no hay ni mundo ni quien piensa el mundo.

Encontrarle significa abrirse al estado en el que ya no se toma lo imaginario por real.

El Maestro representa y es la Realidad, la Verdad, “lo que es”. Es un ser realizado.

Está ahí para llevar a lo Real, sin ningún tipo de compromiso con lo mental y las ilusiones. No hay que esperar otra cosa de él.

El Maestro pide a su discípulo claridad e intensidad en la intención y sentido de responsabilidad con respecto a sí mismo.

Maestro no es el que simplemente da enseñanzas e instrucciones, sino el que, más allá de la fascinación de las apariencias, conoce lo real.

No es la persona que crees que es.

Lo que existe para ti, no existe para él.

Lo que tú tomas por obvio, él lo niega radicalmente.

Quiere que veas como él ve.

Empuja a que obedezcas y sigas a tu propia realidad interior.

Invita a que verifiques que todo lo que crees que es, no es.

Afirma que sólo tú eres inmutable dentro del cambio.

Incita a rechazar toda identificación.

El Maestro no reclama nada como suyo. Sin “yo”, carece de soporte alguno para el “mío”.

El Maestro sólo da; y da lo que tú ya tienes. Él no tiene nada que tú no poseas.

El conocimiento de sí mismo, que es el Conocimiento, no es una parcela de propiedad que se pueda dar o recibir. Es una dimensión del existir donde no hay nada que dar ni nada que tomar.

La actitud que reclama dones al Maestro, es inepta para recibir lo que él ofrece. El Maestro no es un sujeto que ofrezca dones.

Él ofrece una vía que te permite ver lo que él ve.

Tú, en cambio, te aferras a tus viejos hábitos de pensar, sentir y actuar, en los que siempre hay un sujeto que recibe cosas.

El Maestro no es otra cosa que el Ser-Conciencia.

Según el grado de desarrollo espiritual, el Ser-Conciencia se manifiesta, a veces, en forma de un Maestro físico, de carne y hueso.

El Maestro puede ser incluso un ser inanimado.

Dios, el Maestro y el Ser-Conciencia, son idénticos.

Quien se adentra por la Vía, puede pensar que Dios es omnipresente y puede tomarlo por Maestro.

Más tarde, Dios le pone en contacto con un Maestro viviente y aquella persona lo considera como el Todo en todo.

Luego, la misma persona, por la gracia del Maestro, comprende que su propio Ser-Conciencia es la Realidad Suprema, y no otra cosa.

Entonces descubre que el Ser-Conciencia es el Maestro verdadero.

El Maestro es el puro testigo desprovisto de deseos. No es un sujeto frente a un mundo. Está más allá de esas categorías duales.

Ve lo que pasa sin que se sienta forzado a intervenir, porque lo comprende como irreal.

En el fondo de sí mismo, ni elige ni toma decisiones, porque sabe que no es un sujeto frente a un campo de objetos.

Puro testigo, contempla lo que ocurre sin ser afectado por ello, porque es vacío como la nada.

Esa pura condición de testigo que se hace patente en el Maestro reside también en nuestro interior.

Esa luz que brilla pacífica y perpetuamente en lo más interior de uno mismo es el verdadero Maestro.

Lo demás son sólo postes en el camino.

El Maestro interior conduce al Maestro exterior. Y el Maestro exterior conduce al Maestro interior. Hay que tener confianza en el Maestro exterior, porque es el mensajero de tu propio Ser-Conciencia y de tu Maestro interior.

El Maestro interior acepta al exterior, por un tiempo, porque representa al interior.

El Maestro exterior es impermanente, el interior permanente e inmutable, aunque siempre nuevo.

Los Maestros exteriores pueden ser múltiples. Los Maestros temporales cumplen su función y ceden su lugar a otro.

El Maestro interior, en ciertos momentos, puede ser particularmente violento, hasta el punto de destruir la personalidad.

Puede operar tanto con la vida y la felicidad como con el sufrimiento y la muerte.

El Maestro interior es la Realidad; el resto es sólo sombra.

El Maestro interior no enriquece el conocimiento con saberes, él es el Conocimiento. Proporciona la comprensión espiritual y es la comprensión espiritual.

Sea el que sea el Maestro exterior, si su corazón es puro y actúa de buena fe, no hará ningún mal a sus discípulos.

Si no hay progreso, la falta incumbe a los discípulos, a su pereza y a su falta de control, no al Maestro.

Si el discípulo es serio y se aplica con inteligencia y entusiasmo, puede estar seguro de encontrar un Maestro más cualificado que le lleve más lejos.

El progreso del discípulo no es la responsabilidad del Maestro. El discípulo es enteramente responsable de sí mismo.

El papel del Maestro exterior es únicamente instruir, animar y conducir al Maestro interior.

El Maestro interior es único y no es físico.

El Maestro exterior está siempre a disposición de todos. Quien se le acerca, recibe ayuda.

Quien se acerca al Maestro es porque su destino era ser ayudado.

El Maestro no ayuda a unos y rechaza a otros. Todos los que se le acercan, son ayudados. La forma de la ayuda varía en función de las necesidades reales.

El Maestro exterior puede ayudar; pero lo que ayuda verdaderamente es tener en sí mismo la Realidad, que es el Maestro interior.

La ignorancia es como una demencia y es universal; la sabiduría es la salud y es rara. Desde el momento en que tomamos conciencia de nuestra demencia, estamos en la vía de la salud.

La función del Maestro exterior es hacernos ver la locura de nuestra vida cotidiana.

El Maestro despierta del sueño de la ignorancia.

La victoria espiritual de un ser humano beneficia a toda la humanidad, pero para que beneficie a una persona particular es preciso que este establezca una relación personal íntima con ella. Una tal relación no es accidental y no todo el mundo es capaz de establecerla. Para que esa relación pueda establecerse, se precisa un determinado grado de madurez, es decir, de desapego e interés.

El lenguaje del Maestro es, sobre todo, un lenguaje silencioso. Cuando habla, habla del silencio y desde el silencio. Hay que aprender a escucharlo y a comprenderlo.

Quien permanece junto al Maestro y concentra su mente sobre lo que dice y hace, ve nacer en él la convicción, una convicción que no es sobre formas y palabras, sino desnuda de formas.

El Maestro no vive más que para el bien del mundo. Sus actos manifiestan lo Absoluto en el plano humano.

El Maestro orienta hacia el Ser-Conciencia, para que se resida en él, se le escuche, se le obedezca y se le tenga siempre presente en el espíritu.

No se necesita otra guía.

El Maestro exterior no crea el Ser-Conciencia del discípulo. Sólo aparta los obstáculos que le separan de él.

El Ser-Conciencia está desde siempre realizado.

El ignorante comete el error de confundir su cuerpo físico con su Ser, y piensa que su Maestro es igualmente otro cuerpo físico.

El Maestro con su sola presencia te dice:

Que tu necesidad de Verdad determine todo en tu vida cotidiana; entonces, todo estará bien para ti.

Que vivas tu vida sin herir a nadie. La no-violencia es una de las formas más poderosas de yoga y conduce rápidamente al fin.

Que aprendas a vivir en paz, armonía, amistad y amor.

El fruto de obedecer a lo que le dice la presencia del Maestro será la felicidad sin causa e ilimitada.

El Maestro se esfuerza por causa del sufrimiento de los seres y por la extinción del sufrimiento.

Ve a las gentes sufrir, en sus vidas que son como sueños, y quiere despertarles.

Su amor no soporta el sufrimiento. No es perezoso, su paciencia es ilimitada, no acepta la derrota.

Aunque instruye a sus discípulos, no se pone como Maestro. Está plenamente convencido que la distinción Maestro-discípulo no es más que una convención nacida de la ilusión. Son sólo categorías de la dualidad.

No se considera como un individuo separado.

Cuando alguien pretende ponerle a prueba, con frecuencia no contesta ni discute.

El corazón del Maestro es siempre bondadoso y tierno.

El discípulo, por la meditación constante, llega a parecerse a su Maestro y a poseer la misma pureza y dulzura de corazón.

Sólo se puede llamar Maestro a quien no sea más que amor y don de sí.

El Maestro es el agente de un poder liberador que actúa tanto en el interior como en el exterior.

Cuando se le comprende así, el abandono en sus manos es sincero, total y resulta natural y fácil.

Para el Maestro no hay ni buenos ni malos, porque eso son categorías de la dualidad; es imparcial con todos.

El Maestro no da nada que el discípulo no tenga en igual medida.

Induce a ser consciente de la propia riqueza y a hacer uso de ella.

Lo Real es común al Maestro y al discípulo; en ese sentido no tiene ningún sentido pedir su gracia.

El Maestro y su discípulo no son más que uno, como la candela y la llama.

Pero para llegar a esa unidad, el discípulo debe estar lleno de celo; de lo contrario, no puede llamarse discípulo.

El Maestro es el Ser-Conciencia. No existe separado del discípulo; no existe su ser y el del discípulo.

El discípulo se imagina descarriado en la diversidad de formas y de nombres, de mentes y de cuerpos, en una multiplicidad de seres. El Maestro le muestra que todo eso son sólo construcciones de la mente.

Lo que aprisiona a la persona del discípulo no es más que su ignorancia y su identificación con lo que se imagina ser.

La tarea es comprender y, por ello mismo, eliminar la persona.

La gracia está de un lado, del otro tiene que estar la devoción a la tarea.

Cada Maestro tiene su método, generalmente inspirado en el de su propio Maestro o inspirado en la manera con la que él se ha realizado. Cada uno tiene su terminología.

Desde ahí, el Maestro se adapta a la personalidad del discípulo.

Los Maestros son universales, pero no lo son sus expresiones.

El discípulo recibe del Maestro una entera libertad de pensamiento y de búsqueda. Se le anima a cuestionarlo todo.

Enseña al discípulo que la duda no es un obstáculo, sino una ayuda; que la duda no hay que reprimirla, sino aceptarla y agotarla.

Es necesario que el discípulo tenga una fe incondicional en su Maestro, sino su entrega y su acción no serán completas.

Los Maestros son como los bordes del camino. Uno puede ir de un borde a otro. Todos los bordes enderezan el caminar.

Cada Maestro exterior muestra la dirección de la Vía.

El Maestro interno es la ruta misma. Cuando comprendas que el camino es el fin, sabrás que estas siempre en camino, y no para lograr un fin, sino para gozar de belleza del camino y de su sabiduría.

Entonces la vida cesa de ser un deber y se convierte simplemente en un gozo y una dicha.

El Maestro enseña que eres la realidad omnipresente que lo trasciende todo.

Anima a conducirse en consecuencia; enseña a pensar, sentir y actuar en armonía con ese convencimiento. Si se actúa así,

entonces, rápidamente, se realiza en el discípulo la enseñanza central del Maestro.

No es necesario ningún esfuerzo.

La confianza y no el esfuerzo es el punto de apoyo del discípulo. Confianza en el Maestro y en sí mismo.

Todo lo que el Maestro puede decir se reduce a esto:

- Te equivocas sobre ti mismo.
- No eres la persona que crees ser.
- No te apoyes en nada, ni en ti mismo.
- Busca, rechaza constantemente cada afirmación que se presente a tu espíritu, hasta que alcances las aguas de la vida.

No eres:

- ni el cuerpo,
- ni lo mental,
- ni eres siquiera el testigo,
- sino que estás más allá.

Estos pensamientos darán lucidez a tu mente, darán pureza a tus deseos y conseguirán que tus actos sean desinteresados.

Resiste a tus viejos hábitos de sentir y pensar y dite sin cesar: “no así, no soy como esto, no tengo necesidad” y llegará un día en el que la estructura del error y de la desesperación se hundirán en su totalidad y serás libre para una nueva vida.

El Maestro te da la certeza de que eres el Ser-Conciencia inmutable, interior a todas las apariencias y más allá de ellas.

Esa certeza se traduce en coraje y ausencia de miedo.

Una intrepidez nueva se manifiesta como tuya propia, con toda firmeza.

Los libros espirituales son una ayuda para disipar la ignorancia, pueden ser como los Maestros, pero pueden terminar por ser un estorbo.

Hay que saber cuándo desecharlos.

Las palabras del Maestro son justas, y porque son justas, son siempre verdaderas y porque son justas y verdaderas, son eficaces.

Dice Nisargadatta:

Mi maestro no hizo nada; sus palabras actuaron porque fueron justas.

Todo lo que yo hice vino del interior, sin haberlo pedido o esperado. No hice nada deliberadamente. Todo vino por sí mismo, el deseo de soltar presa, de estar solo, de hundirme en mí mismo.

No hice ningún esfuerzo. Me creas o no, no estaba ni siquiera ansioso por realizarme.

Mi Maestro me dijo que yo era lo Supremo y se murió.

No pude no creerle. Lo demás llegó por sí mismo.

Descubrí que cambiaba, eso es todo.

De hecho estaba extrañado. Pero un deseo nació en mí de poner sus palabras a prueba.

Estaba tan seguro de que no podía haberme mentido, que sentía que o bien realizaba la plena significación de sus palabras o moriría.

Me sentí lleno de determinación, no sabía qué hacer. Pasé horas acordándome de él y rememorando su promesa, no discutía, simplemente rememoraba lo que me había dicho.

Desde que el Maestro me dijo ‘tú eres la Realidad Suprema’, cesé de tener visiones y éxtasis y me convertí en calmado y muy simple.

Descubrí que deseaba y conocía menos y menos cosas, hasta poderme decir con un asombro de lo más profundo: ‘no sé nada, no quiero nada’.

Mi Maestro no me dio ninguna imagen de lo que debía ser mi logro.

No me dijo nunca qué debía esperar.

Las palabras del Maestro no fallan; son una semilla que no muere.

La semilla puede esperar a que se den buenas condiciones para nacer.

Para que sea así, es preciso que el Maestro sea auténtico, que esté más allá del cuerpo, de lo mental, más allá de la conciencia, más allá del espacio y del tiempo, más allá de la dualidad y la unidad, más allá de la comprensión y de toda descripción.

Hay gentes que han estudiado y leído mucho, que tienen muchas cosas que decir, muy útiles, pero no son Maestros de palabras justas y poderosas.

El verdadero Maestro ni te humilla ni te aleja de ti mismo.

Te anima a buscar en ti, en tu interior.

Enseña que no tienes necesidad de nada, ni siquiera de él.

El verdadero Maestro se interesa por su discípulo, mientras que el que se hace a sí mismo Maestro, se interesa más por sí mismo que por sus discípulos.

El papel del verdadero Maestro es disipar la ignorancia del corazón y de la mente del discípulo.

No liga a rituales ni a prácticas de culto tradicional, ni murmura palabras sagradas en los oídos de las gentes.

No se presenta como Maestro ni pretende tener discípulos.

Cualquiera puede considerarse su discípulo, pero él no hace diferencia de nadie; para él no hay ni maestros ni discípulos.

El Maestro enseña con su silencio. Su silencio diluye las dudas de sus discípulos.

Si alguien recomienda a un buscador una actividad cualquiera, no es un Maestro, porque en vez de liberar, refuerza las cadenas. El Maestro no impone ni liga a nuevos quehaceres, sino que enseña el “no-hacer”, que es una actitud que está más allá del actuar o no actuar.

El buscador ya está afligido con el peso de sus propias actividades. No es la actuación la que lleva al despertar.

De lo que tienes necesidad es del silencio, de la paz y el reposo; lo que te falta es la cesación de las actividades. Y cuando tengas que actuar, hazlo desde la no actuación, es decir, actúa sin buscar nada para ti.

Cuando te aproximas al Maestro, deseas lo falso y temes lo verdadero.

En tanto que persona, piensas que tu Maestro está interesado en ti personalmente.

No es así.

A sus ojos, como persona, eres una calamidad y un estorbo del que es preciso desembarazarse.

Temes aquello a lo que él apunta: tu eliminación en tanto que individuo separado.

Se trasciende lo mental por la gracia del Maestro.

La forma que toma esa gracia, es su enseñanza de “lo que es Real”, su enseñanza de que el discípulo es la Realidad Suprema. Y esa enseñanza, que es gracia, es poderosa.

Su gracia enrola la mente en la vía de la verdad, y la guía al encuentro.

Es comparable a la mano tendida para ayudar al que se ahoga a salir del agua.

La gracia es el Ser-Conciencia, por eso la gracia está siempre disponible en el comienzo, en el medio y en el fin de la Vía.

Por la falsa identificación que haces del Ser-Conciencia con tu cuerpo, piensas que el Maestro es otra cosa que el Ser-Conciencia.

El Ser-Conciencia es el Maestro, y ese es también tu propio ser. Esa es la fuente única de la gracia.

La manifestación del Ser-Conciencia, es la manifestación de la gracia, y la manifestación de la gracia es la manifestación del Ser-Conciencia.

La manifestación del Maestro es la manifestación del Ser-Conciencia y de la gracia. Nada es exterior al Ser-Conciencia.

La realización es el resultado de la gracia del Maestro, no de las lecturas, las meditaciones, las enseñanzas, las obras.

La gracia es la causa primordial y esencial; lo demás son accesorios.

La ayuda de la gracia es necesaria, pero no es nada nuevo a obtener. Sé consciente de tus riquezas y haz uso de ellas.

No te imagines que tengas que mendigar la gracia en la puerta del Maestro. Eso reforzaría en ti la idea de dualidad.

Sin la gracia no es posible triunfar de las pasiones, ni realizar la Verdad, ni permanecer en el Ser-Conciencia; pero la gracia siempre está ahí.

La gracia del Maestro está ya en ti; no es exterior a ti porque es el Ser-Conciencia. Esa es la razón por la que nunca está fuera de tu alcance y siempre está presente.

Al individuo le toca servirse de ella.

Tu Ser-Conciencia es tu último Maestro, el Maestro supremo.

Tu Maestro exterior no es más que un poste indicador. Sólo el Maestro interior hará contigo el camino hasta el final, porque él es el final.

Sólo él puede llevar hasta el final del camino.

Si confías en él no necesitarás ningún Maestro exterior.

Pero necesitas el firme deseo de encontrarlo y de no hacer nada que pueda ponerle obstáculos.

No gastes energías en remordimientos; que tus errores sean para ti una enseñanza, así no los volverás a repetir.

Encuentra a tu Ser-Conciencia, tenlo siempre presente en el espíritu. Ninguna otra guía te será necesaria.

El Maestro está en tu conciencia, no fuera.

Aparece como exterior cuando lo mental está orientado hacia fuera, cuando lo mental está vuelto hacia el exterior.

El papel del Maestro exterior será volver al discípulo hacia el interior, para que descubra al Maestro interior.

La mente se orienta hacia fuera porque así lo requiere la sobrevivencia del viviente humano. Por esa tendencia, cree que los objetos son exteriores a él, incluido el Maestro.

Si vuelves tu atención hacia el interior descubrirás que el Maestro es tu propio Ser-Conciencia, que no existe otra cosa que él.

Ésta es la verdad esencial a realizar: el Maestro no está fuera de ti, como imaginas; está en ti porque es el Ser-Conciencia.

Busca en ti y le encontrarás. Comprenderás que estás en constante comunión con él.

Te habla siempre, no te puede abandonar, ni tú puedes alejarte de él. ¿Cómo podrías alejarte de tu Maestro, puesto que es tu verdadero ser?

El Maestro es el Ser-Conciencia y ése es tu propio ser.

No hay que tener miedo del Ser-Conciencia porque es bondadoso, pero hay que tomarle en serio. Reclama la atención y la obediencia. Cuando no se le escucha, puede pasar de la persuasión a la coerción.

Puede esperar, pero no quiere ser negado.

Vives de la memoria. Reemplaza tus antiguos recuerdos por la memoria de lo que afirma el Maestro.

Así como vivías de los antiguos recuerdos, vive ahora en función de los nuevos.

Durante un tiempo habrá conflicto entre la antigua y la nueva memoria, pero si te pones con resolución a favor de la nueva, la vieja se pacificará deprisa y alcanzarás el estado en el que ya no te identificarás ni con los deseos ni con los miedos de tu pasado nacidos de la ignorancia.

Acuérdate de las enseñanzas de tu Maestro, sea interior o exterior, maravíllate, reflexiona, vive con él, ámale, desarróllalo en ti, desarróllate en él, hazlo tú mismo.

Pon en él todo y lo obtendrás todo.

Da tu tiempo a lo que te dice.

Desconfía de quienes ponen distancia entre ti y el Ser Real.

Desconfía de quienes se ofrecen a servir de intermediario entre ti y el Ser Real.

El Maestro no se pone como intermediario. Habla para que pongas a prueba sus palabras, hasta que descubras por ti mismo que son absolutamente verdaderas.

Antes de enrolarse en la Vía no hay otra prueba de la Vía que el Maestro mismo.

El Maestro es un reflejo de ti mismo que toma la forma de un guía.

Él es el testigo desde fuera, que despierta el testigo que hay en tu propio interior.

El testigo desde fuera y el testigo desde dentro no son dos.

El Maestro es un espejo que se presenta al que busca para que pueda contemplar en él la verdad de su propio ser.

El Maestro es el Absoluto. Si lo consideras como un individuo, le atribuirás las cualidades de un gran sabio. Pero él no es eso, en realidad no es más que el Absoluto.

El Maestro, el Absoluto y el Ser-Conciencia son idénticos, y tú eres eso.

También hablan de lo mismo la luz del Maestro, la gracia y el espíritu.

El Maestro, que es la vez exterior e interior, desde el exterior empuja a la mente a interiorizarse; desde el interior atrae hacia el Ser-Conciencia y ayuda a obtener la quietud.

Eso es su luz, eso es su gracia y eso es su espíritu.

No es la devoción a una persona lo que es decisivo, sino la firmeza y la profundidad de tu entrega a la tarea.

La vida misma es el Maestro supremo; estate atento a sus lecciones y obedece sus mandatos.

Si personalizas la fuente de la vida, tienes un Maestro exterior; si recibes el agua directamente de la vida, es el Maestro interior.

Cuando todo falla, la vida se encarga de enseñar.
Pero sus lecciones a veces tardan en llegar.
Se evitan retrasos y disgustos confiando y obedeciendo.
El universo entero es tu Maestro.
Si eres vigilante e inteligente cada cosa te instruirá.
Si tu mente es lúcida y tu corazón es limpio, aprenderás de cada uno que pase.

Sólo tu agitación y tu debilidad hacen que tu Ser-Conciencia interior se manifieste como un Maestro exterior, ten fe en él y obedécele.

Ese Maestro interior, que es tu Ser-Conciencia y que se manifiesta como Maestro exterior, es único, y es todo.

No es un ser. Es el ser de todos los seres.

Ni siquiera eso; ningún nombre le conviene.

Es lo que es, el suelo donde todo crece.

Alguien con poca estima de sí mismo será incapaz de confiar ni en sí, ni en quien sea.

Por esa razón, al principio, el Maestro hará lo posible para convencer al discípulo de su alto origen, de su noble naturaleza y de su glorioso destino. Le inducirá a la confianza en sí mismo y a la fe en el Maestro.

Si lo consigue, podrán seguirse rápidas transformaciones.

Estudiar los textos sagrados es permanecer cerca del Maestro.

Para los lectores atentos y reflexivos, los textos maduran y dan flores y frutos.

Los escritos fundamentados en la Verdad tienen su propio poder e invitan a ser experimentados.

Las Escrituras no están hechas para los sabios que ya no tienen ninguna duda. Los enigmas sólo existen para los ignorantes. Las Escrituras están concebidas para ellos.

Confía en tu Maestro.

Eso te permitirá dar el primer paso; después, la confianza encontrará su justificación en tu propia experiencia.

La confianza se requiere en el punto de partida. Sin ella no se pueden hacer muchas cosas.

Toda empresa supone un acto de confianza, incluso la empresa más simple.

Recuerda y confía en lo que te dice el Maestro y tendrás éxito.

Él te dice que eres la realidad omnipresente que lo trasciende todo.

Condúctete en consecuencia: piensa, siente y actúa en armonía con ello, y rápidamente la experiencia real de sus palabras se hará en ti.

Ten fe en sus palabras; apóyate en ellas.

Aceptar las palabras del Maestro y vivir de acuerdo con ellas, espontáneamente y en cada detalle de la vida cotidiana, eso es el portal de la realización.

La fe es el más eficaz de todos los medios. Pero la fe debe ser intensa y duradera.

Hay Maestros que parece que nieguen la fe e insistan en la confianza en la razón; pero no es la fe la que niegan, sino la creencia ciega.

La fe no es ciega; es la voluntad de intentar.

Sin amor y confianza no hay Maestro ni discípulo.

Cuando un sabio te describe una experiencia y sus resultados, tú te fías de sus declaraciones y repites la experiencia tal como la describe.

Una vez que has obtenido los mismos resultados o similares, no necesitas fiarte de él; te fías ya de tu propia experiencia.

Animado por las palabras del sabio, persigues y en definitiva llegas a resultados substancialmente idénticos.

La confianza en el Maestro puede ser un sustituto del método.

Si no puedes adquirir el convencimiento que nace de profundas investigaciones, aprovecha el descubrimiento del Maestro, que quiere compartirlo contigo.

El Maestro te enseña con perfecta claridad

- que no has sido jamás,
- que no eres ni serás jamás separado de la realidad;
- que eres, aquí y ahora, la plenitud de la perfección;
- que nada puede privarte de tu herencia, de lo que ya eres.

No eres diferente del Maestro, aunque no lo sepas.

No sabes lo que eres y te imaginas ser lo que no eres. De ahí vienen tus deseos y tus miedos.

De ahí vienen también actitudes carentes de sentido para escapar de tu ignorancia.

Fíate del Maestro y vive confiado en él. No te descarriará.

Él te dice que eres la Realidad Suprema más allá del mundo de las criaturas, más allá de la conciencia y más allá de su testimonio; más allá de toda afirmación y de toda negación.

Actúa teniendo en cuenta sus palabras.

Abandona todo sentimiento de separación y mírate a ti mismo en todo, luego actúa en consecuencia. Con la acción vendrá la paz y la serenidad y con ellas la convicción.

Una vez que hayas sentido el amor y la felicidad que no tienen necesidad de causas exteriores, todas tus dudas se evaporarán.

Ten siempre a tu Maestro en tu corazón y acuérdate de sus instrucciones; es la única forma de permanecer en lo verdadero.

La proximidad misma es menos importante.

Haz de tu vida entera la expresión de la fe en tu Maestro y de tu amor por él. Eso es verdaderamente permanecer con tu Maestro.

Cada paso creará suficiente energía para el siguiente. La energía viene con la confianza y la confianza con la experiencia.

Si antes de enrolarte en la aventura de la Vía pides una prueba, no hay otra prueba que el Maestro mismo.

Pero por poderoso que sea el Maestro, no puede imponer su voluntad a nadie.

Un discípulo que no confía y que duda, estará fatalmente insatisfecho, sin que haya la menor falta por parte del Maestro.

Lo que te pide el Maestro es muy simple, aunque pueda parecer difícil; pero si trabajas con ardor será fácil. Será del todo imposible si eres indolente.

El fervor es necesario y suficiente.

¿Qué encenderá ese fuego y esa seriedad? El fervor nace de la vislumbre y del sufrimiento, del tuyo y del de los otros.

El fervor, no la perfección, es la condición imprescindible para la realización del Ser-Conciencia.

Las virtudes y el poder vienen con la realización; no antes.

Si te ves cambiar, eso quiere decir que has encontrado a tu Maestro.

El Maestro puede ser bello o feo, agradable o desagradable, puede alabarte o reprenderte, nada de eso importa salvo el punto crucial: tu evolución interior.

Si no creces interiormente, él puede ser tu amigo, pero no tu Maestro.

El único criterio para reconocer al posible Maestro son los cambios que constates en ti mismo cuando estés en su compañía.

Si te sientes más apaciguado, más feliz, si te comprendes a ti mismo más claramente de lo habitual, eso significa que has encontrado al ser humano que te hacía falta.

El criterio para reconocer al Maestro es a la vez la corriente de paz que se deriva de su persona y el sentimiento de respeto que inspira.

Tómate el tiempo que sea necesario, pero cuando te decidas a confiar en él, hazlo totalmente, sigue sus instrucciones completamente y con fidelidad.

La tibieza será para ti un gran obstáculo, y no será culpa del Maestro, sino tuya.

¿Cómo encontrar al Maestro en quien se pueda confiar?

Tu corazón te lo dirá.

No será difícil porque él te busca.

El Maestro está siempre dispuesto, eres tú el que no lo está. Es preciso que te prepares para aprender, de lo contrario puede que lo encuentres y desaproveches tu ocasión por inatención y obstinación.

Sé el ser humano que conviene y el Maestro que conviene ciertamente te encontrará.

No estás nunca sin Maestro, porque está perpetuamente presente en tu corazón.

A veces ocurre que se exteriorice y se te acerque como un factor de elevación y de corrección en tu vida.

Puede aparecer como un amigo, una esposa, un esposo o un Maestro; o puede permanecer como una incitación interna a la rectitud y a la perfección.

¿Cuánto tiempo necesitarás un Maestro? Mientras continúes pensado: “soy esto o aquello”.

Cuando estés establecido en la presencia de ti mismo y trasciendas todo “esto” y todo “aquello”, ya no necesitarás Maestro.

Cuando hay abandono total, cuando hay un renunciamiento completo a toda inquietud con respecto al pasado, al presente y al porvenir, a la seguridad física y espiritual, a la posición social, se nace a una nueva vida llena de amor y de belleza.

Entonces el Maestro no tiene más importancia porque el discípulo ha roto el caparazón de autodefensa.

El abandono total de sí, es por sí mismo la liberación.

Una vez que haces pié en la certeza interior, el Maestro no es necesario, salvo quizá en cuestiones técnicas.

Ningún Maestro es necesario. Pero eso se puede decir después de la realización, no antes.

No se llega a ser discípulo por las disquisiciones de la mente, sino por la profundidad del silencio.

No se escoge ser discípulo, no es cuestión de voluntad; se asemeja a un destino.

Sin embargo, el sol no escoge lo que va a iluminar, ni estudia la conducta de cada uno para darle calor.

El sol ilumina a todos.

Tienes pues todo lo que necesitas para emprender el camino.

Lo importante en el discípulo es la honestidad y el celo.

Un buen discípulo encuentra siempre un buen Maestro.

No dependas de otros, porque lo que te dan te lo podrán quitar.

Apóyate en tu propio interior.

No aceptes otro gobierno que el que viene de tu interior; incluso entonces pasa por la criba todos tus recuerdos para que no te extravíen.

Cuando ignores qué camino tomar y con qué medios, permanece tranquilo y mira hacia dentro; la guía vendrá con certeza.

No estarás nunca sin saber cuál debe ser el próximo paso.

El Maestro exterior estará ahí, cuando lo necesites, para darte ánimos con su experiencia y su éxito.

Pero sólo te será útil aquello que hayas descubierto por ti mismo y por tu indagación.

Esto dice el Maestro:

Nada de lo que percibas y te diga tu mente eres tú, ni es “lo que es”.

Nada que venga del exterior puede tener valor; sólo el sentir y la comprensión que arranca de tu propio interior es pertinente y revelador.

Las palabras que oigas no harán más que crear imágenes en tu mente, y tú no eres ninguna imagen; ni tampoco la Realidad es imagen alguna que alguien pueda hacer de ella.

Eres el poder de percepción, comprensión y acción que está más allá del poder de cualquier imagen.

No puedes imitar a un Maestro y salir indemne.

Tus circunstancias y las suyas no son iguales; tus temores y deseos no son aquellos de los que él partió; tu punto de salida y el suyo son diferentes.

Imitarle sería necio porque indicaría que no comprendes, o hipócrita porque sería fingir lo que no eres.

La necedad y la hipocresía te llevarían al desastre.

El Maestro es el Ser-Conciencia, por tanto no está separado del discípulo. No existe su ser y el tuyo.

La diversidad, de formas y de nombres, de mentes y de cuerpos, te descarría.

Sal del campo de la dualidad.

Si tu relación con el Maestro interior y el Maestro exterior es buena, te desarrollarás.

¿Cuál es esa buena relación?

Confía en él, escúchale y haz lo que te dice. No te descarriará.

Los intelectuales ponen dificultades al Maestro cuando hablan mucho, les falta seriedad y les sobra engreimiento.

Si el discípulo no está lleno de celo, no se puede llamar discípulo.

Si el Maestro no está lleno de amor y don de sí, no se le puede llamar Maestro.

Un discípulo verdadero, que es raro, sobrepasa, en poco tiempo, la necesidad de tener un Maestro porque descubre su propio Ser-Conciencia.

No pierdas el tiempo intentando saber si los consejos que te da el Maestro derivan solamente del saber o de una experiencia verdadera.

Conténtate con seguirlos fielmente.

La vida te traerá otro Maestro si tienes necesidad y si no, te dejará a tus propias luces.

Lo que importa es que comprendas que no es tanto la persona del Maestro lo primordial, sino su enseñanza.

El Maestro no hace más que transmitir la buena nueva concerniente al Ser Real e instarte al camino de vuelta a casa.

Hay muchos mensajeros, pero un solo mensaje: sé lo que eres.

Mientras no estés realizado no podrás saber quién ha sido tu Maestro real.

Necesitarás un Maestro mientras la dualidad “yo y no-yo” subsista en ti.

La meditación intensa provocará la venida del Maestro.

Frecuenta al Maestro física y mentalmente.

Frecuenta al Maestro cuyo cuerpo es visible, para que empuje a tu mente hacia el interior de ti mismo.

Frecuenta al Maestro que está también en tu corazón, para que arrastre tu mente al Ser-Conciencia.

La experiencia del Absoluto

La ignorancia engendra la miseria. La felicidad sigue a la comprensión.

La experiencia de lo supremo es el disolvente universal.

Corroe todos los cimientos, quema todas las barreras.

Rompe la tiranía de las cosas.

La visión de lo Supremo es la garantía del equilibrio último y perfecto que, disolviéndote como sujeto, reafirma tu verdadero ser.

La realización del Ser es lo primero; precede al abandono de lo mental.

Lo mental no puede sobrepasarse a sí mismo, no puede liberarse a sí mismo; para lograrlo debe explotar, y la carga explosiva viene de lo Real.

El conocimiento de lo Real diluye toda ignorancia.

Lo mental debe estar preparado para el gran encuentro, para que no se acobarde y pierda su oportunidad.

Cuando toda búsqueda cesa, es el Estado Supremo.

El estado supremo: no ser nada, no conocer nada, no tener nada.

Esa sola es la vida digna de ser vivida; esa es la única felicidad que es bueno poseer.

Sólo sabes lo que no eres

Penetra en tu propio interior y descubre lo que no eres.

Ninguna otra cosa tiene importancia.

Te basta con saber lo que no eres.

No necesitas saber lo que eres; porque lo que eres no puede ser descrito más que como la negación de todo.

Todo lo que puedes decir es: “no soy esto, no soy aquello”.

No eres nada imaginable.

¿Quién soy yo, entonces?

El puro substrato, no cualificado, fundamento de los tres estados de conciencia: el de vela, el de ensueño y el de sueño profundo.

Lo que queda cuando se ha rechazado todo lo que no es, eso es el Ser, el estado de *Sat-Chit-Ananda*, Ser, Conciencia, Felicidad.

Una cosa es cierta, lo Real no es imaginario, no es un producto del pensamiento, no es una imagen ni un concepto.

Incluso la sensación “yo soy” no es continua, aunque sea una indicación útil. “Yo soy” muestra dónde buscar pero no qué buscar. “Soy” no es un “qué” para buscar.

Desde el momento en que estés profundamente convencido de no poder decir ninguna otra cosa de ti más que “soy”, no te aplicarás más a definirte con palabras.

Desembarázate de la tendencia a definirte.

Descubre todo lo que no eres observándote permanentemente, observa particularmente tu mente, instante a instante, sin faltar en nada.

Esa mirada-testigo es esencial para separar el ser del no ser.

Nada de lo que puedas mostrar, sea concreto o abstracto, eres tú.

No eres el cuerpo, ni los pensamientos, ni los sentimientos, ni las opiniones, ni el tiempo y el espacio, ni ser o no ser, ni esto o aquello.

No eres un fenómeno entre otros.

No eres ni objeto ni sujeto.

No te busques en la identificación o en la oposición a algo.

Eres en una dimensión diferente.

Eres tan simple y tan completamente independiente, que el espíritu no puede comprenderlo.

Cuanto más claramente comprendas, en el plano mental, que no puedes ser descrito más que en términos negativos, más rápidamente llegarás al final de tu búsqueda y realizarás tu ser ilimitado.

Abandona la idea de que eres lo que piensas ser y no habrá un foso entre ti y la Realidad. Has creado ese foso al creerte separado porque te crees algo.

No tienes que atravesar ese foso, te basta con no crearlo.

Todo eres tú, todo es tuyo.

No hay nadie más.

Cuando “yo soy una individualidad” se va, “yo soy todo” llega.

Libres de toda forma

El fin de la práctica es recordarnos, con fuerza, que no somos una cosa en particular, ni un conjunto de particularidades, ni tampoco la totalidad de las particularidades que constituyen el universo; somos puro ser.

Parte de la idea de que tu punto de vista no es correcto. No has sido, no eres, ni serás jamás un cuerpo. Eres “existir”, no una existencia, la del cuerpo.

Vives en la ilusión de haber nacido, pero el nacimiento y la muerte no son más que puras ideas;

- el nacimiento es simplemente la idea “tengo un cuerpo”;
- la muerte, la idea “he perdido mi cuerpo”.

Tu muerte está próxima.

Tu cuerpo dispone de poco tiempo, tú no.

El tiempo y el espacio no están más que en tu mente.

Comprende lo que eres; ni tiempo ni espacio.

Hay dos planos a tomar en consideración: el físico, el de los hechos, y el mental, el de las ideas, el de las representaciones. Eres más allá de los dos.

No eres ni espíritu ni materia, ni conocer ni conocedor.

Limitarse a sí mismo a un cuerpo -solamente- es un error.

En realidad toda existencia, toda forma es mía; y porque yo soy, todo es.

Pero porque estoy más allá de las palabras, no puedo decir lo que soy.

Y sin embargo, lo soy.

Líbrate de todas las opiniones que tienes sobre ti mismo, comprendida la opinión de que eres Dios.
Ninguna autodefinición es válida.

Para destruir el error, tienes que poner en cuestión todas tus creencias, hasta las más inveteradas. La peor de ellas es la creencia de que eres un cuerpo.

A la idea de cuerpo le sigue la de mundo, y a la de mundo le sigue la de Dios, que se supone que lo ha creado.

Ahí aparecen los temores, las religiones, las plegarias, los sacrificios y toda suerte de sistemas que apuntan a proteger y sostener al mismo sujeto que creó esas ideas y representaciones.

Verifica que ni has nacido ni puedes morir, y el miedo se desvanecerá.

Lo que inventa la mente, puede ser destruido.

Pero lo Real no es inventado y no puede ser destruido.

Agárrate a aquello sobre lo que la mente no tiene ningún poder.

Líbrate de ideas y de creencias.

Abandona toda estructura verbal, toda verdad relativa, todo objetivo tangible.

¡Que los que tengan necesidad de devoción comprendan bien lo que están haciendo! Están dando forma a su ser y después lo adoran.

¿Qué adoran? Su propio Ser-Conciencia. La forma divina creada no es más que un aspecto de sí mismo.

Pero comprende que lo que es una construcción de la mente, la figura divina, puede funcionar como un símbolo del Ser-Conciencia.

Estate alerta porque te conviertes en lo que elaboras en tu conciencia.

Huye de las etiquetas, tradiciones y nombres. Te liarás en sus formas y te convertirás en su prisionero.

Huye de toda pose, de toda actitud impuesta. Sería como amarrarse a un cadáver.

No te preocupes por los nombres, sé simplemente.

Cada nombre, cada forma que te atribuyes, oscurece tu naturaleza real.

Observa y sé, simplemente.

Lo Real

Lo Real no está fuera de ti. No te pierdas fuera de ti.

Para dar con lo que es Real, sumérgete en tu propio interior y lo encontrarás en ti mismo.

Para hallar lo permanente, mírate a ti mismo en tu hondura.

Lo Real no es el logro de una transición.

No es el término de un comienzo ni de un proceso. Ya está aquí en ti.

No es un estado de otra cosa.

No es un estado de alguien.

No es un estado de ser al que alguien o algo llega.

No es un estado del espíritu, ni de lo mental, ni de la conciencia, ni de la psique.

Ni es tampoco algo que tenga un principio y un fin o del que se pueda afirmar que es o que no es.

No es ninguna individuación de la que se pueda afirmar que existe o que no existe.

No tiene en sí la más mínima individualidad, por ello, ni puede empezar ni tener un fin; ni puede ser ni no ser.

Lo Real trasciende todas las relaciones, sean de tipo que sean, porque trasciende toda individuación. ¿Quién entraría en relación con qué?

Y trasciende el tiempo y espacio, porque es “el que es”, el “no-dos”.

El no-dos trasciende la individuación ¿frente a qué sería individuo?

Trascendiendo la individuación, trasciende el espacio y el tiempo, ¿quién estaría situado en el tiempo y en el espacio?

Si lo Real es no-dos, ¿dónde se apoyaría el tiempo y el espacio en el que estaría situado el no-dos?

Lo Real, pues ni tiene espacio, ni tiempo, ni individuación.

Todos los contrarios están contenidos en lo Real.

Todos los contrarios están en él, porque nada es, sino él; pero él no participa del juego de los contrarios, porque ese juego sólo se desarrolla en la mente.

La experiencia se alimenta del cambio, de lo que va y viene.

La experiencia versa sobre cosas que ocurren o no ocurren, versa sobre fenómenos.

La Realidad, el “no-dos”, no es un fenómeno, porque trasciende la individuación; por lo mismo, no puede ser experimentado. No es perceptible de la misma manera que un fenómeno.

Si esperas que la Realidad se manifieste como una experiencia, esperarás sin esperanza, porque la Realidad ni viene ni se va; por tanto, no aparece como un fenómeno que se pueda experimentar.

Si la esperas así, no vendrá jamás a ti, porque la tendrás delante y no la advertirás.

Quieres llevar la Realidad al plano de la experiencia. ¿Cómo podría la Realidad depender de la experiencia, cuando lo Real es la base y la realidad misma de la experiencia?

Si la Realidad es no-dos, ¿quién experimentará y quién será lo experimentado?

La Realidad está en el hecho mismo de la experiencia, de toda experiencia, no en un tipo peculiar de experiencia; no es una experiencia peculiar entre las experiencias porque no es ni un objeto entre los objetos ni un fenómeno entre los fenómenos.

La experiencia es un estado de lo mental, mientras que el Ser, lo Real, no es un estado de lo mental.

Se espera lo que no ha llegado y lo Real siempre está ahí.

Lo Real se advierte, no se espera.

El deseo ardiente de lo Real y su búsqueda son el modo de operar y la acción de la Realidad misma.

Mira sólo el acontecimiento en tanto que tal acontecimiento,
la experiencia como simple experiencia,
tal como viene,
y habrás cumplido todo lo que debes hacer.
Mira lo que viene, como viene.
Ahí está lo Real.

Lo Real está en los acontecimientos y experiencias, tal como
vienen, aunque lo Real no sea ningún acontecimiento ni ninguna
experiencia.

Quando no consideras que la Realidad sea acontecimiento y
experiencia, te quitas la armadura y te haces vulnerable a ella.

Si no esperas acontecimientos ni experiencias, no impones
filtros a lo Real.

Por el contrario, si te resguardas detrás de tus filtros y
expectativas, te acorazas frente a ella.

Los filtros son los filtros de nuestras necesidades; modelan la
realidad a nuestra medida y así la deforman y la recubren de
objetivaciones y representaciones que tienen que ver más con
nuestras necesidades que con la realidad.

Vuélvete a “lo que es”, como viene, sin filtros; abre tu
atención a todo, tal como es, y te desnudarás de protecciones y la
realidad te herirá.

Si aceptas la realidad como viene, no lo hagas con
resignación, sino acogéndola con todo el corazón y toda la mente,
porque haciéndolo, acoges y contemplas al Absoluto mismo.

Como el agua toma la forma del recipiente donde se
encuentra, toda cosa es determinada por sus condicionantes. Como
el agua sigue siendo agua, sea el que sea el recipiente que la
contenga; como la luz sigue siendo luz sea cual sea el color que
refleje, así lo Real continúa siendo real, sean las que sean las
condiciones en las que se presente.

Lo Real, el “no-dos”, es siempre y únicamente lo Real, se
presente como se presente, porque fuera de él, no hay nada.

Lo Real está más allá de toda descripción porque no es ninguna acotación, porque carece de límites añadidos y porque no es ningún sujeto ni ningún objeto.

Toda descripción habla de una forma del “no-dos”, pero nunca puede hablar del “no-dos” mismo, desnudo de formas.

Lo Real es vacío de toda forma.

Ese vacío no se puede objetivar porque no se le puede poner frente a uno como se pone un objeto; por consiguiente, a lo Real sólo se le puede conocer “siéndolo”.

Siendo “el que es”, se le conoce; no de otra manera.

Cualquier otra manera, le situaría en el orden de las formas y, por tanto, en el orden de la dualidad, de la objetivación y de la pluralidad, que sólo reside en la mente.

Lo Real no es concebible, porque toda concepción se sitúa en la mente, no en lo Real.

Lo que no es concebible ni acotable, no puede ni orientarse a un fin, ni subordinarse a nada, ni utilizarse para nada.

A lo Real hay que desearlo por sí mismo. Quien lo desee por otra razón que no sea él mismo, le hace un objeto entre los objetos y así lo pierde.

Lo Real no sirve para nada porque no sirve a nada. Al ser vacío de formas, no puede enlazarse con las formas. Lo que no puede enlazarse con las formas no puede entrar en las cadenas de causas y efectos.

No se busca lo real por sus consecuencias sociales, morales, de justicia, de solidaridad, de paz, de salvación o por cualquier otra finalidad.

Sólo se le puede buscar por sí mismo.

Quien le busque por cualquier otro motivo, ya lo ha perdido, porque con ello pretende situarlo en el orden de las formulaciones y de las formas y, por tanto, de lo dual y lo plural, donde el “no-dos” no reside.

Lo Real es todo. Y porque es todo, es nada.

Cuando se le busca entre las cosas, no se le encuentra; es más, por el sólo hecho de buscarle entre lo dual y lo plural, ya se le ha perdido. No es un ser entre los seres, una cosa entre las cosas, una objetivación entre otras. No es nadie ni nada que pueda ser encontrado. Si alguien le encontrara como alguien o como algo, sumaría la irrealidad de quien encuentra, a la irrealidad de lo encontrado. Nadie puede encontrar a nadie.

Lo conocido no es más que una forma, el conocimiento no es más que un nombre, el conocedor no es más que un estado mental. Lo Real está más allá.

El conocimiento y la ignorancia están en lo mental, en el ámbito de la dualidad, no en la Realidad. En lo “no-dual” no hay ni conocimiento ni no-conocimiento, ni la tríada de conocedor, conocer y conocido.

Así, todo lo que llamamos conocimiento es una forma de ignorancia. La Realidad trasciende la dualidad conocedor-conocido. No obstante, el Ser es conocimiento.

El auténtico conocimiento no es memorizable porque no tiene ninguna forma. Memorizamos únicamente la forma y el nombre que le damos, el símbolo con el que nos referimos a Él.

Lo Real no es una entidad nueva, algo nuevo, ni una facultad nueva, aunque sea todo novedad. Es, simplemente, lo que está desembarazado de todo camuflaje; ahí radica su inagotable novedad.

¿Qué camufla a lo Real? La necesidad, el deseo y el temor.

En el “no-dos”, la separación entre Ser y Conocimiento es una apariencia. Como el sueño no es distinto del soñador, el Conocimiento no es distinto del Ser. El sueño es el soñador; el Conocimiento es el conocedor; la distinción no es más que verbal.

Es la misma Conciencia (*Chit*) la que aparece en tanto que Ser (*Sat*) y en tanto que Felicidad (*Ananda*). Y es el mismo Ser el que aparece como Conciencia y Felicidad. El Ser resplandece como Conciencia y la Conciencia es el calor del Amor. Todo es uno.

No te inquietes por las formulaciones, abandónalas, porque el Ser puro no puede ser descrito. ¿Cómo describir con palabras lo que no es ni sujeto ni objeto ni individualidad ninguna?

“Lo que es” no cambia, ¿cómo cambiaría si en Él no hay rastro de dualidad?

Es inmóvil, ¿hacia qué se movería?

Es inmutable, ¿hacia qué mutaría?

Es inatacable, ¿quién le atacaría?

Es sólido como una roca, masa sólida de puro Ser-Conciencia-Beatitud.

Nada está fuera de Eso.

Nada puede hacernos salir de Eso.

“Lo que es” está vacío de calificaciones.

No hay nada frente a Él. Si no hay dos ¿qué estaría frente a Él?

“Lo que es” no puede dejar de ser; esa es su solidez como Ser, como Conciencia y como Felicidad.

El Poder, la Presencia, la Conciencia, la Beatitud no es una masa informe o un caos innumerable; es uno y múltiple, pura masa homogénea de existencia y de diversidad inagotable.

Ser-Conciencia-Beatitud y vacío de formas, son lo mismo.

Cuando el intelecto no distingue ya ninguna forma, porque las trasciende, detecta y comprende que todo está vacío.

Pero ese vacío está completamente lleno de “lo que es”, el “no-dos” sin forma. Eso es lo que tú eres.

Esa es la razón por la que “lo que es” es desconocido. No se puede utilizar ninguna objetivación, ninguna palabra, no se puede hacer ningún comentario adecuado.

¿Cómo conocer lo que no puede ser objetivado ni nombrado ni explicado? Sin embargo, ese no-conocimiento, es conocimiento.

Lo que parece vacío, está lleno, y lo que parece lleno en el mundo de la dualidad, las individuaciones y las objetivaciones, está vacío.

Hay que llegar a intuir la plenitud del vacío, que es nuestro estado verdadero.

Lo que llamamos pensamiento son como ondas en la superficie del espíritu que ocultan su fondo. Cuando lo mental está tranquilo, refleja la realidad. Cuando está perfectamente inmóvil, lo mental se disuelve y no queda más que la realidad.

El estado tranquilo del ser es la felicidad; el agitado, es la turbación. Eso es lo que se manifiesta como mundo.

En la no-dualidad hay felicidad, en la dualidad, experiencia. Lo que va y viene es la experiencia, hija de la necesidad, con su dualidad de dolor y placer.

El Ser es siempre felicidad porque el Ser-Conciencia es Beatitud.

Las palabras se mueven en el mundo de las objetivaciones, la Realidad es silenciosa.

Ser-Conciencia

En la vida cotidiana, tanto el que percibe como lo percibido son conceptos porque son objetivaciones.

El puro hecho de percibir como testigo, no sólo sensitivamente sino también mentalmente, no es conceptual, es directo. En la pura percepción no hay preceptor y percibido.

El puro hecho de percibir es Ser-Conciencia, lo demás es interpretación desde la dualidad.

Ligamos la idea de realidad a lo que es acotado, objetivado y, por tanto, a lo que es concepto, construcción. Pero los conceptos son simplificaciones, construcciones para reducir la realidad a la medida de nuestras necesidades.

Podríamos decir que los conceptos son deformaciones de la realidad.

Para acceder a la Realidad habrá que renunciar a los conceptos y permanecer silenciosos y atentos.

Lo mental, cuando conoce lo otro de sí mismo, se hace a sí mismo otro. Poniendo a lo otro frente a sí mismo (eso significa *objectum*), se pone a sí mismo frente a lo otro (*sub-iectum*). Al hacer a lo otro una cosa frente a sí mismo, se hace a sí mismo una cosa frente a lo otro.

Conociendo lo objetivo, lo mental se objetiviza. Conociendo los objetos, se hace objeto entre los objetos.

Sin embargo, lo mental no es otra cosa que la Conciencia.

Podríamos decir, pues, que cuando la Conciencia se pone al servicio del viviente, contraponiéndose al medio e interpretándolo como un conjunto de objetivaciones, se falsea a sí misma, porque al contraponerse al medio y a los objetos distintos de ella misma, se objetiviza y se hace, con ello, no-conciencia.

No obstante, la Conciencia puesta al servicio del viviente, continúa siendo la Conciencia.

Como las nubes oscurecen al sol, sin afectarle para nada, así las objetivaciones y la dualidad oscurecen a la Conciencia, sin afectarla en nada.

La mente pura, desembarazada de todo pensamiento, de toda objetivación, es el Ser-Conciencia.

El habla es el instrumento central que usa la Conciencia para ponerse al servicio del viviente humano.

Lo mental es la Conciencia al servicio del viviente, más las palabras.

Las palabras y lo mental, parcelan, acotan, objetivan lo real, y así lo empequeñecen y lo deforman para que deje de ser amenazador para un frágil viviente y se haga apto para su supervivencia.

De ahí arranca la necesidad de ir más allá de las palabras para poder llegar al puro Ser-Conciencia.

En tu indagación aférrate a la idea de que tú eres el puro Ser-Conciencia, libre de todo contenido formado por las palabras.

Lo Supremo es trascender lo mental, que es la Conciencia oscurecida por el servicio al viviente.

La naturaleza del Ser-Conciencia es presencia pura no afectada por los conocimientos objetivos al servicio del viviente. Esa presencia pura aflora en el testigo.

La presencia pura es nuestra propia y verdadera naturaleza, y esa es la esencia de la Realidad.

Sin embargo, al ser la Realidad el vacío de toda individuación ¿puede hablarse con propiedad de “presencia”? ¿No sería más bien una presencia-no presencia?

Lo Real, pues, está más allá de las categorías de “presencia / no presencia”.

Todo lo que hace la mente al servicio del viviente, lo hace por amor a su ser propio como Ser-Conciencia, porque no hay dos.

Por la misma razón cuando el viviente cree amarse a sí mismo, está amando al Ser-Conciencia.

Y cuando cree amar al objeto de su deseo, está amando al Ser-Conciencia.

Y eso es así porque fuera del Ser-Conciencia no hay nada.

Así se muestra la naturaleza de Ser-Conciencia, que es el amor en la unidad.

El Ser-Conciencia es la unidad del amado y el amante.

El Ser-Conciencia, realidad única de todo viviente, es el que hace al viviente tan interesante y tan amado en su cuerpo y en su mente, porque en todo viviente trasluce sólo el Ser-Conciencia.

La atención que se presta al cuerpo y a la mente del viviente, tiene su raíz en la unidad del Ser-Conciencia.

Desde la perspectiva del viviente, lo mental actúa egocéntricamente; desde la perspectiva de la Conciencia, actúa por amor, porque ame lo que ame, está amando al Único.

El amor es la unidad, ¿cómo podría haber dos? El amor rechaza la separación.

El amor, por tanto, tiende a ir más allá de la actividad mental, porque lo mental es dualidad y separación.

Si no se va más allá de lo mental, no hay verdadero amor.

Aquí y ahora, la pura luz de *Chit*, la Conciencia, resplandece en todo tu cuerpo y en toda tu alma.

Permanece en ella sin desfallecer.

Sin el Ser y sin la luz de la Conciencia, ni el cuerpo ni la mente durarían un segundo porque no son más que Ser-Conciencia.

Descubre ese Ser y esa Luz y permanece en ella.

Las palabras son tanto una barrera como un puente. Son una barrera porque al nombrar individualizan, dan forma, objetivan y así ocultan, encubren. Son un puente porque las palabras son capaces de apuntar más allá de sí mismas. Sobrepassa la barrera, que las palabras te sirvan de puente y te guíen al Encuentro del Ser-Luz que teje la tela de tu cuerpo y de tu mente, y sé con él.

El Ser-Luz es la sola realidad que tiene tu cuerpo y tu mente.

Advierte lo que eres y permanece en la Conciencia, libre de objetivaciones y, por tanto, libre de todo nacimiento y muerte, de todo ir y venir, de toda marcha o retorno.

Ese debe ser el lugar de tu residencia.

En cuanto se manifiesta lo mental, el universo y el cuerpo hacen su aparición. Pero tanto lo mental como el universo y el cuerpo forman parte del Ser-Conciencia y no tienen existencia independiente.

No hay más que la Fuente, oscura en ella misma, pero que lo vuelve todo brillante.

La Fuente no percibida, es causa de la percepción.

La Fuente no pensable, es causa de los pensamientos.

No siendo nada en particular, da nacimiento al ser.

Esa Fuente es el trasfondo inmutable de todo movimiento.

Cuando descubras que eres Eso, en todas partes estarás en tu casa.

Lo mental es la fuente de la significación y el sentido para el viviente porque orienta su vivir; hay que ir más allá de ese sentido, hay que ir al fondo de sí mismo, hasta descubrir la verdadera Fuente de la que mana toda significación y todo sentido.

El Ser-Conciencia se refracta, como en un prisma, en lo mental, el cuerpo, el mundo, etc.

Todo lo que tú dices que es, es sólo el Ser-Conciencia; y fuera del Ser-Conciencia, no hay nada.

El Ser-Conciencia incluye en su órbita todo lo que tú ves como existente.

Nada es fuera de él.

Cuando lo sepas con toda certeza, no experimentarás más deseos.

Desprovisto de deseos, serás por fin feliz.

El Ser-Conciencia, que no es persona, ni es objetivable, se manifiesta en el “yo soy” de la conciencia y en los objetos del universo.

El Ser-Conciencia está en toda cosa, tanto en los objetos dotados de sensibilidad como en los que no lo están.

Y fuera de él, no existe nada.

Sólo el Ser-Conciencia constituye la realidad.

El mundo y los sujetos no son la realidad. El mundo de la dualidad, el de los objetos y los sujetos, no es la Realidad.

Un ser realizado no considera que el mundo sea diferente de sí mismo porque sabe que no hay dos.

El que no es sabio considera que el mundo es real, mientras que el sabio no ve más que la manifestación del Ser-Conciencia.

Toda persona, en el fondo, no es consciente más que del Ser-Conciencia, no hay otra cosa de la que se pueda ser consciente; pero todo el mundo toma lo que no es por lo que es, y así cree que los sujetos y los objetos están separados del Ser-Conciencia.

En realidad, nadie ve nada separado del Ser-Conciencia.

El estado supremo es reconocer que el Ser-Conciencia es la única realidad.

Esa es también la paz suprema.

Los tres estados de conciencia, el de vigilia, el de sueño con ensueños y el de sueño profundo, se alternan en la superficie del Ser-Conciencia inmutable. El Ser-Conciencia es la Realidad de esos tres estados de conciencia.

El Ser-Conciencia no es ni interior ni exterior, porque en él no hay dualidad de ningún tipo.

Los sujetos y los objetos, los fenómenos, son ilusorios si son considerados como separados del Ser-Conciencia, y son reales en tanto que Ser-Conciencia.

Lo Real, el Ser-Conciencia, es simple, abierto, claro, amable, bello y gozoso.

Está libre de contradicciones, es siempre nuevo, fresco, perpetuamente creador.

Ser y no ser, vida y muerte, todas las distinciones se fundamentan en Él.

El Ser-Conciencia está más allá de la concepción dualista de conocer y conocido.

Está siempre ahí. Eres tú mismo.

Por ello, no existe nada más que tú. Nada puede estar separado de ti.

Está en tu intimidad y no tienes existencia fuera de él.

El Ser Conciencia es percibido directamente a cada instante.

No hay otra cosa que pueda ser percibida.

Todo lo que, en cualquier momento, se percibe, es sólo Él.

Descubre ese Ser-Conciencia, porque no hay dos, y tú eres eso.

No hay más que un Ser-Conciencia, único e infinito.

No existen dos Conciencias, una diciendo que no ha realizado a la otra.

Términos como Conciencia, gracia, luz, espíritu, apuntan a lo mismo.

El Maestro no es otra cosa que la Conciencia.

No eres lo que crees ser.

No eres nada venido a este mundo.

La imagen que tienes de ti mismo, como individualidad y como persona, está constituida sólo por recuerdos y proyectos. Todo son representaciones, algo puramente mental.

Pero tú eres todo.

Toma conciencia de ti mismo y lo comprenderás todo. Entonces, en ti, no habrá más que certezas.

Por el contrario, si pierdes de vista tu Ser-Conciencia, serás un mar de dudas. Vivirás con la precariedad de un viviente en un medio amenazador.

Comprende que eres la esencia y la sustancia de todo lo que existe, y permanece firmemente establecido en esa comprensión.

Ve más allá de la idea “yo soy el cuerpo” y descubrirás que el espacio y el tiempo están en ti y no tú en el espacio y en el tiempo.

Una vez hayas comprendido esto, el principal obstáculo a la realización se habrá levantado. “Yo soy el cuerpo” es el soporte de la mente, de la individualidad y del ego. Quien comprende que no es el cuerpo, le quita el soporte a la mente, a la individualización y al ego. Sin soporte, esas construcciones se desploman.

Tu naturaleza verdadera es el Espíritu Infinito, es decir, una sutilidad sin acotación ninguna.

Eres la vacuidad en la que todo está incluido.

Eres la vacuidad en la que nada el universo, como una nube en el cielo.

No eres más que la evidencia de existencia; la certeza de ser; nada más.

Eres pura sutilidad; pero adoptas a tu cuerpo como tu propia identidad.

Piensa sólo en la certeza de ser. No pienses ni en el pasado ni en el porvenir, ni en los recuerdos ni en los proyectos, sé simplemente.

Eres el fondo inmutable sobre el que se perciben los cambios. Los cambios no te afectan.

Concéntrate sólo en la conciencia de ser. Sé, es todo. Sé únicamente.

Lo único que puedes llegar a saber con tu pensar es lo que no eres.

Te aproximas a tu realidad por la comprensión de lo falso como falso.

Para comprenderte tendrás que observarte desde la unidad en la que no hay ni interior ni exterior.

Tu ser está situado en la no-dualidad, fuera de toda posible conceptualización y de toda distinción entre sujeto conocedor y objeto conocido.

Lo que eres no puedes más que serlo.

Toda separación, todo alejamiento, toda dualidad es falsa.

Todo es uno. La unidad en el Ser-Conciencia es la solución última a todo conflicto.

La realización

La tarea es reflexionar e indagar hasta verificar la afirmación de los maestros: “tú eres la Realidad”, “sólo tú eres”.

La realización consiste en descubrir la Fuente y permanecer en ella.

Es comprender, con total claridad, la no dualidad, el Ser-Conciencia.

El Ser-Conciencia es ilimitado y lo abarca todo.

Cuando lo hayas comprendido y vivas en él, despertarás al estado más alto.

Cuando alcances ese estado desaparecerás, perderás la conciencia de tu individualidad y de tu existencia misma.

El Absoluto no es consciente de su existencia como un sujeto es consciente de sus objetos. El Absoluto está vacío de sujetos y objetos, es unidad sin fisura. Así, en esa unidad sin fisura, el Absoluto no es consciente de su existir como nosotros lo somos en la dualidad de nuestro vivir.

Podría decirse, con impropiedad, que el Absoluto es pura subjetividad sin objetividad ninguna. Pero ¿qué sentido puede tener hablar de subjetividad pura refiriéndose al que es completo vacío de toda subjetividad y toda objetividad?

Es mejor hablar de “luz pura” vacía de toda objetividad y toda subjetividad, porque es unidad pura sin forma. Pero “luz” es sólo una imagen para referirse a un conocimiento que ni arranca de un sujeto ni termina en un objeto.

Rechaza con resolución todo lo que no eres hasta que lo verdadero emerge en su gloriosa nada, en su naturaleza de no ser una cosa.

Ten el coraje de existir como nada y ver el mundo tal como es: nada.

No se precisan convicciones o creencias, ni recuerdos, ni proyectos.

No se precisa nada que tenga que formularse o que pueda ser formulado.

No interesan las descripciones, porque no son de utilidad.

Si te identificas con tu cuerpo, verás un mundo a tu alrededor.

Si te identificas con tu sutilidad, con tu espíritu, todo será espíritu.

No olvides que el despertar no puede llegar a un “tú”, ni a un “yo” individual. El despertar llega sólo cuando “tú” y “yo” desaparecen.

Pero no busques fuera de ti mismo.

Lo que has de encontrar está en la profundidad tranquila de tu propia conciencia.

Esa profundidad tranquila ya no es tu conciencia, es “la Conciencia”.

Cuando hayas verificado que eres la luz del mundo, verificarás también que eres el amor. La luz y el amor no son dos.

Verificarás que amar es saber y que saber es amar. El amor sin egocentración es noticia clara de lo amado. El conocimiento completamente desinteresado es puro interés y amor por lo conocido.

Para esta tarea, la pura teoría es estéril, los conceptos no sirven porque nos mantienen en la dualidad y la distancia. Hay que sobrepasar el conocimiento conceptual hasta poder verificar en uno mismo ese núcleo impersonal e indefinible que es el ser, amor y felicidad.

Miras y no ves más que tinieblas. Sin embargo ves.

La luz está ahí, en ti, y te espera. Los ojos están ahí, en ti, y están preparados.

Las tinieblas que ves no son más que la sombra de un gramo de polvo, tu propio ego.

Desembarázate de él y tus ojos serán inundados de luz; y volverás a tu estado natural.

Quien comprenda estas cosas con claridad, no podrá tener devoción a ninguna figura divina, como la tendría en una concepción dual de la realidad.

Podrá tener devoción cuando se sienta atrapado en su propio ego. Para quienes se identifican con su cuerpo y su ego, el Absoluto no puede ser más que exterior. A ese Dios, exterior a mí, puedo entregarme y pedirle ayuda.

Cuando la pinza del ego afloja, la devoción se disuelve en la unidad.

La realización es hacer pié en la “sensación de existir”, en el “puro ser” sin cualificación alguna; puro ser que es anterior a las palabras y a las imágenes. Es un estado en el que te bañas en la evidencia de ser, sin necesidad de comentario alguno.

Los maestros hindúes comparan la realización con el estar despierto en estado de sueño profundo, donde no hay ninguna memoria, ni concepto, ni dualidad. Una lucidez que tiene los rasgos del sueño profundo, existir sin sujetos ni objetos, pero sin su opacidad, en completa claridad.

El realizado sabe lo que los otros sólo han oído y, a lo más, entendido pero sin serlo.

Un convencimiento puramente intelectual no llega al sentir y mostrará, en la acción, sus apegos todavía vivos.

La persona realizada, en cambio, es siempre justa en su acción.

Las transformaciones que sorprenden, son las transformaciones reales. Lo previsto o esperado, no es real, porque el Absoluto es siempre inconcebible e imprevisible.

La realización siempre sorprende, necesariamente, porque siempre está más allá de nuestra capacidad de conocer, concebir, conceptualizar, imaginar.

La realización es un conocimiento que está más allá de lo que nosotros entendemos por conocimiento.

Cuando comprendas, sabrás que eres independiente y te liberarás de los miedos y de las sombras. Quien no depende de nada ¿qué temerá?

El proceso de realización no es un devenir, porque en él no se adquiere ni pierde nada.

Tu naturaleza propia, en la que nada existe, no puede ser la base ni la causa del devenir porque está más allá de las causas y de los efectos, y sin causas y efectos no hay devenir.

Tu verdadera sede es la nada, el vacío de toda cualidad y de todo contenido.

El alma de tu esclavitud es imaginar que eres un proceso: que tienes un pasado y un futuro, que tienes una historia. De hecho no tienes una historia, ni eres un proceso, ni te desarrollas, ni pereces, porque no eres un sujeto, no eres nadie ni eres nada.

Mira todo eso como un sueño y permanece fuera de él.

Eres el no-dos sin historia, sin proceso. Si permaneces ahí, estarás libre de la ilusión de creer que eres alguien venido a este mundo.

La misma idea “me he realizado”, es un error.

La realización es lo contrario de la ignorancia.

Considerar al mundo como real y, en cambio, considerar la profundidad del propio ser - vacío de toda cualificación y vacío de sujetos y objetos -, como irreal, es ignorancia y causa de sufrimiento.

Por el contrario, conocer el Ser como la única realidad y todo el resto como temporal, transitorio e irreal, es libertad, paz y gozo.

La realización consiste solamente en eliminar la ignorancia. Nada más. No se adquiere nada con ella que no se tuviera por naturaleza.

En lugar de ver las cosas como las imaginan tus deseos y temores, tus recuerdos y expectativas, aprende a verlas tal como ellas son. Esa transformación del conocimiento es la realización. Y la transformación es sólo un despertar.

Cuando puedas ver las cosas tal como son, te verás igualmente tal como eres. El mismo espejo que te muestra el mundo tal cual es te mostrará también tu propio rostro.

No se puede expresar el estado de realización más que negativamente. El habla humana se expresa en categorías de sujetos y objetos; por tanto, hablando del Absoluto no le queda otra posibilidad que negar todo objeto y todo sujeto.

Es sólo por comparación con el pasado que sabes que has escapado.

No hay nada adquirido ni nada añadido.

No intentes comunicarla a otros, ni formalizarla. Si lo consiguieras, demostrarías que tu estado no es verdadero. Sé silencioso y mira como ese estado se expresa en la acción.

La realización es sin tiempo, porque existe desde siempre.

La realización, que es un estado no turbado por lo mental, que es un estado silencioso, está libre del pasado y de la memoria, y libre del futuro y de los proyectos.

El ignorante deforma la realidad con la mente, con sus deseos y miedos, con sus recuerdos y sus esperanzas.

Para el sabio, la realidad es lo que es, simplemente.

La liberación es liberación de lo mental. Después de la liberación, lo mental deja de ser criterio de realidad, para verse reducido a sus tareas propias: cuidar de la vida del individuo.

La liberación no es el resultado de unos métodos, unos medios hábilmente empleados, ni tampoco es el resultado de las circunstancias. Está más allá de los procesos de causalidad. Por tanto, nada puede forzarla a producirse, ni nada la puede prevenir.

El ego, la persona, está inerme frente a la tarea de la liberación.

Hasta la realización, la relación causa-efecto, acción-reacción prevalece. Después de la realización, no hay dos, por tanto, tampoco causalidad ni mundo.

La realización no es un estado nuevo que haya que obtener. La realización está siempre ahí, pero recubierta por la pantalla compacta de los pensamientos. Todos los esfuerzos deben apuntar a desgarrar esa pantalla a fin de que la realización se revele.

No tienes más que un conocimiento relativo de las cosas, debido a tu identificación con el ego como estructura de deseos. Todo queda filtrado y deformado desde tus deseos y tus temores correspondientes. Ese conocimiento relativo parte de un sujeto de necesidades frente a unos objetos con los que satisfacer, directa o indirectamente, esas necesidades.

Más allá de la necesidad, no hay dualidad, sino una toma de conciencia del Ser que es absoluta, porque no es relativa a nada y está vacía de todo objeto y todo sujeto.

Por consiguiente, en la realización existe el conocimiento, pero es un “conocimiento no conocimiento” porque difiere del conocimiento ordinario, el que se apoya y estructura desde los objetos y los sujetos.

Hemos aprendido, gracias a los Maestros, que no somos ni objetos ni sujetos. La tarea es aprenderlo con todo el ser, una vez por todas, para no tener que estar recordándolo sin cesar.

No soy nada que pueda ser designado.

No soy ni un “esto” ni un “aquello”.

Y eso es una certeza total.

El conocimiento del Absoluto no es como el conocimiento de un objeto que se pueda registrar en la memoria, está más bien en el presente y en la sensación.

Ese conocimiento está más cerca de un “cómo” que de un “qué” porque no es el conocimiento de un objeto; es un conocimiento que está en la calidad, en el valor; y es así porque lo que se conoce en él es la Fuente de todo, el que está en todas las cosas.

El que conoce está vacío porque sabe que no es un sujeto y que su conocer no es de objetos, pues ni lo uno ni los otros son reales; por ello, es libre.

Está libre de todo sujeto de necesidad y libre de todo contenido.

Porque está vacío no es ni perceptible ni concebible.

No hay nada que pueda mostrar diciendo: “yo soy eso”.

El ignorante, por el contrario, tiene mucha facilidad para identificarse a no importa qué. Para el que sabe, eso es imposible.

El conocimiento y la sensación de que “yo no soy ni esto, ni aquello” es tan honda y tan fuerte que excluye con claridad e inmediatamente cualquier identificación.

El puro Ser no es una existencia que se pueda definir y describir.

Es como la nada, pero no es nada, porque la nada no es más que una idea que reposa sobre el recuerdo y sobre la negación de alguna cosa.

La realización es comprender que las cosas son construcciones de la necesidad, por tanto, de los deseos y temores.

El deseo orienta nuestra atención a los objetos con los que piensa satisfacerse. Con la atención ocupada, no advierte lo Real por falta de atención y, mientras, crea mundos no-reales por exceso de imaginación: una imaginación que no es más que un conjunto de expectativas.

Construimos mundos, sin advertir “lo que es”.

Hay que esforzarse en sobrepasar el nivel de los conocimientos relativos, el de las formulaciones lingüísticas que se expresan en términos de sujetos y objetos, para intentar residir en el conocimiento del Ser-Conciencia.

El conocimiento del Ser-Conciencia es inmediato, sin el filtro de las palabras y sin el filtro de una comprensión conceptual.

Si la realización fuera conseguir algo exterior, se podría construir un camino que indicara el punto de partida, el itinerario y el punto de llegada; que atendiera a las capacidades que se tienen y al grado de madurez que se ha logrado; pero todo eso supondría que hay dos.

La realización, pues, no es conseguir algo exterior, ni recorrer ningún camino sino advertir con toda claridad el Ser-Conciencia que somos.

No se puede hablar de que alguien experimente el Ser-Conciencia, porque no hay dualidad alguna en ese conocimiento. En la realización nadie experimenta nada.

Experimentar el Ser-Conciencia sólo puede significar “realizarlo”, es decir, despertar a esa única realidad que yo mismo soy, cuando perforo la ilusión dual de la mente.

El despertar está más allá de toda experiencia.

El despierto no es ni consciente ni inconsciente porque está, también, más allá de la conciencia, cuando por conciencia se supone alguien que tiene conciencia de algo.

La realización es verificar que no eres una persona.

La realización es liberarse de la persona que se cree ser.

La persona es la idea que tienes de ti mismo, que viene determinada por los temores y deseos que constituyen el núcleo de tu identidad como sujeto.

Ese núcleo primario se enraíza principalmente en la memoria inconsciente y desde ahí se convierte en criterio de actuación.

Muchas personas se hacen una opinión definida de lo que es el estado liberado, sin haber hecho ellos mismos la experiencia. Hablan, pues, desde lo mental, no desde el conocimiento que trasciende lo mental.

Esas personas sostienen que el sabio debe salir de su retiro interior para pelear por el bien de los necesitados.

Creen que no es legítimo dedicarse a conseguir el conocimiento, a menos que ese intento pase por la lucha por la justicia y la ayuda a los más desgraciados y marginados.

Dicen que a nadie le es legítimo dedicarse a la vida interior mientras haya injusticia y hambre en el mundo.

Piensan que es más noble olvidarse del conocimiento silencioso para luchar por el bien de los marginados que dedicarse a ese proceso interior, que es concentrarse en el trabajo por el conocimiento.

A esta concepción Ramana Maharshi responde que no tiene ningún sentido imaginar a una persona soñando que no quisiera despertar hasta que todos los personajes de su sueño hubieran solventado todos sus problemas o, incluso, hubieran despertado antes que ella. Y añade que ese soñador no sería menos absurdo que la persona de gran corazón que quisiera liberar a todo el mundo antes de liberarse ella misma. En estos últimos casos, lo importante sería el gran corazón y la generosidad más que el propósito.

Para ayudar a un mundo de ignorantes, primero hay que haber dejado de ser un ignorante. Quien es todavía una persona depredadora ¿cómo quiere intentar conseguir corregir un mundo montado en la depredación?

El ser humano realizado es el sabio.

No se considera a sí mismo ni como un ser extraordinario ni como un ser ordinario. Simplemente se sabe alguien intensamente presente y amante.

Se mira a sí mismo prescindiendo de definiciones e identificaciones. Lo que conoce en sí mismo es la inmediatez de la presencia del Ser-Conciencia.

No se reconoce como algo separado del mundo. Es el mundo.

Es el mundo porque no está en el mundo, sabe que no es un sujeto venido a este mundo.

El sabio está completamente libre de sí mismo como quien distribuye todos sus bienes.

No es rico, porque no tiene nada; pero tampoco es pobre porque da abundantemente.

Porque no tiene nada, lo tiene todo. Y lo que da, siendo nada, lo es todo.

No posee nada, ni siquiera ego. No posee persona, porque ha abandonado los recuerdos y los proyectos.

Es pura lucidez instantánea.

El sabio ha perdido la capacidad de identificarse sea con lo que sea.

No posee lugar alguno donde reposar porque reside en el vacío y su única identidad es el vacío de toda forma.

Porque no se aferra a nada ni se apoya en nada, su lugar está más allá del espacio y el tiempo.

Su comprensión y su sentir trascienden las palabras y los pensamientos.

No es un individuo, es universal. Es, sin ser nada particular: ni un sujeto, ni un objeto.

Es todo porque es nada. Ha eliminado en sí mismo los límites añadidos.

Ha silenciado toda interpretación de sí mismo y así ve su propio ser como el puro Ser-Conciencia.

Al sabio no se le puede conocer, porque en él no hay ninguna individualidad, ninguna historia, ningún proyecto, ningún deseo, ningún temor.

No se puede decir nada de esa persona porque es todo y, sin embargo, nada en particular.

Lo que está más allá del tiempo y del espacio, desafía toda comprensión porque no se puede individualizar.

No conoce ni el nacimiento ni la muerte. Para esa persona, la existencia y la no-existencia valen lo mismo, porque en ella no hay dualidad alguna, ni ninguna entidad que no sea el Ser-Conciencia.

El sabio no está ligado a nada. Quien conoce que todo es nada, ¿a qué se ligaría?

No se puede decir que sea consciente, porque en él no hay dualidad y, sin embargo, no es inconsciente. Es conciencia de ser, pero sin rastro de sujeto conocedor, ni rastro de objeto conocido.

No tiene ni nombre ni forma con la que se pueda decir que existe, aunque sólo él es el que existe verdaderamente.

Ni una forma ni un nombre le delimitan como entidad particular existente. Por eso mismo existe verdaderamente.

Antes que el mundo fuera, ya existía; y cuando el mundo no exista más, permanecerá.

Ni la forma ni el nombre acotan y delimitan su ser; por ello estaba antes del tiempo y estará después de él; el tiempo no le puede poner fronteras.

Porque ha despertado a su ser intemporal, sus actos lo testifican. Cuando actúa, sus acciones no son los actos de un sujeto en un mundo.

El sabio es el que está completamente despierto, mientras los demás duermen el sueño de la ignorancia.

Nuestras necesidades, deseos y temores, que son los que construyen nuestra visión de la realidad, nos envuelven como en una burbuja, que nos separa del auténtico conocimiento de lo que hay. Esa burbuja tiene la realidad de un sueño.

El sabio es Ser y Conciencia.

En relación al universo, es el Ser puro porque es la realidad misma del mundo.

En cuanto a la Conciencia, es un modo de conciencia sin dualidad.

El sabio es, pues, el Ser de todo, es luz de Conciencia sin rastro de dualidad.

El sabio está lleno de compasión por el que sufre. Su amor es unión en la acción.

La compasión y el amor son el alma misma del sabio porque su ser es la unidad.

Es libre para amar porque no está apegado a nada. Sólo el que es libre puede amar verdaderamente; y sólo es libre quien ni busca nada ni necesita nada.

El amor es su única ley. Quien nada necesita nada le somete. Su actuación se rige sólo por la libertad del amor.

No mendiga amor, lo da. El amor verdadero no necesita nada, sólo da amor que es dar unidad.

No tiene miedo a nada, porque sólo la necesidad y el deseo temen, pero tiene piedad de quien tiene miedo porque le ve sometido a la ignorancia.

Hace el bien mejor que los mejores filántropos porque es más libre que ellos. Irradia, además, luz y paz porque revela lo que es nuestra naturaleza más allá de toda delimitación.

Es incapaz de desear alguna cosa para sí mismo; ni siquiera el gozo de ayudar a otros. Se sabe “nadie” fuera del puro Ser-Conciencia ¿qué podría desear “nadie” para sí?

No tiene sed de renombre ni orgullo porque sabe que no existe ni como individuo ni como actor.

Pertenece a todo el mundo porque es todo el mundo. Se da infatigablemente y sin reservas a todos los que vienen a él porque nadie es “otro” para él.

El que no es un dispensador, no es un sabio porque el sabio todo lo reparte. Quien no reparte todo lo que tiene, se reserva algo para sí; si se reserva algo para sí es porque se cree alguien.

Se pueden dar alimentos, vestido, abrigo, saber, afecto; pero el don del sabio, el anuncio del despertar, es el don más alto. No hay don que pueda compararse al don de la sabiduría. Cualquier don que no sea la sabiduría satisface una necesidad. La sabiduría libera de toda necesidad.

No hay nada importante para el sabio, salvo el despertar de los demás. Esa es su alegría, el resto no tiene importancia.

El sabio sabe lo que es “el gran don”, la luz y la libertad completas; por eso sabe lo que es la miseria de la ignorancia.

El amor, que es unidad, le lleva a ayudar al despertar de los demás.

Sin embargo, el universo entero es su cuerpo y toda vida es su vida. Nada le es ajeno, nada es “otro” para él.

Vaya por donde vaya el sabio encuentra siempre al Ser, la Conciencia y el Amor, ¿por qué o por quién tendrá preferencia? Todo es igual para él, porque todo es uno.

Para él no existe ni la ignorancia ni los ignorantes, porque sólo ve al Uno.

El ignorante cree ser lo que los sentidos y lo mental le sugieren. No tiene ningún conocimiento silencioso de sí mismo que esté completamente vacío de sujetos y objetos.

El conocimiento silencioso es el conocimiento sin conceptos, sin representaciones, sin mediaciones lingüísticas, sin sujeto conocedor ni objeto conocido, inmediato y directo.

El ignorante no conoce lo que él es, sino sólo lo que él se representa que es; no tiene más que conocimientos de representaciones y conceptos; conocimientos que son mediados. Entre él y lo Real está el filtro de las formaciones lingüísticas, que arrastran consigo los deseos y temores, los recuerdos y proyectos de los individuos y los pueblos.

Todo lo que piensa que es, lo tiene por verdadero. Da como existente “ahí” lo que el pensamiento y el sentir construyen desde la necesidad, con sus deseos y temores.

Se imagina perceptible y sensible porque da por supuesto que es una entidad acotable y acotada, su cuerpo.

El sabio ve como ve el ignorante, entiende como entiende el ignorante, gusta lo que él gusta, come como él come. Tiene, como él, hambre y sed. Pero no da por real lo que el ignorante da por real.

Todo lo que el ignorante percibe, lo percibe con claridad el sabio, pero no participa en ello; se siente como lejano, desapegado, porque no busca nada, porque sabe que está completo y que no necesita nada; así no depende de nada, no está apegado a nada.

El sabio es como una pantalla, clara y vacía en la que las imágenes pasan y desaparecen, dejándola tan clara y vacía como antes. Las imágenes no afectan para nada a la pantalla.

El sabio es como el loto nacido en la charca; nada ensucia la belleza pura de sus pétalos.

El sabio está más allá de toda experiencia, porque no es nadie y sabe que no hay nada que experimentar. Por ello, su memoria está vacía de pasado y su presente está vacío de proyectos.

El sabio sabe que no ha nacido jamás y que, por consiguiente, no morirá jamás. Siendo nadie ¿quién podría nacer y morir?

La creación entera es su cuerpo porque sabe que no hay dos.

Porque sabe eso, no reniega de nada, está interesado por todo, ama a todos los seres vivos y les ayuda tiernamente e inteligentemente.

Esta es la razón por la que no tiene conflicto de intereses con nadie. El sabio vive en la unidad. ¿Quién tendría conflictos con quién?

Todos sus actos son benéficos, todo lo que hace es una bendición, porque vive en completa unidad. Nadie ni nada es “otro” para él o para ella.

A medida que envejece aumenta en felicidad y paz, porque vuelve a casa.

Es como un viajero, que viéndose ya en destino, recoge su equipaje y deja el tren sin pena.

Con todo, sabe que no vuelve a casa porque jamás salió de ella.

Contempla de cara la disolución definitiva del sueño de su vida en el puro despertar.

Contempla todo lo que le ocurre en la vejez con tranquilidad, sin deseo y sin rechazo, mientras echa sobre todas esas sensaciones una sonrisa desapegada y afectuosa.

Tiene esa paz y no rechazo, porque sabe que no le queda nada por hacer, porque no le falta nada ni puede perder nada.

Sabe que la dicha es su naturaleza propia y que no tiene necesidad de hacer nada para mantenerla ni tiene que luchar para asegurarla.

La felicidad y la paz le son más reales y más próximas que su cuerpo o su mente.

El placer y el sufrimiento tienen causas, pero el estado de paz y dicha propio del sabio es enteramente sin causa, independiente.

Sabe, con toda claridad, que la dicha que depende de alguna cosa es una miseria. Su dicha no depende de nada.

Cuando se cambia el foco de atención, dejando de mirar como sujeto necesitado para percibir como testigo, uno se convierte en lo que mira, se convierte en testigo interior. Sale de la dualidad y lo que mira, que es “no otro” para sí, lo mira desde dentro.

Esa capacidad de penetrar en lo que se podría llamar otros centros del ser, nace del interés y del amor.

El amor dice: “yo soy todo”, la sabiduría dice: “yo soy nada”. Si el amor puede decir que “yo soy todo” es porque la sabiduría sabe que “yo soy nada”. La vida se mueve libremente entre estos dos extremos.

Sin esta afirmación del amor y la de la sabiduría, la vida se mueve sujeta por individualidades y necesidades.

Puedo ser, en todos los puntos del espacio y el tiempo, tanto el sujeto como el objeto de experiencia, porque soy el testigo.

Siendo el testigo puedo afirmar que soy, a la vez, tanto el sujeto como el objeto, ni uno ni otro y más allá de los dos.

El despertar es un estado de no dualidad en el cual ya no hay más conocimientos particulares sino únicamente el conocimiento del Ser puro y luminoso, sin individualidad ninguna, al que se le puede llamar también “no-ser”, si por “ser” entiendes ser alguna cosa en particular.

No siendo nada, lo soy todo. Todo es mío porque yo soy todo.

Siendo el mundo no tengo miedo al mundo. Siéndolo todo, ¿de qué tendré miedo? El agua no tiene miedo del agua, el fuego no tiene miedo del fuego.

No tengo miedo porque no soy nada que pueda sentir miedo o que pueda estar en peligro.

No tengo ni nombre ni forma. La forma y la palabra son las bases de la individualidad.

Es el apego a un nombre y a una forma lo que alimenta el miedo.

No estoy apegado a nada porque no tengo ni nombre, ni forma, ni individualidad.

No soy ni sujeto ni objeto; estoy vacío de toda calificación.

El vacío es nada y la nada no puede tener miedo.

Al contrario, en el ego, todo tiene miedo de la nada, porque lo que entra en contacto con la nada se vuelve nada. La nada es como un pozo sin fondo; todo lo que cae dentro, desaparece.

Sin embargo, hay dos “nada”:

- la nada que es negación de algo, que es el no ser de algo, esa es la nada que aterra al ego;
- y la nada que es la trascendencia de todo, que es la Fuente de todo. Esa nada libra del ego, da la paz.

Soy un ojo intemporal, no tengo forma. No hay ninguna forma con la que pueda identificarme. Por eso soy nada.

Hay niveles de conciencia, pero no los hay en el despertar.
El despertar es monolítico, homogéneo.
Su reflejo en lo mental es el amor y la comprensión.
Hay niveles de lucidez en la comprensión y en la intensidad del amor.

No los hay en su Fuente.
La Fuente es única, aunque sus dones sean infinitos.
No tomes los dones por la Fuente.
Verifica que eres la Fuente y no sus dones.

El despertar es el amor en acción. No hay despertar sin amor, y no hay amor sin acción.

El realizado no puede actuar de otra forma que siendo benéfico al mundo, porque el mundo no es para él “otro”.

Quien piense que la realización ensimisma, no ha comprendido nada. ¿Cómo va a ensimismar si la realización es el despertar a la nada del ego y de la individuación?

Donde la distinción y separación están ausentes, ahí está el amor.

El amor no se frustra jamás, sea el que sea el resultado de su acción. ¿Cómo podría frustrarse la pura sensación de unidad?

Ese amor es inmune a los resultados.

El despertar al “no dos”, a la completa unidad, no se limita a la conciencia; con el que despierta, despierta todo lo que es.

El despertar no es alguien que despierta en un mundo dormido.

Todo despierta con quien despierta.

No hay dualidad ninguna en el despierto. El despertar es un bloque puro de conocimiento y de ser.

La realización no es el resultado de un proceso, es una explosión.

A esa realidad que explota en ti, puedes llamarla Dios.
Pero ese Dios no es “otro” para ti.

Esa realidad está totalmente más allá de lo mental y de lo que la mente puede hacer.

Todo lo que tú puedes hacer es conocer a tu mental, no porque tu mental pueda serte de ayuda, sino porque conociéndolo podrás evitar que te trabe los pies.

La realización no es algo gradual porque no es un proceso que alguien haga. Llega repentinamente como el despertar de un sueño y es irreversible.

Quien conoce con claridad la irrealidad de algo, no vuelve a darlo por real.

La realización llega a una nueva dimensión desde donde las anteriores dimensiones se ven como puras construcciones, representaciones carentes de entidad y de sentido, si no es para las necesidades de un viviente.

Como con la salida del sol ves las cosas tal como son, en la realización ves cada cosa tal como es y dejas detrás de ti el mundo de las figuraciones, que construye la necesidad con sus secuelas de deseos y temores.

El fruto del conocimiento madura suavemente, pero cae del árbol repentinamente y sin vuelta atrás.

Según eso, la realización ¿es instantánea o es progresiva?

Ni una cosa ni otra.

No es instantánea porque la mente y el sentir deben trabajar largo y duro.

No es progresiva porque nadie adquiere nada en ella, ni los esfuerzos de la mente y el sentir sirven para nada.

Se es lo que se es, fuera de procesos de causas y efectos, fuera del tiempo y fuera del espacio; sólo lo mental que creías ser, estalla en la nada, cuando se libera de deseos y de miedos.

En el despertar se descubre el ser real, tan repentinamente como se descubre el mundo el día del nacimiento.

La realización es un estado en el que se trascienden los objetos y los sujetos; por ello, es un estado de suprema de tranquilidad y de silencio absoluto.

Es un estado vacío, que es una presencia incalificada.

Todo el que llega a ese estado, desaparece.

Nadie subsiste a la luz de ese estado. Todo sujeto y toda cosa estallan en la nada a la luz y al calor de ese conocimiento.

Ningún sujeto puede alcanzar ese estado con palabras, con su mente o con su sentir. ¿Cómo podría alcanzar lo que no es real la Realidad?

Puedes llamarlo Dios o de cualquier otra forma; pero, en todo caso, no serán más que nombres dados por lo mental a lo que trasciende absolutamente lo mental.

La realización es un estado sin nombre, sin contenido, sin esfuerzo, espontáneo, que está más allá del ser y del no ser.

Es un estado vacío de sujetos y de sus actos, vacío de calificaciones, instantáneo, porque es sin tiempo, vacío de toda posible objetivación y, por tanto, vacío de toda categoría de ser y de no ser.

La realización es el conocimiento de la perfección sin tiempo del Ser-Conciencia.

Desde ese conocimiento de “lo que es”, la mortalidad no es más que una idea apoyada en un supuesto falso: que existen sujetos venidos a este mundo.

En el silencio no hay ni deseo ni esperanza. Sin deseo no hay ansiedad y sin la imaginación que se apoya en el deseo no hay esperanza.

La ansiedad y la esperanza son hijas del deseo y de la imaginación. El silencio libera de la ansiedad y de la esperanza.

No tengo necesidad de nada en que apoyarme porque estoy vacío de mí mismo y, por ello, conozco que soy puro ser.

No ser nada, no poseer nada, no guardar nada para sí mismo, ese es el mayor de los dones, la generosidad más elevada.

Quien se vacía por completo de sí mismo es un foco de luz y calor en el mundo, esparce en su entorno el don del conocimiento y el amor, libera de la ignorancia a los que se le acercan.

Puedo ser eternamente porque no tengo nada que dar. Si tuviera algo que dar, sería alguien frente a ese algo. Si fuera alguien, sería mortal porque habría caído en la dualidad.

Lo que no tiene comienzo empieza perpetuamente, es como un eterno amanecer.

Con la realización, la vieja persecución incesante cesa; no deseo nada más; no espero nada más; no acepto nada como mío.

Se terminó la indigencia porque no hay nadie que necesite nada.

No tengo un yo por el que hacer esfuerzos.

He perdido todas mis certezas acostumbradas.

Antes estaba seguro de muchas cosas, ahora no estoy seguro de nada.

He visto la vaciedad de todas las certezas que daba por firmes, porque he comprendido la gran certeza de nada, la gran certeza vacía que es un “sí” incondicional y libre a todo.

Tengo el sentimiento de que todo saber es ignorancia; “yo no sé” es la afirmación más justa que puede hacer lo mental.

He llegado a comprender y sentir que todo saber es ignorancia; me ha aniquilado el saber vacío de sujetos y objetos, el rayo del conocimiento tenebroso.

No ser nada, no conocer nada, no tener nada; esa es la sola vida digna de ser vivida, la felicidad que vale la pena poseer.

El vacío completo de sí mismo, de toda entidad y de toda posesión es la plenitud de presencia, de luz y de dicha.

La experiencia de la realización es la experiencia de ser el vacío. Al vacío no se arrastran ni los recuerdos ni las esperanzas.

La realización

es como un gran espacio abierto;

es fresca sin tiempo, instantánea;

es energía, poder;
es descubrimiento, novedad perenne;
es la suprema aventura;
es descubrir fuera, la inmensidad del universo, y dentro, el abismo;
es el único sentido y fin de la existencia;
es el secreto del sufrimiento y de la muerte;
es la liberación de la ignorancia sin principio que todo viviente arrastra.

Liberarse de la identificación con un conjunto de recuerdos y hábitos provoca el estupor delante de la extensión infinita del ser, delante de su creatividad inagotable y de su trascendencia absoluta.

La realización es el final del miedo, porque es el conocimiento de la naturaleza ilusoria de todos los modos de conciencia y de lo que en esos modos aparece, y es el conocimiento de la Fuente profunda e inagotable de todas las formas de ser y de todas las formas de conciencia.

La realización es conocer la fuente como Fuente y las apariencias como apariencias; es conocerse a sí mismo como Fuente única.

En el ser humano realizado, la experiencia “yo soy el mundo” es completamente verdadera porque está situado en el “no-dos”.

Piensa, siente y actúa en unidad con todo lo que vive. No tiene el menor fallo en la comprensión y en la compasión.

El mundo y el Ser son uno y perfecto.

Sin la realización estarás consumido por la repetición de los deseos y los miedos, en un círculo perverso desprovisto de sentido, en un sufrimiento sin solución.

La mayoría de la gente ignora que puede poner término a sus sufrimientos.

Debes saber que puedes ser libre y que eso depende de ti.

Estás frente a un dilema:

- o permaneces para siempre hambriento y sediento, buscando y retenido, agarrándote a todo y perdiendo siempre, lamentándote continuamente,
- o bien te enrolas de todo corazón en la Vía que conduce a un estado en el que los deseos y los miedos están ausentes, no porque hayas renunciado a ellos o los hayas reprimido sino porque se han vaciado de contenido. Esa Vía es estrecha pero es la Vía de la paz.

En la realización, la Conciencia no necesita ser pacificada porque no está en la paz, es la paz misma.

El placer depende de las cosas, la dicha no.

Mientras creamos tener necesidad de las cosas para ser feliz, creemos que su ausencia nos vuelve miserables.

El placer es una distracción y un obstáculo, porque tiende a afianzarnos en la falsa convicción de que nos es necesario poseer y hacer cosas para ser feliz, mientras que en realidad, es justo lo contrario.

El placer tiene causa; la dicha auténtica no tiene causa y lo que no tiene causa es inmutable.

La beatitud es tu naturaleza verdadera.

La dicha sin causa es no dual.

Un individuo no puede ser lo supremo y gustar al mismo tiempo la felicidad de su estado, porque eso comportaría dualidad; requeriría de una individualidad que gusta algo. La dicha verdadera no tiene en su seno dualidad alguna.

La realización es la libertad.

Somos libres, aquí y ahora. Sólo lo mental imagina ataduras.

Los signos de la realización son:

- la liberación de toda angustia,
- un sentimiento de facilidad y de gozo,
- interiormente una paz profunda,
- exteriormente una gran energía.

Dice Nisargadatta:

Mi maestro me mostró mi verdadera naturaleza y la verdadera naturaleza del mundo. Habiendo verificado que soy uno con el mundo y que, sin embargo, soy más allá, fui liberado de deseos y de miedos.

No me persuadí con la razón de que debía ser libre, me he encontrado libre, de forma inesperada, sin el menor esfuerzo. Luego, esta liberación del deseo y del miedo permaneció en mí.

Advertí otra cosa: no tenía necesidad de hacer esfuerzos, el acto seguía al pensamiento, sin dilación, sin resistencia; constaté también que mis pensamientos se concluían desde ellos mismos; las cosas ocupaban su lugar fácilmente y correctamente.

La principal transformación se había producido en lo mental; se hizo inmóvil y silenciosa, respondiendo inmediatamente, pero sin perpetuar la respuesta.

La espontaneidad se convirtió en un modo de vida, lo real se hizo natural y lo natural se hizo real.

Y por encima de todo estaba el afecto, un amor infinito, oscuro y tranquilo, irradiando en todas direcciones; un amor que lo abraza todo, lo hace todo interesante y bello, propicio y cargado de sentido.

En esto consiste la realización:

La Conciencia en un estado desprovisto de todo esfuerzo y en paz.

La felicidad en un estado de apaciguamiento desprovisto de todo esfuerzo, en el que la Conciencia permanece despierta.

Se verifica el Ser-Conciencia, la no-dualidad, que es la felicidad ilimitada.

Se corta totalmente el nudo del corazón.

Las falsas ideas debidas a la ignorancia y las sempiternas y nefastas tendencias que se generan, se volatilizan.

Todas las dudas se disipan.

La sumisión al karma llega a su fin. Las malas tendencias se apagan.

Todas las malas cualidades tienen al ego como centro. Cuando la realización se produce, desaparece el ego con todas las malas cualidades.

En el Ser-Conciencia no hay ni buenas ni malas cualidades. Las cualidades provienen sólo de lo mental.

El Ser-Conciencia está más allá de todas las cualidades, incluso de la cualidad de la unidad, porque la unidad implica la dualidad. El número uno abre la serie de los otros números; sin la serie de los números, no hay unidad.

La verdad no es ni una ni dos. Es como es, más allá del uno y del dos.

En la realización se alcanza un estado en el que no hay conocimientos sino sólo el Ser, el Ser mismo que es conocimiento.

Si la Conciencia se limita, se convierte en ego. Si no se limita, es infinita y es la realidad.

Las gotas son diferentes unas de otras e innumbrables, pero no hay más que un océano. Igualmente los egos son numerosos, mientras que la Conciencia es una sin segunda.

El sabio no encuentra nada que esté separado del Ser-Conciencia. Todo está incluido en el Ser-Conciencia.

Es falso imaginar que existe el mundo, en el que se encuentra el cuerpo, y que habitas en ese cuerpo.

No hay ninguna cosa que ver, ni nada que sea diferente del Ser-Conciencia.

El conocimiento verdadero surge del interior.

Cuando sabes lo que eres, eres lo que conoces. Entre conocer y ser, deja de haber un foso.

En el estado de realización, el conocimiento existe. Es el conocimiento absoluto. Pero ese conocimiento es diferente del conocimiento ordinario, el de la relación entre sujeto y objeto.

La religión

El cristianismo es una forma de simbolizar y hablar del Absoluto, el hinduismo otra, y cada gran tradición religiosa, otra.

Lo Real, al que se refieren estos sistemas de simbolizar y de hablar propios de las tradiciones religiosas, está más allá de las palabras.

Todas las palabras de todas las tradiciones son igualmente ineptas para hablar de lo Real. No hay ningún sistema de símbolos, ni ninguna forma de hablar y de representar, que esté más cerca de lo Real que otra; todas están igualmente distantes.

Eso incomunicable se verifica directamente, sin mediación ninguna, y sus efectos sobre lo mental son explosivos. La verificación directa de “eso otro” de lo que hablan las tradiciones, hace estallar todo sistema de simbolización y representación.

Se obtiene con facilidad lo Real cuando no se desea nada más. El deseo y la representación, en cambio, crean y perpetúan lo no real.

Las religiones son como nubes en el cielo, que filtran la luz del sol, pero tapándola. Sus narraciones, mitos, símbolos y rituales - como las nubes- ocultan, filtran, colorean, matizan la pura luz de lo Real. Manifiestan lo Real ocultándolo.

Las nubes dan noticia de la riqueza de la luz, pero hay que apartarlas, subir por encima de ellas para ver directamente la luz del sol.

Igualmente hay que apartar la palabrería de las religiones para que quede únicamente la Verdad.

Esa desnudez es nuestro hogar, donde se integra toda diversidad, donde se funden todos los contrarios.

Las religiones son sistemas de símbolos y mitos que muestran su rostro en la acción, pero en la acción silenciosa, aquella que sale a actuar con la mente, el sentir y el obrar, pero que no espera retorno: la que regresa sin recoger los frutos.

Lo que los seres humanos hacen, muestra lo que realmente viven.

La mayor parte de la gente sirve al cuerpo y a la mente. Esa es toda su religión. Pueden tener ideas religiosas, pero no son operativas, porque no actúan de acuerdo con ellas. Sólo las tienen como consuelo para los momentos de apuro y para defenderse frente al mal y a la muerte.

Así es la proclamada “creencia en Dios” de muchos de nuestros contemporáneos. Esa pretendida creencia en Dios son sólo palabras, sin ninguna incidencia en su manera de pensar, sentir y actuar. Es sólo una creencia utilitaria porque sirve de consuelo y de refugio. Puede que amen sus ideas religiosas, pero no actúan de acuerdo con ellas. Puede, incluso, que sean coherentes en sus actuaciones con sus ideas religiosas, pero se mantienen en la dualidad y no caminan hacia el conocer silencioso. Esas personas, se cataloguen como se cataloguen, no son espirituales, no son gente de la Vía, aunque se digan creyentes.

Las religiones siempre reflejan el punto de vista del que busca.

Están planteadas desde el ego y en unas condiciones culturales determinadas.

Apuntan a trascender esos dos puntos de partida, dejándolos atrás.

Quien se encadene a sí mismo y encadene a otros a las expresiones de las religiones, que hablan partiendo del ego, en unas circunstancias culturales contingentes, detienen la dinámica de los mundos simbólicos, míticos y rituales de las religiones y destruyen su germen de Vida.

Quien se amarra a las formas de los mundos simbólicos, míticos y rituales, de las tradiciones religiosas, impide que él mismo y esas mismas formas puedan alzar el vuelo.

Por consiguiente, toda religión parte del cuerpo-mente del sujeto egocentrado, para incitarle a salir de la identificación con su cuerpo y con el funcionamiento de su mente, para conducirlo al conocimiento de su verdadera naturaleza, su estado original.

La Verdad religiosa es muy simple. No es otra cosa que despertar a lo que ya se es, despertar al propio estado original.

Podría parecer extraño que para enseñar una Verdad así de simple se haya tenido que recurrir a tantas religiones diferentes, a tantas creencias que, en ocasiones, están en conflicto unas con otras.

Pero es comprensible, porque la simplicidad de la Verdad es de una gran sutileza y los seres humanos parten de circunstancias sumamente diferentes, todas ellas enraizadas, de forma muy diversa, en los embrollos de deseos y temores de individuos y grupos.

La mente parte de una situación casi caótica y arrastra el peso de esa confusión en su representar, en su sentir y en los intentos de aproximación a la Verdad.

Se confunde frecuentemente la profundidad con la complicación. Eso lleva a amar las cosas eruditamente elaboradas y difíciles de comprender.

Es más fácil fundamentar el prestigio de individuos y grupos en la erudición y el saber complejo que sustentarlo en la sutil simplicidad de la Verdad. Esta es una de las causas por las que las religiones terminan haciéndose tan complicadas.

Sólo las personas cuyo mental ha llegado a una plena madurez pueden comprender la Verdad simple y desnuda.

En nombre de la búsqueda de la Verdad, la gente adopta como verdad ciertos credos, símbolos, mitos, ritos y conceptos, y desarrolla orgullo a partir de ellos.

Los sabios de las religiones hablan de lo que han visto; para hacerlo han de hablar de lo que no se puede hablar, dar forma a lo que no tiene forma, para así incitar a la búsqueda. Sus discípulos, ignorantes, fijan y sacralizan esas formas, las comentan complicándolas, hacen de ellas teorías, algo conceptual, complejo; algo que con el tiempo, dará origen a mil disputas y controversias.

Para comprender y seguir a los sabios, hay que rechazar todas esas construcciones religiosas, hay que deshacerse de ellas como algo inútil y nocivo que bloquea el camino a la Verdad.

Los sabios hablan desde su realización, de lo que conocen y de lo que viven. No hablan de conceptos, ni de dogmas, ni de símbolos, ni de dioses.

Hablan desde el encuentro con la Realidad y sólo para incitar y guiar a ese encuentro.

Las grandes religiones son el legado de los sabios pero gestionado, durante largos espacios de tiempo, por personas que no son sabias. Son el legado de quienes no conocen el miedo, un legado gestionado por individuos y grupos llenos de deseo y de temores. Un legado de amor administrado y comentado, a menudo, por individuos y grupos con mucho egoísmo y poco amor.

En los inicios del siglo XXI, las grandes tradiciones religiosas resultan ser, en muchas ocasiones, un largo y solemne discurso, pronunciado en una lengua muerta, que habla a seres humanos que ya desaparecieron.

Dios

La condición necesaria para que Dios exista para ti, es que tú te creas existir como entidad separada.

Si tú eres, Él es. Si tú no eres, Él no es.

Mientras te pienses como un individuo, Dios será un individuo.

Mientras te pienses como una persona, Dios es también una persona.

Cuando te veas como todo, Dios será también todo.

Cuando te veas como nada, Él será un Vacío insondable.

Dios es un símbolo de creación humana. Ese Dios lo modela el miedo, la esperanza y la experiencia del Absoluto, como fuera de ti. La imaginación le da forma apoyándose en el deseo, en las expectativas y en la idea que se tiene de uno mismo y de la sociedad.

No tomes esta construcción por la realidad. Esta construcción tuya no puede ser el Poder y el Corazón del universo.

Esta construcción te orienta hacia la Realidad, no es la Realidad.

Dicen los sabios que las discusiones a favor o en contra de Dios no nos sirven para nada porque lo Real no necesita prueba, lo Real se legitima por sí mismo y, en cualquier caso, la mente no puede ni representarlo ni probarlo.

Cuando hablamos de Dios no sabemos de qué estamos hablando porque nos apoyamos sólo en conceptos e imágenes.

El conocimiento de Dios no parte de conceptos o símbolos, sino de la experiencia de Ser.

Cuando no tienes idea de tu propia existencia, de tu propio ser ¿cómo puedes pretender hablar de Dios y de que es tu Creador?

Dios no es más que una representación de tu mente. Tú, en cambio, eres el dato inmediato.

El único apoyo que tienes para comprender, es la experiencia directa de tu existir. Tu apoyo sólido no es la idea que tienes de ti, “yo soy esto o aquello”, ni tu memoria, eso también es representación; tu apoyo sólido es el irrecusable “soy”, la pura Presencia del existir en ti.

Tu apoyo es tu presencia a la Presencia. ¿Presencia de qué? Presencia del existir. Esa Presencia es el reflejo de la luz que brilla sobre el océano de las existencias.

Dios y tu individualidad no son más que concepciones mentales que surgen en el seno de la dualidad que genera la necesidad en el estado de vela.

Dios es el creador, dices. ¿Por qué introduces un creador exterior? El mundo se crea a partir de él mismo. Lo transitorio engendra lo transitorio.

Es tu ego el que te hace pensar que hay un creador. Creas un Dios a tu imagen, por lúgubre que sea.

Tu mente proyecta un mundo, y también un Dios, para dar al mundo una causa y un fin.

Todo eso es tu construcción. ¡Sal de ahí!

Deja a Dios de lado. No le conoces. Dios es lo que piensas que es.

La existencia de Dios se deriva de nuestra concepción de él.

Averigua quién le concibe.

Todo concepto es relativo y depende del que le concibe.

Los dioses son tan reales como tú en tu cuerpo. Existen en nosotros.

Son ideas, símbolos que creamos y que construimos.

Dios es un “constructo”, como el mundo.

Amar y adorar a Dios también puede ser ignorancia.

Representamos un Dios frente a nosotros, y le imploramos.

Porque le figuramos frente a nosotros, podemos mantener nuestra individualidad.

Le simbolizamos y luego damos por real el símbolo que hemos creado para que nos reconforte, para mendigarle gracias y tener seguridad de algo.

Si por espiritualidad entendemos eso, que puede ser legítimo en algunos momentos de la vida espiritual (indica la apertura del espíritu al Absoluto) corremos el riesgo de convertirlo en un engaño pernicioso, porque puede contribuir a mantener nuestra propia identidad y a apuntalar la dualidad.

Los nombres tradicionales para referirse al Absoluto pueden ser palabras vacías que se transmiten de generación en generación.

Dicen los sabios que quienes no comprendan las afirmaciones sobre la naturaleza del símbolo Dios, continúan con sus prácticas religiosas, sin progreso alguno porque no salen de sus propias construcciones.

Hemos de llegar a saber que adorando nuestras construcciones, es a nosotros mismos a quien adoramos.

La forma divina, delante de la que nos postramos, no es más que un aspecto de nosotros mismos; un aspecto al que no atinamos a conocer o no nos atrevemos a conocer.

Rézale considerándolo tu construcción y un aspecto de ti mismo; de otra forma no harás más que nutrir formas vacías.

Usa el nombre de Dios como una señal en el camino que apunta hacia dónde hay que caminar, pero deja siempre atrás la señal.

Dice Nisargadatta:

Eres uno con el Absoluto, el no-dos, sujeto puro, impersonal.

Si no lo comprendes, quédate concentrado y unido a la Conciencia.

Si tampoco comprendes eso, adora tu profundidad en la imagen de Dios que representas como el Absoluto externo a ti.

Si tampoco llegas a comprender eso, baja a la calle y haz actos sociales desinteresadamente.

Cuando ves el mundo, ves a Dios. No se puede ver a Dios separado del mundo.

Ver a Dios más allá del mundo, por tanto, fuera de la dualidad, es serlo.

La luz por la cual ves el mundo, esa minúscula chispa del “soy” incalificado, es pequeña en apariencia, pero está en el principio y en el fin de todo acto de conocimiento y de amor. Eso es “el que es”, más allá de toda capacidad de simbolización.

Dios y la persona de sabiduría se conocen como el centro inmóvil de lo móvil, como el testigo eterno de lo efímero. Centro de un punto vacío de toda forma y testigo de un punto de pura presencia.

Ambos saben que no son nada y que nada, por consiguiente, se les puede resistir.

Mientras no participemos del estado de los sabios, tendremos dioses y creadores. Cuando nos juntemos a los sabios, no conoceremos más que el Ser-Conciencia, que veremos en todo.

Cuando le veamos en todo, nos veremos en todo.

Cuando uno es niño, los padres le resultan indispensables. Después crece y los padres dejan de serle útiles.

Del mismo modo, mientras nuestro soporte sea la ignorancia, la existencia de Dios nos es necesaria para poder pedirle gracias, para adorarle, para implorarlo que nos guíe y nos perdone.

El día en el que establecemos nuestra verdadera identidad, el “yo soy” sin cualidad ni individualidad alguna, Dios deja de sernos útil.

Cuando te anclas en esa Presencia, todos los dioses han cumplido su misión y, lo mismo que los padres, ya no nos pueden servir.

Ha pasado su tiempo y se van.

Cuando el niño crece, ya no tiene necesidad de sus padres. De igual modo, hemos de cruzar la ignorancia para establecernos en el conocimiento del Ser, hasta alcanzar el Absoluto. Una vez establecidos en el Absoluto, hasta el “yo soy” deja de interesarnos.

Sin embargo, la figura de Dios, entendida como símbolo, puede acompañar todas las etapas del proceso espiritual.

Tú eres tu propio Dios. Pero si piensas de otra manera, ve hasta el fin.

Si tienes un Dios, todo viene de Él y todo es para bien. Acoge todo lo que te llega, con un corazón contento y lleno de agradecimiento.

Ama a todas las criaturas. Eso también te conducirá a ti mismo.

Si honras una divinidad, hazlo con devoción; pero no olvides que es tu conciencia la que ha creado a ese Dios, no olvides que esa figura ha brotado de tu conciencia.

Si quieres encontrar a Dios, búscalo en ti mismo; ahí encontrarás el origen de todo.

Si tu mental se introvierte, Dios se manifestará como Conciencia interior.

Dios está en todas las cosas, pero no le busques en el exterior; tienes que sentirlo en ti mismo, como una presencia íntima.

Concebir la presencia de Dios en los objetos no es más que una operación mental que no se corresponde con la realidad, porque no hay dos.

La conciencia interior desembarazada de lo mental siente el “no-dos”.

Si hablas de Dios, piensa que es la totalidad y que nada existe fuera de Él.

Dios es gracia. Por su gracia piensas en Él.

La gracia, Dios, el Maestro y el Ser-Conciencia no son más que formas diferentes de la misma realidad.

Mientras te tomas por individuo, crees en Dios porque pones el Absoluto fuera de ti.

Cuando te vuelcas a ese Dios, te aparece en forma de Maestro.

Cuando te pones al servicio del Maestro y le sigues, Dios se manifiesta como el Ser-Conciencia.

Eso eres tú mismo.

No es que te conviertas en divino, en el Ser-Conciencia; lo eres originalmente; pero te convertiste en algo que no eras al considerarte una individualidad.

El Ser-Conciencia no es una individualidad, es una Realidad que lo penetra todo y lo es todo.

Las Escrituras sagradas son la revelación de Dios.

Cuando se ha comprendido la esencia de las Escrituras, éstas ya no son necesarias.

Son útiles para indicar la existencia del Ser-Conciencia y para mostrar la vía que conduce a él. Su esencia no va más allá.

Cuando esto se ha asimilado, ya no son útiles las Escrituras.

Las enseñanzas de las Escrituras son estadios que conviene sobrepasar, uno después de otro. Cuando el fin se ha conseguido, el resto es inútil.

Lo esencial penetra lentamente, el resto se olvida. Lo mismo ocurre con las Escrituras sagradas.

La Verdad

¿Cómo saber que se ha descubierto la Verdad?

Cuando la idea: “esto es verdad, esto es falso”, ya no se presenta más.

Cuando ya nada es falso.

Cuando se ha desterrado la duda.

La Verdad no se afirma por ella misma, está en la visión de lo falso como tal, y en su rechazo. Es inútil buscar la Verdad mientras lo mental está ciego a lo falso. Cuando se conoce completamente lo falso, se despierta a la verdad de todo.

Es preciso que estés completamente purgado de lo falso antes de que la Verdad pueda levantarse en ti. Y cuando la Verdad se levante en ti, nada será falso.

Nada de lo que puedas ver, sentir o pensar, es lo que parece.

Lo que hay en tu conciencia, los contenidos de tu conciencia, no pueden ser nunca la Verdad. La Verdad no es un contenido de conciencia. Hay verdades que son contenidos de conciencia, pero la Verdad nunca lo es.

Espontáneamente crees que lo que percibes y concibes en el campo de tu conciencia corresponde a la realidad, pero eso es falso.

Es preciso que busques la Verdad más allá de lo mental, más allá de los contenidos de la mente.

Sería necio exigir la prueba del dulzor del azúcar antes de probarlo. La prueba del dulzor se encuentra en la boca. Para saber qué es lo dulce, es preciso que lo gustes, no hay otra solución. Cuando pruebes el azúcar, toda incertidumbre sobre el dulzor desaparecerá y tendrás un conocimiento de primera mano e inquebrantable.

No se te pide que creas, sino sólo que tengas confianza para moverte a probarlo; sólo un poco de confianza. Si esa confianza te falta, no te animarás a poner el azúcar en tu boca.

Un comportamiento semejante hay que tener con el conocimiento de la Verdad más allá de la mente.

No hay una prueba de la Verdad que preceda a la Verdad.

En la ciencia, para hacer la prueba de una teoría, hay que seguir un modo operatorio, establecido por aquellos que lo han hecho antes.

En la búsqueda de la Verdad, ocurre algo semejante; y se llama disciplina o yoga a la cadena operatoria a cumplir.

Una estatua hecha de oro parece una entidad individual, pero es oro. Hay que comprender la diferencia entre lo aparente y lo básico.

El individuo tiene una forma, un aspecto; pero ¿cuál es su principio básico?

Hay que distinguir entre lo que alguien es en apariencia, y su principio básico, el elemento primero gracias al cual todas estas apariencias pueden tomar forma.

Háblame de ti, sin tener en cuenta el nombre y la forma.

Dime algo de ti mismo, sin hacer referencia a la memoria ni a los proyectos ni a las representaciones o los conceptos.

Esa será tu Verdad.

No puedes pretender llamar Verdad a los conceptos. Los conceptos son deformaciones, simplificaciones de la realidad para hacerla a la medida de un viviente necesitado. La Verdad no puede ser objetivada; está más allá de la dualidad que genera la necesidad y más allá de sus objetivaciones. Por esa causa la Verdad no puede ser percibida como algo acotado.

Como que la Verdad no es objetivable ni conceptuable, sólo puedes conocer conceptualmente lo que ella no es; la Verdad, por tanto, sólo puedes serla. Sólo siéndola la conoces. Esa es la única manera de conocerla.

La Verdad no es una realidad frente a mí, ni unas formulaciones, ni unos conceptos. Conozco la Verdad cuando soy uno con ella, cuando despierto a la Unidad. Por eso el conocimiento de la Verdad es amor.

No sólo estás calificado para encontrar la Verdad, sino que tú eres la Verdad misma; pero tomas lo falso por verdadero.

El descubrimiento de la Verdad pasa por el discernimiento de lo que no es y lo que no eres. Has de discernir lo que no es para poder ser lo que es.

El conocimiento es la contrapartida de la ignorancia. Pero el conocimiento y la ignorancia están en el mismo plano, en el de lo no real, porque están en el plano de lo dual. Ambos son estados de lo mental.

El Conocimiento que no es de objetos y sujetos no está en el mismo plano que la ignorancia porque cuando despierta el Conocimiento, que es el Conocimiento del “no dos”, ya no hay más ignorancia.

Conocer la Verdad es serla. Ese es un Conocimiento que es un no-conocimiento porque es un Conocimiento sin dualidad.

Tú eres la Verdad. En la Verdad ya no hay dos. No hay un conocedor y un conocido. No hay, tampoco, dos Ser-Conciencia para que uno conozca al otro.

Si hubieran dos Ser-Conciencia, el Absoluto y tú, conocer la Verdad sería distanciarse de la Verdad, distanciarse sería estar fuera de la Verdad. Entonces la Verdad sería una entidad o unos conceptos y el conocedor otra entidad, no sería el despertar a la unidad y al amor.

Tu existencia misma es la Verdad. Permanece en tu naturaleza esencial.

No pierdas el tiempo en verdades formuladas que son “no-verdades”.

Ése es el consejo de las Escrituras y de los sabios.

No somos nada que se pueda designar. No somos ni “esto” ni “aquello”.

Eres sin forma. Tu “yo soy” es sin forma. Aférrate a ello y vívelo.

No hay nada que puedas identificar contigo mismo, ninguna forma.

No tenemos ni forma ni nombre. Por consiguiente, no te dejes atrapar por formas exteriores, costumbres, tradiciones, dogmas, ritos.

Tu naturaleza original no existe bajo ninguna forma. Vive el Vacío, más allá del ser y del no ser, más allá de la conciencia. Ese Vacío es plenitud.

Tu verdadera patria es la Nada de toda existencia individual, el Vacío de todo contenido.

Desde el punto de vista de lo mental, la Verdad no es una entidad, ni una forma, ni una representación, ni unos conceptos; no es nada, pero crea una abertura en lo mental mismo por la que lo mental es inundado de luz.

La abertura no es la luz; no es más que una abertura, pero por ella la Pura Conciencia penetra en el espacio mental.

Esa luz, que es Conciencia, es sólida, densa, cristalina, homogénea, sin cambios, libre de categorías mentales, de nombres y de formas.

La Verdad es simple y al alcance de cualquiera.

Es amante y amable. Lo incluye todo, lo acepta todo, lo purifica todo.

La no-verdad siempre desea, siempre espera y exige. Siendo falsa y sin consistencia, está perpetuamente a la búsqueda de una confirmación y un aseguramiento. Tiene miedo y evita el examen. Se identifica con cualquier cosa que pueda parecerle un soporte, por débil y pasajero que sea.

La Verdad es simple y directa. No sería la Verdad si no fuera simple y directa. Mientras no se vea esa Verdad simple y directa, no se obtendrá nada de la vida.

¿Qué es la Verdad? Lo que es.

¿Y qué es la Verdad cotidiana? Lo que es aquí y ahora.

Renuncia a lo falso y serás liberado de la miseria.

¿Qué es falso?

Todo lo que tu mente da por real, es falso.

Te basta con conocer y eliminar lo que es falso.

Lo que te quede después es lo verdadero.

En el transcurso de ese proceso tendrás que deshacerte de todo, hasta de la sensación de “yo soy”.

Cuando te hayas desprendido de todo, te quedará la Verdad, lo que tú eres.

La Verdad no te da ninguna ventaja. No te confiere ningún estatus superior, ningún poder sobre los otros.

Tener la Verdad y estar liberado de lo falso, eso es todo lo que se gana.

Insiste, sin tregua, en el descubrimiento de lo que tú no eres y desembocarás, tarde o temprano, en tu verdadero ser.

Quien separa, juzga, condena, en nombre de la Verdad, la oculta y, de hecho, pretende destruirla.

El deseo de formular la Verdad la niega, porque las palabras no pueden contenerla.

La Verdad no puede ser expresada más que por la negación de lo falso.

La Verdad no es una recompensa por buena conducta, ni un premio por haber sufrido una prueba.

Su venida no puede ser provocada ni con esfuerzos, ni con métodos, ni con méritos.

La Verdad es la Fuente primordial, antigua, no nacida, de todo lo que es.

No necesitas merecer la Verdad. Estás habilitado para la Verdad porque existes. Ella es tú mismo.

No te alejes de ella persiguiéndola.
Mantente en tranquilidad y en silencio.

La Verdad está en el descubrimiento, no en lo descubierto, porque no es un contenido. Descubrir es caminar siempre más allá de los nombres y las formas. En el descubrimiento no hay fin.

La Verdad está más allá de los límites; está después de sobrepasarlos a todos, cuando ya no hay límites. ¡Una tarea aparentemente imposible!

La seriedad es el factor decisivo en la búsqueda de la Verdad.

La seriedad es más importante que los métodos y procedimientos de búsqueda.

La seriedad en la búsqueda es la seriedad en la opción.

Quien opta por la Verdad verá toda su vida profundamente afectada.

Sus hábitos mentales y físicos, sus emociones, sus deseos y temores, sus proyectos y decisiones sufrirán una transformación radical.

La Verdad es como un seísmo descomunal que provoca el desplome de la mente y de todos sus poderes como estructuradora de mundos.

Para ver la Verdad hay que estar en paz.

Sin la tranquilidad de lo mental no hay percepción justa, ni es posible la realización del Ser-Conciencia.

Los movimientos de la mente son como las aguas agitadas de un torrente. Cuando van movidas y turbias, ocultan la percepción del fondo del torrente; si bajan limpias y tranquilas, permiten una percepción justa de los fondos.

La duda sincera no es un obstáculo para la comprensión de la Verdad, por el contrario, es una ayuda inapreciable.

Si la Verdad fuera una entidad o unas formulaciones que tuvieran que creerse, la duda sería un obstáculo para la Verdad.

Pero la Verdad no es nada que creer, sino algo que verificar, algo a lo que despertar. La Verdad acompaña a la discriminación, al reconocimiento de lo falso; para todo eso la duda es una ayuda inapreciable.

Cuando conozcas la Verdad de primera mano, no temerás más ser engañado.

La Verdad no es como algo sobre lo que se puedan establecer garantías.

Has hecho de la Verdad un objeto y pides con insistencia pruebas y verificaciones conforme a tus normas; normas que no pueden aplicarse más que a las cosas y a los pensamientos, pero no a la Verdad.

Estás ligado a la necesidad de una prueba y necesitas un testimonio de autoridad. Te imaginas que es necesario que te muestren la verdad, que te digan: “Mira, ella está ahí”.

No hay nada de eso. La Verdad no es una forma ni unas formulaciones sobre las que se puedan establecer garantías. Una Verdad así estaría objetivada. Las garantías de la Verdad ¿sobre qué se fundamentarían? ¿Qué autoridad hay sobre la Verdad? La Verdad se prueba y se garantiza por sí misma.

La Verdad no es el resultado de un esfuerzo ni el término de un camino. Ella está aquí y ahora, en la sed que se tiene de ella, en la búsqueda misma.

Está más próxima que el cuerpo o que lo mental, está más próxima que la sensación de “yo soy”.

Si no la ves, es porque la buscas demasiado lejos de ti, fuera de tu ser más profundo.

Para descubrir la Verdad, no busques en la dirección de la filosofía, ni siquiera en la de la religión, sino en una dirección contraria a ambas. La filosofía procede con conceptos, la religión con símbolos; ni unos ni otros son aptos para decir la Verdad.

La filosofía busca explicaciones, la religión busca formas sagradas. Hay que caminar en dirección al completo silencio y en dirección al vacío de toda forma.

Hay que volver a las raíces, al no saber inicial, sobre el que se ha colocado toda la vestimenta de los saberes y haceres.

Hay que indagar hasta saber qué puede ser esa ausencia de saber que es un saber en el que se tiene y se conoce todo.

Mientras ignores tu fundamento, todo lo que pienses y sientas sobre la Verdad será falso, porque lo sitúas como externo a ti, en la dualidad.

Cuando hayas comprendido esa base tuya no formulada, se manifestará -y comprenderás- que eres la Verdad, que la Verdad y tú no sois dos.

Lo mental pretende ser el árbitro de la prueba de la Verdad desde sí mismo. Esa es una tarea sin esperanza, porque con esa pretensión se haría de la Verdad un objeto entre los objetos o una formulación. El sujeto no dispone de cánones para convertirse en árbitro de una Verdad que no es accesible ni con formulaciones ni con palabras, porque no es ni conceptualizable, ni simbolizable, ni objetivable.

En el dominio de la no-dualidad cada cosa es completa y es su propia prueba, su propia significación y su propia razón de ser. No se requiere nada más.

Donde todo es uno, no es necesario ningún soporte.

La visión verdadera, la Verdad, está fuera del espacio y del tiempo, y es universal; está más allá de los límites de toda creencia, de toda secta, más allá de dogmas, costumbres y religiones.

La Verdad es pura desnudez

La Verdad no es una casa donde morar, porque ninguna expresión o formulación construye las paredes de su cerca. La Verdad se escapa siempre de toda cerca. Quien la quiera poseer amurallándola, es tan necio como el que quiera levantar un muro en medio del océano. La Verdad, como el océano, ignora las fronteras, deshace las tapias, es incontrolable.

La Verdad no es un techo bajo el que protegerse, porque la Verdad, como un huracán, levanta y se lleva todas las protecciones, como las hojas secas de los árboles.

La certeza que genera la Verdad no se apoya en la protección que proporciona ni en lo delimitados que están sus contornos sino, por el contrario, en su pura e inevitable intemperie; en sus fronteras indefinibles; en su capacidad de invadir, como una inundación, todos los cercados; en su poder para filtrarse y huir de los muros más sólidamente contruidos.

La Verdad convence, precisamente, porque está desnuda como una noche de estrellas y vacía como el cielo inmenso.

La Verdad confirma sin decir una palabra y sin hacer un solo gesto.

La Verdad guía sin señalar caminos;

pacífica sin dar soluciones;

da respuestas sin proponer fórmulas;

es acogedora sin ofrecer un hogar;

es un suelo donde poner los pies sin que sea un cercado;

viste su desnudez con mil atuendos, pero después de presentarse ante nuestros ojos cuidadosamente vestida y adornada, cuando volvemos nuestros ojos hacia ella, se despoja de adornos y ropas y vuelve a quedar irremediabilmente desnuda.

El rostro sin contornos de la Verdad y sus ojos vacíos son firmes, serenos y tiernos. Su discurso sin palabras se envuelve, como con una túnica, con todo tipo de historias, creencias y formulaciones, para mostrar bajo esas telas su desnudez sin forma.

La Verdad es implacable, no tiene piedad con los cobardes;
deja expuestos a todos los vientos a los que quieren protegerse detrás de ella;

aborrece y condena a quienes quieren utilizarla como el más potente de los instrumentos de poder;

vuelve la espalda a quienes sólo piensan en sí mismos;

endurece el corazón y la mirada de aquellos que la buscan sólo para tener en ella una garantía que les salve de su falta de calidad interna.

Sólo cuando uno aprende a tener el valor de quedarse en la total intemperie, sin techo que le proteja del cosmos inmenso, sin paredes que le resguarden de los vientos, sin refugio alguno;

sólo cuando uno renuncia a poder disponer de un cercado donde sentirse menos insignificante en el vasto espacio;

sólo cuando, con los años, uno aprende a no esperar que la Verdad tenga un rostro tan delimitado y próximo como el de una mujer;

sólo cuando se ha aprendido, por fin, a no intentar, de mil maneras, salvarse;

sólo entonces, la Verdad es inhóspita pero profundamente hospitalaria; despiadada como la inmensidad pero acogedora como una amante; vacía como un abismo pero haciéndose sentir con una presencia plena y cálida.

Cuando el conocimiento te reduce a una mota de polvo en los espacios estelares, ella se aproxima como amiga; cuando el fracaso de todos tus proyectos te ha llevado a desesperar de todo método seguro, acreditado y controlado de salvación, la Verdad, piadosa, alarga su mano para cogerte.

La implacable y desnuda Verdad sin forma, que nadie puede apropiarse,
la que dismantela como un tornado toda cerca,
la que es silenciosa y por ello indomable, esa misma es tierna, cálida, piadosa, acogedora, protectora y guía;
sólo ella es como una presencia íntima que engendra una certeza, certeza libre de toda forma y, por ello, capaz de acogerlo todo.

Dice Hui Hai ¹ :

Si tu mente desea morar en alguna parte, no la sigas, de ese modo pondrás fin a la búsqueda de morada. Así es como terminarás poseyendo una mente que no more en parte alguna, una mente que permanezca en el estado de no-permanecer. Si eres plenamente consciente de que posees una mente que no mora en parte alguna, descubrirás que no hay lugar alguno en el que morar o no morar.

¹ *The Zen teaching of Hui Hai* citado por D. Loy: *No dualidad*. Barcelona, Kairós, 2000. p.163

BIBLIOGRAFÍA

Ashthávkra Gítá. Barcelona, Ediciones de la Tradición Unánime, 1983.

Bhagavad Gîtâ: con los comentarios *advaita* de Sankara. Edición de Consuelo Martín. Madrid, Trotta, 1997.

Brahma-sûtras: con los comentarios *advaita* de Sankara. Edición de Consuelo Martín. Madrid, Trotta, 2000.

CAMBESSÉDÈS, O. *Le quotidien avec un Maître*, Svami Prajnanpad. Paris, Accarias l'Originel, 1995.

DUBANT, B. *Ne-pas-faire: le pouvoir du Non-Agir et Lokatîstava de Nâgârjuna*. Paris, Guy Trédaniel, 2002.

GÑANÉSHVAR. *Amritanubhava: sublime experiencia de la unidad*. Madrid, Etnos, 1994.

HAPEL, B. *Râmana Maharshi & Shankara: la tradition primordiale*. Paris, Guy Trédaniel, 1991.

MARTÍN, C. *Conciencia y Realidad: estudio sobre la metafísica advaita con la Mândûkya Upanishad, las Kârikâ de Gaudapâda y comentarios de Sankara*. Madrid, Trotta, 1998.

NISARGADATTA MAHARAJ, Sri. *Enseñanzas definitivas*. Barcelona, Los Libros de la Liebre de Marzo. 1998.

NISARGADATTA MAHARAJ, Sri. *Semillas de conciencia*. Málaga, Sirio, 1995.

NISARGADATTA MAHARAJ, SRI. *Yo soy eso: conversaciones con Sri Nisargadatta Maharaj*. Málaga, Sirio, 2003.

PRAJNANPAD, Swâmi. *Les yeux ouverts*. Paris, Accarias l'Originel, 1989.

RAMANA MAHARSHI. *Écrits originaux et adaptations*. Paris, Éditions Traditionnelles, 1988.

RAMANA MAHARSHI. *L'enseignement de Ramana Maharshi*. Paris, Albin Michel, 1978.

RÂMDÂS, Swâmi. *Entretiens de Hadeyah*. Paris, Albin Michel, 1957.

RÂMDÂS, Swâmi. *Pensées*. Paris, La Table Ronde, 1995.

RAMESH S. BALSEKAR. *Habla la conciencia*. Barcelona, Kairós, 2004.

RAMESH S. BALSEKAR. *El buscador es lo buscado: puntos clave de la enseñanza de Nisargadatta Maharaj*. México D.F., Yug, 1989.

RAMESH S. BALSEKAR. *Tout est conscience*. Paris, Accarias l'Originel, 1994.

SANKARA. *La joya Suprema del Discernimiento (Viveka Chudamani)*. Barcelona, Visión libros, 1982.

SANKARA. *La esencia del Vedanta*. Barcelona, Kairós, 1996.

SHANKARACHÂRYA. *Hymnes et chants vedantiques*. Paris, Orientales, 1977.

SIDDHÉSVARÂNANDA, Swâmi. *La méditation selon le Yoga-Védânta*. Paris, Jean Maisonneuve Successeur, 2001.

Upanisads: con los comentarios advaita de Sankara. Edición de Consuelo Martín. Madrid, Trotta, 2001.

Upanisads. Edición de Daniel de Palma. Madrid, Siruela, 1995.

Upanisads. Edición de Fernando Tola. Barcelona, Barral, 1973.

Yoga Vâsishtha: un compendio. Madrid, Etnos, 1995.

